

For a full experience visit our website

*Un Panorama del Fantástico Internacional*

# ESPECIAL MÉMICO

*Sabían igualmente que cada una de ellas  
había existido en un Sol (una edad).  
Y decían que a los primeros hombres  
su dios los hizo, los forjó de ceniza.  
Esto lo atribuían a Quetzalcóatl,  
cuyo signo es 7-Viento,  
él los hizo, él los inventó.  
Teotlahtolli, palabra divina.*

En náhuatl<sup>1</sup> la poesía se llamaba “flor y canto” (in xóchitl, in cuícatl), un rico nombre compuesto que describía simultáneamente varios aspectos de la actividad poética y los aztecas supieron transformar esta belleza en prosa y posteriormente en ciencia ficción.

Debemos reconocer en las letras del padre franciscano Manuel Antonio de Rivas el nacimiento del fantástico en América con su *Sizigias y cuadraturas lunares ajustadas al meridiano de Mérida de Yucatán por un ancítóna o habitador de la Luna y dirigidas al Bachiller Don Ambrosio de Echeverría, entonador que ha sido de kyries funerales en la parroquia del Jesús de dicha ciudad y al presente profesor de logarítmica en el pueblo de Mama de la península de Yucatán; para el año del Señor 1775* (en el manuscrito original no existe fecha de publicación) nos narra el viaje a la Luna del francés Onésimo Dutalon y la correspondencia epistolar de un *ancítóna* (habitante de la Luna) con Don Ambrosio de Echeverría.

---

<sup>1</sup> Para más lirismo la palabra náhuatl significa sonido claro o agradable.

Esta obra y la defensa de Rivas por la verdad<sup>2</sup> y el cuestionamiento de las santas escrituras, le llevaron a juicio Inquisitorial del que por suerte salió libre.

Fue la primera vez en que lo fantástico rozó la herejía.

No se puede cerrar esta nota introductoria sin corresponder con gratitud la colaboración en este número de los siguientes autores: Mauricio-José Schwarz; José Luis Zárate; Alberto Chimal; Laura Izamar Velarde Garcilazo; Alexandro Arana Ontiveros; José Benigno Gaona Medina; Hugo Casarrubias; Jorge Chipuli; J. Daniel Abrego.

Y agradecer a los ilustradores:

Pascal Blanché (Canadá) y Axel Medellín Machain (México).

---

<sup>2</sup> Promovía el heliocentrismo de Copérnico.

Revista digital Tiempos Oscuros *Un panorama del fantástico internacional*

Julio- diciembre nº 7, 2016

Asociación Cultural miNatura Soterrània

Avenida del Pozo 7 San Juan de Moró, 12130, Castellón de la Plana, España

**ISSN:** 2340- 8332

**Directores:** Ricardo Acevedo E. –Carmen Rosa Signes U.

**Editor:** Ricardo Acevedo E.

**Portada:** Boulderdash / *Pascal Blanché (Canadá)*

**Contraportada:** S.t. / *Axel Medellín Machain (México)*

**Diseño de portada y logo:** Carmen Rsa Signes U.

Las colaboraciones deben de ser envías a:

[revistatiempososcuros@yahoo.es](mailto:revistatiempososcuros@yahoo.es)

¿Cómo publicar en la Revista digital Tiempos Oscuros?

La revista digital Tiempos Oscuros intenta recoger lo mejor de la ciencia ficción, fantasía, terror y todos los géneros afines que se generan en los países hispanoparlantes.

Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría

Puedes seguir nuestras colaboraciones a través:

<http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/tiempooscuros/>

Facebook:

<http://www.facebook.com/groups/126601580699605/?fref=ts>



La Revista Digital Tiempos Oscuros (Un panorama del Fantástico Internacional) tiene el placer de dar a conocer la convocatoria para confeccionar su octava entrega, un número dedicado en su totalidad a mostrar el panorama de la literatura fantástica de Venezuela.

Es por ello que todos aquellos escritores venezolanos que deseen participar en la selección de los textos que compondrán el número ocho de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

#### BASES

1. Podrán participar todos aquellos escritores venezolanos residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.
2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.
3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas, deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.
4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección

electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.

5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.

6. La dirección de recepción de originales es:

revistatiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS N°8

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se puede llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 1º de diciembre de 2016. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

*Directores de la Revista Digital Tiempos Oscuros*



01/ Portada: Boulderdash / *Pascal Blanché (Canadá)*

02/ Editorial

04/ Convocatoria selección de textos Tiempos Oscuros N°8

Venezuela

06/ Índice

**Orígenes:**

09/ Sizigias y cuadraturas lunares ajustadas al meridiano de Mérida de Yucatán por un ancítóna o habitador de la Luna y dirigidas al Bachiller Don Ambrosio de Echeverría, entonador que ha sido de kyries funerales en la parroquia del Jesús de dicha ciudad y al presente profesor de logarítmica en el pueblo de Mama de la península de Yucatán; para el año del Señor 1775 / *Manuel Antonio de Rivas*

23/ Un Viaje Celeste / *Pedro Castera*

31/ La Última Guerra / *Amado Nervo*

**Contemporáneos:**

43/ Arabesco inmóvil / *Mauricio-José Schwarz*

49/ El viajero / *José Luis Zárate*

64/ La voz de la piedra / *Alberto Chimal*

**Noveles:**

73/ Reminiscencia / *Laura Izamar Velarde Garcilazo*

79/ Renova vida / *Alexandro Arana Ontiveros*

90/ El retorno de la serpiente emplumada / *José Benigno Gaona*

*Medina*

101/ La Iniciación / *Hugo Casarrubias*

111/ Limbo / *Jorge Chipuli*

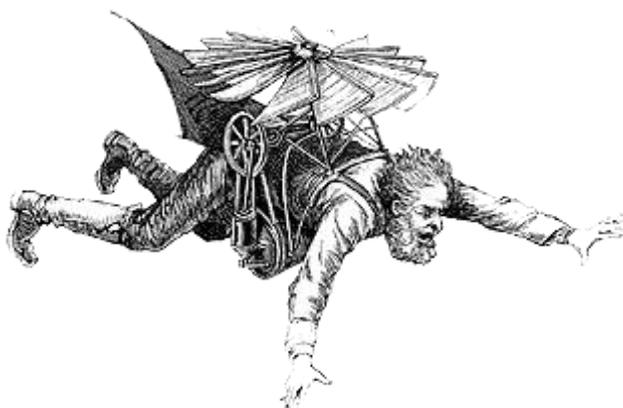
120/ Kynos Argos / *J. Daniel Abrego*

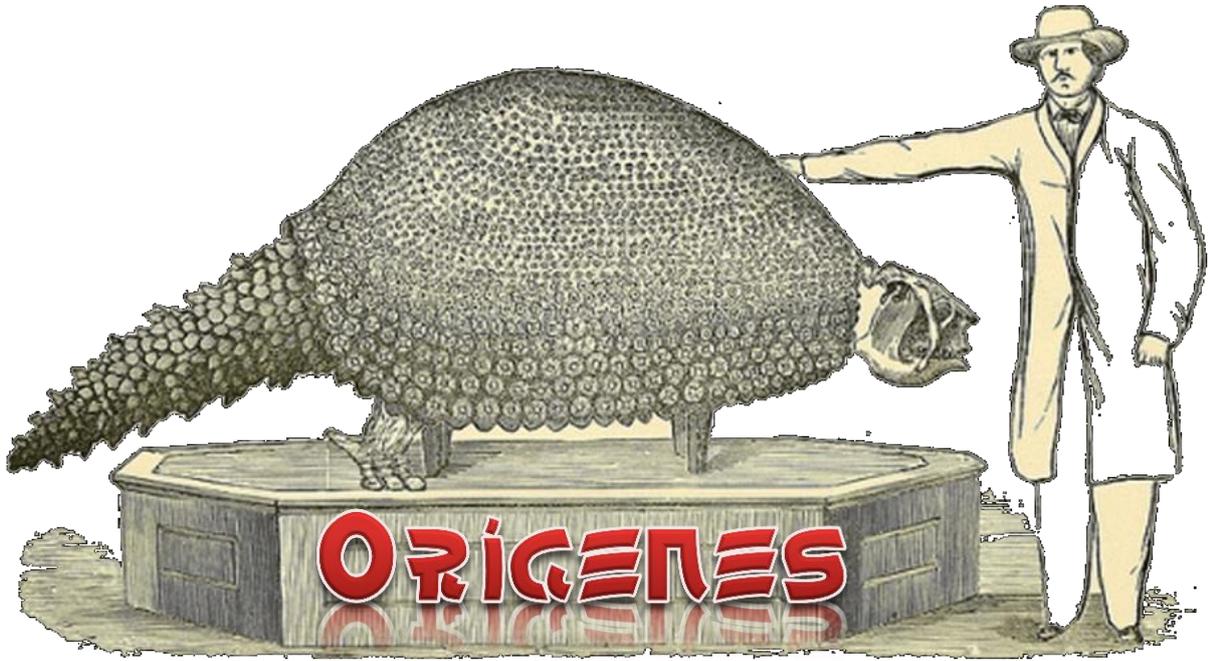
124/ Bestiario

127/ Biografías

136/ Sobre el copyright de las imágenes

137/ Contraportada: S.t. / *Axel Medellín Machain (México)*





# Sizigias<sup>3</sup> y cuadraturas<sup>4</sup> lunares

Por Manuel Antonio de Rivas<sup>5</sup>



ñor Bachiller:

Tiempo ha se recibió en este globo de la Luna una carta anónima con data de 5 del mes *epifi*<sup>6</sup> del año de Nabonasar 2510.<sup>7</sup> El terrícola que la escribe se titula el atisbador de los movimientos lunares, lo que hace ver en su carta nuncupatoria<sup>8</sup>

presentándonos las sizigias y cuadraturas lunares con las neomenias<sup>9</sup> judaicas modernas, nabonasáreas,<sup>10</sup> áticas, egipcias, arábicas, pérsicas, dispensadas por el año común del Señor 1763. Ciertamente el atisbador en su carta, a vuelta de uno u

<sup>3</sup> El término no aparece en el DA. En DRAE: “Astr. Conjunción u oposición de la Luna con el Sol”.

<sup>4</sup> DA: “Cuadratura. En la Astronomía se llama el efecto cuadrado de la Luna con el Sol. Cuando es el que se sigue a la conjunción, se llama cuadratura primera o cuarto creciente, y el que se sigue a la oposición, cuadratura segunda o cuarto menguante”. DRAE: “Astr. Situación relativa de dos cuerpos celestes, que en longitud o en ascensión recta distan entre sí respectivamente uno o tres cuartos de círculo”.

<sup>5</sup> Publicado originalmente como *Sizigias y cuadraturas lunares* [México: UNAM, 2009]. El texto fue redescubierto en 1995 en los archivos nacionales mexicanos por Pablo González Casanova, el cual escribió una breve descripción para su primera edición crítica. <http://revistareplicante.com/wp-content/uploads/2013/06/Sizigias-y-cuadraturas-lunares.pdf>

<sup>6</sup> En el calendario egipcio, tercer mes de la estación de la cosecha (Shemu).

<sup>7</sup> Nabonasar fue rey de Babilonia en el siglo VI a.C. Aquí el término hace alusión a la era de Nabonasar, usada por los astrónomos caldeos y sobre todo por Hiparco y Tolomeo. La era de Nabonasar comienza el 26 de febrero del 747 a.C. El vocablo no aparece en los diccionarios DA y DRAE.

<sup>8</sup> DA: “adj. que se aplica a las cartas o escritos con que se dedica alguna obra o en que se nombra e instituye alguno en heredero o se le confiere algún empleo”. La semántica del término no varía en DRAE.

<sup>9</sup> DA: “El primer día de la Luna”. La semántica del término no varía en DRAE.

<sup>10</sup> Véase nota 6.

otro sarcasmo que mañosamente y como al descuido deja caer, tira algunos bellos rasgos de erudición nada vulgar.

¿Creeréis, vos Señor Bachiller, que no se supo acá qué postillón aéreo condujo esta nuncupatoria ni por qué plaga entró en este hemisferio? Pues es cosa que aun en el día se ignora. Como el atisbador se nos manifiesta uno de los pocos terrícolas menos desatentos y más bien criados, pensamos darle alguna seña de reconocimiento al oficio con que nos honra, y del aprecio que hacemos de su mérito, candor y humanidad, compensamos obsequio con obsequio. A este fin, de las diferentes regiones en que se divide este orbe lunar que vosotros en la selenografía llamáis el Platón y es el país de las quimeras, se juntaron los mejores computistas versados en la historia del globo terráqueo para tratar del argumento, registrando en la más rica biblioteca que acá tenemos todo género de noticias pertenecientes a las épocas memorables del orbe terrestre después de muy pocos millares de años.

Porque de los siglos remotísimos el catástrofe infeliz que han tenido nuestras memorias abajo daré un corto apuntamiento y será el mismo que vosotros debéis saber pues consta en vuestra mitología

(Ovidio libro 2 Metamorfosis). Nuestros historiadores y cronólogos desde luego pronunciaron que todas las sizigias, cuadraturas y neomenías escritas a la frente de la carta nuncupatoria se ajustan puntualmente a las raíces o fuentes de donde se derivan, de modo que si estuvieran en uso nada hubiera que emendar o corregir. Pero en cuanto a las arábigas o mahometanas que están corrientes, muchos sintieron que ha sido ímprobo el trabajo del atisbador. Porque, decían ellos, ¿qué pluma sería puede emplearse en unos epilogismos<sup>11</sup> cuya raíz y caracteres acuerdan a los cristianos la religión de una canalla brutal que profesa

---

<sup>11</sup> DA: “Cálculo o cómputo. Es voz griega de que usan comúnmente los astrónomos en los cálculos de los eclipses”. DRAE: “Astr. Cálculo”.

una secta del todo opuesta a las reglas suaves del evangelio? Este sagrado volumen pone en camino al espíritu para unirse a su creador. El Alcorán suelta la rienda al apetito sensual para hundirlo en las hediondeces de la carne. Por el contrario, algunos no dudaron mantener que la noticia de los años arábigos y la distribución de sus neomenías no debía ser enojosa a los amantes de las ciencias y que en esta consideración se tuviera respecto a los años de la época hégira<sup>12</sup> y de la primera neomenía muharram.<sup>13</sup> Esto, Señor Bachiller, es juzgar con equidad. El mismo castigo, a poco más o menos, sufrió el año judaico y sus neomenías, conviniendo todos que esta casta de gente era la más tonta y estúpida del mundo pues aún espera la venida del mesías prometido como los otros la vuelta del Rey Don Sebastián a Portugal.<sup>14</sup> No obstante, me ordenaron que notase el año judaico corriente y la primera neomenía tisirí.<sup>15</sup> Y que por lo demás podían los judíos modernos entenderse allá con algunos terrícolas sobre si la ley antigua fue intimada a sus mayores, no como un estado de justicia y salud, sino más bien de pecado y de muerte; y si la Sinagoga no era otra cosa que una colección de hombres carnales sólo atentos a las cosas terrenas y que por ellas adoraban a un solo Dios verdadero.

---

<sup>12</sup> DA: “Época de los árabes con que cuentan sus años, desde que el falso Profeta Mahoma se huyó de Meca, después de introducir su falsa doctrina”. DRAE: “Era de los musulmanes, que se cuenta desde el año 622, en que huyó Mahoma de la Meca a Medina, y que se compone de años lunares de 354 días, intercalando 11 de 355 en cada periodo de 30”.

<sup>13</sup> Muharram es el primer mes del año islámico y en él se conmemora la Hégira.

<sup>14</sup> Sebastián I de Portugal (1554-1578) acometió una cruzada contra el poder turco expandido por el norte de África. Desoyendo los consejos de su tío Felipe II de España, marchó hacia Marruecos y su ejército fue aplastado por los turcos en Alcazarquivir. Sebastián cargó contra las líneas enemigas seguido de unos pocos hombres y nunca más se lo volvió a ver ni se encontró su cadáver.

<sup>15</sup> Tisirí o Tishrei es el primer mes del calendario hebreo moderno, y el séptimo en el orden de meses que aparece en la Biblia y que comienza con la conmemoración de la salida de los hebreos de Egipto. No es, sin embargo, mencionado en la Biblia, sino en el Talmud. El nombre fue adoptado de los meses de la antigua Babilonia, cuando los judíos estuvieron allí desterrados entre 586 a.C. y 536 a.C. después de haber sido llevados al exilio por Nabucodonosor II. El vocablo no aparece en DA ni en DRAE.

Viniendo ahora al fin desgraciado que tuvieron nuestros antiguos monumentos, bien sabéis Señor Bachiller que un padre inconsiderado fió el gobierno de los caballos del sol a un hijo joven, arrogante, desvanecido, con sola la vana precaución de un medio tutissimus ibis,<sup>16</sup> el cual ruando por las vastísimas provincias del éter incendió todos los planetas y nuestro orbe, reduciendo a polvo todo cuanto encontró en su superficie salvándose algunos pocos anctítonas en la profundidad de las cavernas. Como nuestras memorias estaban grabadas en láminas de plata, que es el papel de que aún hoy usamos, no pudieron resistir a la actividad de un fuego vorasísimo. En fin el desvanecido Faetón pagó su loca temeridad, cayendo de cabeza en el Pó, otras veces Erídano.<sup>17</sup> Tan cierto es que el fausto, la pompa, el valimiento y otras cualesquiera halagos de la fortuna en los *palacios regia Solis erat*,<sup>18</sup> si no se ajustan a las inspiraciones de la moderación y de la prudencia llevan insensiblemente al precipicio. En este incendio memorable fijamos nuestra época, según la cual este presente año es el de 7.914.522 del incendio lunar. No os debe hacer novedad este número de cifras siendo constante en vuestras relaciones (Padre Juan Bautista Du Halde: Cartas edificantes)<sup>19</sup> que los más de los cronólogos del dilatado imperio de la China el año de Cristo 1444 contaban 88.639.860 años de la creación del mundo. También puede seros importante saber que nuestro año lunar consta de 437 días, distribuidos por 12

---

<sup>16</sup> “Por el medio irás más seguro”.

<sup>17</sup> Faetón o Faetonte era, en la mitología griega, hijo de Helios. Dice la historia mítica que los amigos de Faetón se negaban a creer que era hijo del Sol, de modo que éste acudió a su padre quien juró, por las aguas del río Estigia, concederle lo que pidiera. Faetón entonces solicitó a su padre conducir su carro (el sol) un día. Helios intentó disuadirle, pero Faetón finalmente consiguió lo que quería. Al mando del carro fue presa del pánico y perdió el dominio de los caballos blancos que tiraban de él. Primero subió demasiado y enfrió la tierra. Luego descendió y quemó mucha vegetación convirtiendo la mayor parte de África en un desierto y quemando la piel de los etíopes hasta volverla negra. Zeus tuvo que intervenir y derribó el carro desbocado con un rayo. Faetón cayó y se ahogó en las aguas del río Erídano.

<sup>18</sup> “El palacio del sol era”.

<sup>19</sup> Jean-Baptiste Du Halde (1674-1743) fue un historiador jesuita, francés, que concentró su interés en el estudio de la historia, la cultura y la sociedad de China.

meses, los cuales son hydrón, schthyón, crión, taurón, dyaymón, karkinón, leontón, pardienón, zigón, scorpión, toxón, ogón.<sup>20</sup>

Estando para disolverse el congreso a que yo asistí como Secretario y computista vimos, como a distancia de dos millas y media (¡quién lo pensara!) un carro o vajel volante instruido de dos alas y un timón puesto donde debe estar, que venía rompiendo nuestra atmósfera con una celeridad increíble.

Al principio pensamos que todo era ilusión pues no hay memoria ni tradición de haberse visto jamás en nuestro orbe hombre alguno en cuerpo y alma. Salimos a conducirlo a nuestro Ateneo y después de haber hecho el arráez una profunda reverencia, dio cuenta muy por menor de su viaje y destino de que nosotros sólo podremos hacer un extracto muy diminuto y él allá de vuelta podrá explayarse cuanto quiera. *Monsieures*, dijo, yo me llamo Onésimo Dotalón: nací en un pequeño lugar del Bayliage d’Stampe,<sup>21</sup> en la Francia. Hice mis primeros estudios en mi patria, más viendo que la filosofía de la escuela era inútil y que no podía hacer docto chico ni grande, pasé a París en donde me entregué con aplicación infatigable al estudio de la física experimental, que es la verdadera. Y con esta ocasión, después de una meditación pausada en las obras de aquel espíritu de primer orden del suelo británico, el incomparable Isaac Newton, me hice dueño de los más profundos arcanos de la geometría. Vuelto a mi patria, cultivé la comunicación y amistad de un eclesiástico llamado *Monsieur Desforges*, hombre que sabe apreciar el mérito de los sabios sin respeto a facultades, autoridad, ni poder. Como nuestra amistad se iba estrechando cada día, quise darle una prueba de confianza comunicándole el empeño en que estaba de fabricar una máquina volante cual es la que véis. Después de una infinita repugnancia instruí a

---

<sup>20</sup> Términos sin referencia conocida, de supuesta etimología griega.

<sup>21</sup> DA: “Bailiaje. Especie de encomienda en el orden de caballería de San Juan, comúnmente hoy llamada de Malta, que obtienen por su antigüedad los Caballeros profesos y también por gracia particular del Gran Maestro de la Religión”. DRAE mantiene la definición del término.

monsieur Desforges, porque así lo pedía, en todas las reglas que podían dirigir la práctica del secreto comunicado. Yo no podré deciros, monsieures, en qué paró la instrucción. Por lo que a mí toca, previniendo que al vérseme discurrir por el aire se encendería una hoguera para ser quemado públicamente en la plaza como mágico, tuve por conveniente, para hacer algunos ensayos, antes de remontarme a las esferas salvarme en una de las islas Calaminas en la Libia, flotantes o nadantes en la superficie del agua, de que hacen mención Plinio libro 2, capítulo 95; y Séneca libro 3, capítulo 25. Retirado pues a una de estas islas, hice el primer ensayo lustrando toda la África. En el segundo, picado de una curiosidad geográfica, quise examinar por mí mismo si había alguna comunicación por la parte del norte entre nuestro continente y el americano y hallé que los dividía un euripo<sup>22</sup> del mar glacial. En el tercero, levantando un poco más el vuelo, hice asiento en la eminencia de los dos montes más altos de la tierra, el de Tenerife en una de las Canarias y el de Pichincha en el Perú. En la cumbre de este último cerro tuve el gusto de experimentar que el agua regia o fuente, libre de la gravitación y presión del aire, no disolvía el oro poco ni mucho, como también por esta misma causa no tenían gusto alguno sensible los cuerpos picantes y mordaces como la pimienta, la sal, el acíbar,<sup>23</sup> etcétera. Sobre la elasticidad o resorte del aire, también hice algunos experimentos que ahora no importa referir. Después de dos meses y medio volví a la isla flotante de mi residencia y mirándome en una disposición ventajosa para emprender un viaje literario a este planeta, me embarqué en mi carro volante encomendándome a mi buena o mala suerte, hallándose la Luna dicótoma<sup>24</sup> respecto de quien la observaba de la tierra,

---

<sup>22</sup> No aparece el término el DA. En DRAE: “Estrecho de mar”.

<sup>23</sup> DA: “El zumo que se saca de las pencas de la hierba llamada sábila. Viene de la voz árabe cebar, mudada la e en i, y añadiéndole la partícula a se dijo acíbar”. DRAE: “áloe, planta. 2. áloe, jugo de esta planta”.

<sup>24</sup> DA: “Dicótomo, ma. adj. que sólo tiene uso en la astronomía para diferenciar la Luna, Venus y Mercurio perfectamente dimidiados o en la dicotomía de las otras fases o aspectos”. En DRAE el vocablo deja de hacer referencia a la astronomía: “adj. Que se divide en dos”.

de cuyo centro distaba según su paralaje<sup>25</sup> semidiámetros terrestres. Como yo en mi viaje no me apartaba del plano de la equinoccial,<sup>26</sup> corridas 273 leguas de atmósfera tuve la curiosidad de arrojar al fluido que navegaba una cuartilla de papel de China y observé con grande admiración mía que el papel seguía hacia el Oriente la rotación que llevaba la atmósfera con el globo terráqueo. Antes de salir de esta región hacía un frío incomparablemente más intenso que el que sentí en la Estotilandia<sup>27</sup> en mi segundo ensayo sobre [el] que hice una reflexión digna de atención pública en oportunidad favorable, para esforzar la opinión de cierto filósofo moderno en orden a la causa del frío en sitios elevadísimos sobre el nivel del mar.

Tenía yo andadas bien seguramente 25 mil leguas cuando tuve bastante que reír acordándome del turbillón terrestre de monsieur Descartes,<sup>28</sup> quien por un raptó de imaginación extravagante hace dar vuelta a la Luna alrededor de la Tierra en fuerza de su turbillón, de la que no encontré el menor vestigio. Y para

---

<sup>25</sup> DA: “Paralaje o paralaxis. Term. de astronóm. Es la diferencia del lugar verdadero de un astro, considerando mirarse del centro de la tierra, al lugar aparente mirado de la superficie de ella”. DRAE: “Astron. Diferencia entre las posiciones aparentes que en la bóveda celeste tiene un astro, según el punto desde donde se supone observado”.

<sup>26</sup> DA: “Equinoccial. adj. de un term. Lo perteneciente al equinoccio”. El término también es aplicado a la línea equinoccial: “La circunferencia del círculo máximo, que divide el globo terráqueo en dos partes iguales, que son los hemisferios boreal y austral. Esta corresponde al ecuador, que se considera en la esfera celeste: y como en llegando el Sol a él se celebran los equinoccios, le llaman también equinoccial, aunque lo más común es aplicar este término al de la tierra”. DRAE reitera la primera definición del término y sólo consigna el uso de “línea equinoccial”.

<sup>27</sup> Éste es el nombre dado a una supuesta isla que aparece en el mapa del cosmógrafo Antonio Zeno en el siglo XIV y que estaba ubicada cerca de la Península del Labrador. La isla, no obstante, nunca fue encontrada, de modo que, desde el siglo XVI Estotilandia ha pasado a ser una tierra imaginaria.

<sup>28</sup> El vocablo “turbillón” es una transcripción fónica del término en francés *tourbillon*, esto es, “torbellino”. Descartes utilizó el término para desarrollar su *théorie des tourbillons* que explica la órbita celeste. Para Descartes, el sistema solar es un torbellino que arrastra los planetas. Cada planeta es el centro de un nuevo torbellino que retiene en su proximidad la materia que lo rodea. Esto explica, para Descartes, que la Luna esté en órbita alrededor de la Tierra y que los objetos que están en la Tierra no se caigan cuando ésta sigue su órbita alrededor del Sol. Esta fuerza de los torbellinos explica por qué todos los planetas del sistema solar rotan alrededor del Sol en la misma dirección.

asegurarme más bien, tiré al fluido una pipa llena de agua del río Leteo,<sup>29</sup> que perseveró inmóvil en aquel éter purísimo. Y también vine en pensar que si allí se construyese una torre cien mil veces más alta que la de Babel, se mantuviera eternamente sin vaivén, sin movimiento, sin desunión de sus partes ni inclinación o propensión a centro alguno.

Yo (digo la verdad) en medio de aquella materia celeste no sentí frío ni calor, aún herido de los rayos directos del sol que congregué en el foco de un exquisito espejo cáustico<sup>30</sup> y no inflamaron ni licuaron varias materias puestas a conveniente distancia sin duda por falta del aire heterogéneo, de que concluí que la catóptrica<sup>31</sup> con sus demostraciones no tiene qué hacer en aquel éter sutilísimo y homogéneo.

En fin, *monsieurs*, dijo el maquinario Dutalón, después de los auxilios precautorios que tomé para el uso de la inspiración y respiración en un espacio en donde no puede haberle por su raridad e improporción, no tenéis por qué preguntarme cuando me véis que sin pérdida de la vida he arribado velozmente a este orbe. Yo os certifico que cualquiera terrícola durmiendo [puede?] hacer el mismo viaje con la misma felicidad. Yo le continué observando y filosofando y después de todo me hallo con la satisfacción de haberme deshecho de una infinidad de preocupaciones, habiendo registrado las claras fuentes en que deben beberse las noticias experimentales, que es lo que aconseja Marcial en el epigrama 102 del libro 9.

---

<sup>29</sup> El río Lete o Leteo es uno de los ríos del Hades en la mitología griega. Al beber de sus aguas, los hombres sufrían una profunda amnesia.

<sup>30</sup> “Cáustico”, vale decir, “ardiente, quemante”. La alusión a un espejo cáustico en el relato señala una problemática que todavía hoy no está esclarecida de manera absoluta en los estudios de óptica, problemática que tiene su origen en un acontecimiento supuestamente histórico: en el año 214 a.C., durante las Guerras Púnicas, el general romano Marcelo sitió Siracusa. Arquímedes, a quien hoy conocemos más como geómetra, estuvo a cargo de la defensa de la ciudad como ingeniero militar. Para su defensa, dicen algunos historiadores mando a construir unos espejos que provocaban incendios gracias a la concentración de rayos solares. Gracias a estos espejos ardientes pudo quemar y destruir las galeras enemigas.

<sup>31</sup> DA: “Ciencia que trata de la averiguación de las propiedades y efectos de rayo reflejo”. DRAE: “Parte de la óptica que trata de las propiedades de la luz refleja”.

*Multum, crede mihi, refert, a fonte bibatur,*

*qui fluit, an pigro, qui stupet unda, lacu.*<sup>32</sup>

Aquí iba a hablar el Presidente del Ateneo cuando distrajo nuestra atención una tropa de ministros infernales que entrándose en la asamblea, el jefe, que era de muy mala catadura, sin hacer cortesía se explicó de este modo: Nosotros de orden de nuestro príncipe vamos muy lejos de aquí cuanto de aquí dista el globo solar. Conducimos el alma de un materialista, que en el punto de la separación del cuerpo fue arrastrada a la puerta del infierno en donde no quiso recibirle Luzbel diciendo que estaba informado por sus esbirros que rodean toda la Tierra que es un espíritu inquieto, turbulento, enemigo de la sociedad racional y de la espiritualidad del alma. Que en su opinión la madre que le parió no era de mejor condición que el zorro, el puerco espín, el escarabajo y otro cualquiera vil insecto de la tierra cuya alma muere con el cuerpo. Que no quería aumentar el desorden, la confusión y el horror, que eternamente habita en su impío. Y que luego luego escoltado por un destacamento de cuatrocientos demonios, fuese llevado a aquel gran pirofilacio, el sol. ¿Al sol, dijo el Presidente del Ateneo, en donde el Altísimo colocó (Salmo 18) su trono y pabellón? Sí monsieur, al sol, repuso Dotalón, porque en el sol colocó el infierno un anglicano, natural de Londres, llamado Svvidin,<sup>33</sup> que en una disertación, con los dos versículos 8 y 9 del capítulo 16 del Apocalipsis, pretende persuadir que el lugar de los condenados está en medio del sol, en donde el demonio fijó su trono (actas de los eruditos al mes de marzo, 1745) y que ésta es la razón por que tantas naciones en el orbe terráqueo hayan adorado al sol como Dios. Según eso, dijo el Presidente del Ateneo, ese fatuo Svvidin también pudo con el mismo derecho haber colocado el infierno en este

---

<sup>32</sup> “*Multum, crede mihi, refert a fonte bibatur/ quae fluit an pigro quae stupet unda lacu*” (Epigrammatum Lib. IX, C). “*¡Oh! créeme: hay diferencia en beber la cristalina agua corriente, o en beberla en un charco detenida*” (Epigramas Lib. IX, 100).

<sup>33</sup> No se han encontrado referencias a este nombre.

orbe lunar, pues es constante en nuestras memorias que la Luna ha tenido en la tierra sus adoradores. Por ventura monsieur Dutalón, prosiguió el Presidente, ¿hay todavía por allá altares consagrados a nuestro culto? Yo no sé, respondió monsieur Dutalón, que se haya renovado las víctimas y holocaustos de aquellos remotos siglos después del hecatombe que ofreció el fundador de la escuela itálica, Pitágoras,<sup>34</sup> en Crotón, noble población al fondo del seno tarrentino en la Calabria, provincia del Procurrentes de Italia, en acción de gracias por haber hallado la proposición 47 del libro 1º [de] Euclides, con que enriqueció las matemáticas. Y vos materialista, dijo el Presidente encarando hacia él, ¿habéis estado en el quersoneso de Yucatán y tratado o conocido por ventura allí un atisbador de movimientos lunares? Yo Señor, respondió el materialista, he paseado todo aquel país y conocido un sinnúmero de atisbadores de vidas ajenas, pero de movimientos lunares sólo he oído hablar de un almanaquista que ocupa el tiempo en esas bagatelas pudiendo emplearlo más útilmente en formalidades forenses como: dar traslado a la parte, en vista de autos, escrito de bien probado, acusar la rebeldía, girar los autos, etcétera; que es ciencia de notarios y se hizo ya de la moda, a que pudiera añadir el leve trabajo de registrar índices de libros de consultas en romance o en latín tan claro como el canon de la misa, para hacerse espectable en el vulgo por este camino ya que no puede por otro. También hoy decía que el almanaquista mantiene comunicación epistolar con el Bachiller Don Ambrosio de Echeverría, residente en el pueblo de Mama, hombre de un juicio sólido, muy práctico en los primores de la música moderna y en el manejo del canon trigonométrico, de quien podréis informaros en cuanto deseáis saber.

---

<sup>34</sup> Cita Diógenes Laercio en su Vida de filósofos a un tal Apolodoro, quien asegura que Pitágoras, al descubrir que, en un triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los dos catetos, realizó una hecatombe. Una hecatombe, en la Antigua Grecia, era el sacrificio religioso de cien bueyes, aunque DA amplía la referencia: “sacrificio de cien reses de una misma especie, que hacían los griegos y gentiles cuando se hallaban afligidos de algunas plagas. Por lo regular era de cien bueyes, cien puercos, ovejas, &c. para lo cual, según Julio Capitolino, se erigían otros tantos altares de césped y se ejecutaba a un mismo tiempo por otros tantos sacerdotes. Es voz griega, que significa cien bueyes”.

Dicho esto, le arrebataron los demonios siguiendo su derrota a aquel océano de fuego.

Ido el destacamento infernal, monsieur Dotalón pidió con un modo muy obligante se le diera una instrucción para correr todo este hemisferio y su opuesto y notar lo más excelente que encontrase en el orbe lunar. El Presidente del Ateneo compendió el itinerario en pocas palabras diciéndole: monsieur, nosotros sabemos por repetidas observaciones que el diámetro verdadero de la Luna con el de la Tierra guarda la proporción de 33 con 121 con la diferencia de una fracción minutísima y a este respecto es importante dividir el viaje que váis a hacer en 3 distancias siguiendo el vertical que pasa por el sudueste. La primera distancia es de 132 leguas y termina en un monte de plata que puede observarse muy bien desde la tierra con el subsidio de la dióptrica<sup>35</sup> y aun medirse geoméricamente, pues se levanta sobre el plano horizontal 296 hexápedas,<sup>36</sup> que hacen 2,066 pies de Castilla con corta diferencia. La segunda distancia es el País de los Sordos y termina en un puente magnífico de una estructura acabada, llamado el puente de los asnos, cuyo número de arcos es tal que restado de 188 y del mismo número de arcos restando 48, los residuos o restas son como 12 con 8 = 22.56 — — 12 V Ω 8V — — 386. Hecho el análisis conveniente, habréis pasado el puente con el gusto de saber cuántos arcos tiene el puente de los asnos. En la tercera distancia, cuya mayor parte ocupan los Campos Elíseos<sup>37</sup> tan famosos en la teología gentílica, se descubre una ciudad donde reside el chérif, con todas sus casas, calles, plazas,

---

<sup>35</sup> DA: “Ciencia físico-matemática y la tercera parte de la óptica, que demuestra las propiedades de los rayos refractos de la luz, y en consecuencia prescribe reglas y determina las figuras que deben tener los cristales para que produzcan los varios efectos que vemos en los anteojos, telescopios, microscopios y otros instrumentos semejantes”. DRAE: “Parte de la óptica, que trata de los fenómenos de la refracción de la luz”.

<sup>36</sup> DA: “Medida que consta de seis pies”. DRAE: “Antigua medida de seis pies”.

<sup>37</sup> 66 En la mitología griega, los Campos Elíseos conformaban una parte del Infierno. En oposición al Tártaro (el lugar del sufrimiento y el tormento eternos), en estas llanuras sagradas estaban las sombras de los hombres virtuosos y de los guerreros heroicos, donde llevaban una existencia apacible en un entorno verde y florido.

etcétera, de plata, ni más ni menos que la ciudad que os describe Mayoli<sup>38</sup> (sobre la fe de otro) en el coloquio 23 del libro 1º, situada cerca de Bazaim, navegando de Ormuz a Goa en la India Oriental, toda la ciudad de una peña cortada y excabada. Con esto monsieur, dijo el Presidente, pienso haber satisfecho a vuestro deseo. De modo que el cuadrado de la primera distancia 132 leguas, juntamente con los dos cuadrados de la segunda y tercera distancia expresadas, suman 1.585.584. Bien sabéis, monsieur, que el cuadrado de un número es el producto del número multiplicado por sí mismo.

$$1a \dots\dots\dots 132V \Omega + 2.$$

$$2a \dots\dots\dots 17424.+2 + V2 \Omega 1585584.^{39}$$

Conque descifrada esta algarabía algebraica que os presento, vendréis a saber cuántas leguas tiene la segunda distancia, cuántas la tercera. Monsieur Dutalón se entró en su carro volante tomando el rumbo del sudeste y dado el buen viaje, nos mantuvimos en el Ateneo hasta su vuelta.

Entretanto nosotros tomamos la gustosa diversión de colocar la ciudad de Mérida de Yucatán debajo del meridiano inmóvil de un globo geográfico que aquí dejó monsieur Dutalón y hallamos que su latitud septentrional es 20 grados 20 minutos, lo mismo que teníamos observado, como también su situación a la mitad del tercer clima, cuyo día máximo del año debe ser de 13 horas 15 minutos. Y como desde aquí vemos que gira la tierra de poniente a levante sobre su propio eje a proporción del movimiento de la equinoccial terrestre, le corresponde a esta península, según su paralelo, cuatro leguas españolas en un minuto de tiempo. Verdaderamente es un milagro continuado de la Omnipotencia que todos sus habitantes no sean lanzados por esos aires con un movimiento muchísimo más impetuoso que el que a la piedra da la honda pastoril por la tangente de su círculo.

<sup>38</sup> No hemos localizado referencias acerca de este personaje.

<sup>39</sup> La fórmula aparece enmendada en el original.

En esta consideración debéis padecer un vértigo o desvanecimiento de cabeza permanente que impida las funciones y reflexiones de una alma racional dandóos, como gente sin un adarme de seso, a todo género de profanidades, al lujo, a la farándula, al dolo, a la perfidia, a la alevosía, a la simulación profunda, a la codicia sórdida, a la ambición violenta hasta pisar descaradamente lo sagrado, una adulación fastidiosa hasta el abatimiento, una calumnia detestable hasta el más alto grado de malicia, una discordia perpetua entre la lengua y el corazón, una sensualidad más que brutal que sólo con la muerte acaba, una mendacidad por herencia, una volubilidad o inconstancia por temperamento y otras torpezas indignas de la naturaleza racional que pueden llenar de borrones más papel que conduce una flota al puerto de la Veracruz. De intento hemos formado este panegírico o llámese inventiva si así lo queréis, en despique de los chistes que nos comunica el atisbador en su carta de 5 del mes epifí, en que dice que los pocos terrícolas que allá están por nuestra existencia dicen que sí, que somos gente, pero ¿qué gente? Una gente sin palabra, sin vergüenza, sin seso, unos tramposos, inconstantes, lunáticos. ¡¡Miren quiénes hablan!!

Vuelto monsieur Dutalón de su viaje en que gastó cerca de cuatro meses celestes, nos manifestó el placer de que estaba penetrado de haber corrido todo nuestro orbe lunar. Monsieures, dijo, en todo el universo no puede darse lugar más cómodo, más ameno ni más delicioso para habitación de vivientes que adoren y alaben al Creador. Yo apuesto que si hubiera discurrido por todas estas regiones cualquiera de los que condenan como absurda la opinión de colocar en la Luna el paraíso de donde fue empujado el buen padre Adán por dar gusto a una mujer (¡ojalá no se hubiera derivado a su posteridad esta fácil condescendencia!) acaso moderara su sentir. ¡Qué maravillas y bellezas de naturaleza que aquí pasan por ordinario y no pueden contemplarse sin estupor y asombro! ¡Qué gobierno tan dulce y acomodado a la temperie de los anctítonas! Ciertamente allá nuestro globo

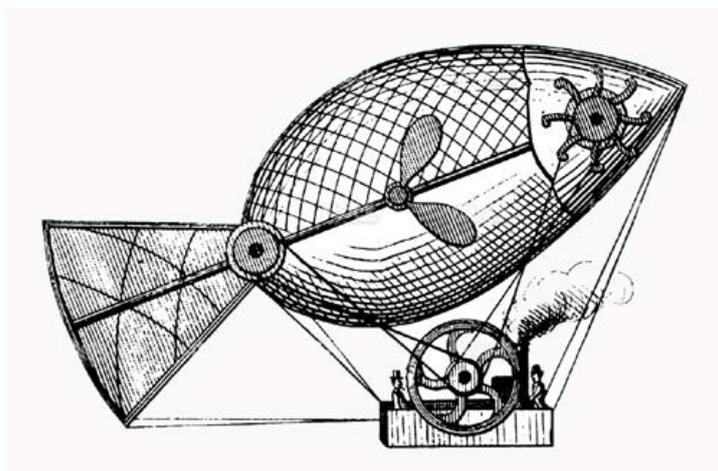
terráqueo, por su constitución, ha menester distinción de clases, en donde la suerte de los que gobiernan es la más infeliz porque si el superior gobierna mal, a todos desagrada; si gobierna bien, a pocos podrá agradar, siendo muy pocos los amantes de la justicia y equidad. En fin, monsieures, ya se acerca el tiempo de subir al globo de donde vine y retirarme a mi amada isla flotante a trazar la obra que os dije, de que a otro viaje prometo daros un ejemplar que podréis añadir a vuestros registros o memorias.

El Presidente del Ateneo suplicó a monsieur Dutalón se sirviera pasar por la península de Yucatán y poner en mano propia del Bachiller Don Ambrosio de Echeverría, residente en el pueblo de Mama, este escrito que será bien recibido por estar grabado en láminas de plata. Y monsieur Dutalón respondió que todo ejecutaría con buena voluntad y añadió que a otro viaje se venía con el Bachiller Echeverría, de quien recibiera órdenes para el globo de la Luna porque quedamos muy obligados. Y a mí, el presente Secretario, mandó el Presidente del Ateneo lunar diera fe de todo lo dicho y obrado y lo rubricara de mi nombre, lo que hago hoy 7 del mes dydimón de nuestro año del incendio lunar 7.914.522.

Señor Bachiller

Por mandado del Presidente del Ateneo lunar

Remeltoín Secretario



# Un Viaje Celeste

Por Pedro Castera<sup>40</sup>

El hombre es el ciudadano del cielo

Flammarion



mis ojos no podían desprenderse de esta línea, cuyos caracteres brillaban con mágica luz. Recordaba que Sócrates dijo: "El hombre es el ciudadano del mundo". Pero como esta raquílica esfera es importante para calmar nuestras aspiraciones, el ilustre astrónomo ha procurado con frase sublime nuestra legítima ambición. Es cierto que el cielo no basta para llenar el alma; pero el infinito es el velo con que se cubre Dios, y tarde o temprano el Supremo Ideal habrá satisfecho el anhelo de nuestro espíritu.

Mi absorción era completa; pero a poco iba olvidándolo todo; mis ojos fueron perdiendo la percepción; caí lentamente en una especie de sonambulismo espontáneo. Mis sentidos se entorpecieron, pero mi inteligencia no estaba embotada; con los ojos del alma lo veía todo, comprendía lo que me estaba pasando; pero aquel éxtasis, compuesto de no sé qué voluptuosidades extrañas,

---

<sup>40</sup> *El Domingo*, 1872

era tan dulce, había en él una mezcla tan indefinible de ideas, de delirios, de fruiciones desconocidas, que en lugar de resistirme, me dejaba arrastrar por aquella languidez llena de encanto y también de vida. ¡Oh, yo quisiera estar siempre así!

Mi alma se fue desprendiendo de mi cuerpo como si fuese un vapor, un éter, un perfume; la veía, es decir, me veía a mí mismo, como si estuviese formado de gasa o de crespón aparente, y sin embargo real, pero con todas aquellas ondulaciones, ligerezas y flexibilidades que tiene lo intangible.

Aquello era maravilloso; la sorpresa que me causaba mi nuevo estado no me dejaba ya lugar a la reflexión; mi pobre cuerpo yacía exánime, sin movimiento, en una postración absoluta. Comencé a creer que había muerto, pero de una manera tan dulce, tan bella, que no me arrepentía; antes bien estaba resuelto a principiar nuevamente. Algunos momentos después me hallaba convencido hasta la opresión de mi nuevo estado, y con una gratitud inmensa al Creador que había cortado con tanta dulzura el hilo de mi triste vida.

¡Cosa rara!, mi vista adquirió una penetración y un alcance admirable; las paredes de la habitación las veía transparentes como si fuesen de cristal; la materia toda diáfana, límpida, incolora y clara como el agua pura; veía infinidad de animáculos pequeñísimos habitándolo todo; los átomos flotantes del aire estaban poblados de seres; las moléculas más imperceptibles palpitaban bajo el soplo omnipotente de la vida y del amor... Mis demás sentidos se habían desarrollado en la misma proporción, y me sentía feliz, os lo aseguro; intensamente feliz.

Al verme dotado con tan bellas facultades, mi vacilación fue muy corta: levanté la mirada... y caí anonadado al contemplar la magnificencia de los cielos.

Oré un instante, y con la rapidez del pensamiento, me lancé a vagar por el bellissimo jardín de la creación. En mi estado normal veo a las estrellas, melancólicas pupilas, fijas sobre la Tierra; rubíes, brillantes, topacios, esmeraldas y amatistas, incrustadas en un espléndido zafiro, pero entonces... ¡Oh!... entonces voy a referiros con más calma lo que vi.

Es preciso que ordene algo mis ideas. Comenzaré, pues, por deciros que me bastaba pensar para que siguiese al pensamiento la más rápida ejecución, y por lo mismo, la idea que había tenido de ascender por los espacios me alejó de la Tierra a una distancia inmensa.

A lo lejos veía una esfera colosal (un millón quinientas mil veces mayor que la Tierra), incandescente como el ojo sangriento de una fiera, roja como el fuego, volaba con velocidad, arrastrando en aquella carrera una multitud de esferas, entre las cuales había algunas algo aplanadas por dos puntos, pero todas de mucho menores dimensiones, pues si hubieran podido reunirse no igualarían con su volumen al hermosísimo disco de fuego; a pesar de que se encontraban algo lejanas, las percibía con una claridad extraordinaria, capaz de permitirme examinar hasta sus menores detalles.

Figuraos mi asombro: aquella antorcha encendida en medio de los cielos era nuestro Sol, y sus acompañantes, su familia de planetas.

Pero no era todo, no: lo que me dejaba mudo, absorto, enajenado, era que todas aquellas masas enormes eran ¡mundos! más o menos semejantes al nuestro, pero todos ellos, sin excepción, mundos habitados.

Sí, sí, yo veía las manchas blancas de las nieves polares, las nubes cruzando sus atmósferas, las unas densas, cargadas de brumas, las otras purísimas y tenues,

los mares brillaban como líquida plata, y los continentes parecían inmensas aves que se recostaban cansadas de volar.

Allí hay seres, me decía yo, seres humanos, habitantes, hombres tal vez, y ángeles como los que habitan la Tierra con nombres de mujeres, porque si no fuera así, esos mundos serían horribles; allí estarán mis hermanas, mis padres, mi familia... ¡Ah: Dios mío, cómo a la vista de esos mundos se despliega tu Soberana Omnipotencia!

Entonces busqué a Júpiter, que de los planetas de nuestro sistema es el mayor y el más bello; la Tierra la veía como la 126a. parte del brillante astro, que me deslumbró por su hermosura; esto en cuanto a superficie.

Sus montañas tienen una inclinación muy suave, sus llanuras son perfectamente planas, los mares tranquilos; nada de nieve; la eterna primavera bordando sus campos, flores divinas embriagando con sus deliciosos aromas a esos felices habitantes, aves de pintados colores cruzando en todas direcciones, y cuatro magníficas lunas que deben producir en sus serenas y apacibles noches unos juegos de luz admirables.

Multitud de ciudades diseminadas sobre su superficie, pero por más que lo procuré no puede distinguir los habitantes; tal vez serán de una belleza deslumbradora, que después me hubieran hecho despreciar los de la Tierra, y por eso la Providencia me evitó el verlos. Júpiter es un mundo en el cual el dolor no es conocido, es un verdadero Edén.

Mercurio y Venus no llamaban mi atención, la Tierra me daba cólera por orgullosa, Marte tiene tantos cataclismos y cambios que tampoco me agradaba, los asteroides me parecían muy pequeños, olvidé a Saturno, a Urano, y después de mi hermoso Júpiter, mi futura patria, pensé en Neptuno, que según la mitología representa al dios de las aguas.

Aquello fue un salto peligroso; en menos de un segundo atravesé centenares de millones de leguas y me encontré a una distancia regular del astro que por hoy limita nuestro sistema. Entonces no comprendí muy bien lo que me pasaba: el Sol lo veía del tamaño de una lenteja, Saturno enorme, como de un volumen de setecientas treinta y cuatro veces mayor que la Tierra, y yo me hallaba en una penumbra indefinible.

La naturaleza, como la obra de Dios, es admirable; apenas pude distinguir que aquel mundo, como los otros, estaba habitado; pero previendo la lejanía del Sol, los seres que allí viven tienen la facultad de desprender luz, están rodeados de una aureola luminosa, tan bella, que fascinado no podía apartar de ellos mi vista embelesada con su contemplación.

Me fue imposible fijarme en más detalles, porque en un momento me sentí arrastrado por una fuerza extraña; observé lo que era: la cauda de un cometa me envolvía, me encontraba en una línea de atracción del astro errante, que sacudía su magnífica cabellera en la inmensidad.

El vehículo celeste era cómodo y bello; me dejé llevar sin oponer resistencia. La velocidad de mi tren express iba aumentando cada vez más; cruzábamos los abismos dejando a nuestros pies infinitas miríadas de mundos.

Repentinamente observé que una estrella doble, púrpura y oro, crecía a mi vista de una manera espantosa; en algunos segundos adquirió proporciones gigantescas, como de unas diez veces más que nuestro Sol; sentí una atmósfera de fuego, y abandonando mi solitario compañero me lancé huyendo en dirección opuesta.

Os he dicho ya que volaba por los cielos con la velocidad del pensamiento; los soles de colores se multiplicaban a mi vista, ya rojos o violados, amarillos o verdes, blancos o azules, y alrededor de cada uno de ellos flotaban infinidad de mundos en los cuales palpitaba también la vida y el amor.

Yo seguía corriendo, volando con una rapidez vertiginosa, atravesaba las inmensas llanuras celestes bordadas de flores, me sentía arrastrado por lo invisible, y trémulo y palpitante, yo balbucía una oración.

Aquello no terminaba nunca, nunca... La alfombra de soles que Dios tiene a sus pies se prolongaba hasta lo infinito... se pasaron instantes o siglos, no lo sé; yo seguía con mayor velocidad que la luz, que la chispa eléctrica, que el pensamiento, y aquella magnífica contemplación seguía también... soles inmensos de todos colores, mundos colosos girando a su derredor, y todo... todo lleno de vida, de seres, de almas que bendecían a Dios. Los soles cantando con voz luminosa y los mundos elevando sus himnos formaban el concierto sublime, grandioso, divino de la armonía universal.

Atravesaba los desiertos del espacio cruzando de una nebulosa a otra; la extensión seguía; atravesaba multitud de vías lácteas en todas direcciones, y volaba... seguía... y la inmensidad seguía también.

Estaba jadeante, rendido, abrumado; oraba con fervor y me sentía arrastrar por una fuerza irresistible: los abismos, los espacios, las nebulosas, los soles y los mundos se sucedían sin interrupción, se mezclaban, se agitaban en turbiones armónicos sobre mi frente humillada, abatida ante tanta magnificencia, ante tan deslumbrante esplendor. Yo estaba ciego, loco, casi no existía ya; pequeño átomo perdido en aquella inmensidad, apenas me atrevía a murmurar conmovido, temblando, admirado ante la manifestación divina de la Omnipotente Causa Creadora, ¡Dios mío! ¡Dios mío!

De pronto mi carrera cesó... Dios escuchaba al átomo.

Tardé algún tiempo en reponerme; perdido en la extensión sideral, busqué en vano la Tierra; nada, no se veía; quise encontrar nuestro Sol, pero imposible;

tampoco lo veía. Apenas allá a lo lejos, a una distancia incalculable, perdida en los abismos sin límites de la eternidad, pude ver nuestra Vía Láctea, que parecía una pequeña cinta de plata formando un círculo de dimensiones como el de una oblea, que volaba con una velocidad inapreciable en la profundidad divina de las regiones infinitas. Ligero y veloz me lancé hacia ella; pronto llegué, sin saber cómo; pero entre sus setenta millones de soles no podía encontrar el nuestro. Pensé entonces que con la velocidad de la luz tardaría quince mil años en dar una vuelta a nuestra pequeña Vía Láctea, y abrumado por aquel cálculo, sin poder comprenderlo, oprimido por semejante idea, me detuve lleno de terror. ¿Qué hacer? ¿Cómo hallar la miserable chispa que llamamos Sol? ¿Cómo encontrarla Tierra, átomo mezquino, molécula despreciable, excrescencia diminuta de aquel sol que no podía hallar por su pequeñez? ¡Oh! Entonces mi alma, desfallecida, ansiosa, anhelante, se dirigió a Dios.

¡Oh, Tú, espléndido sol de los soles, Supremo Ideal de las almas, Espíritu de Luz y de Vida, Amor Infinito de la Inmensidad de la Creación, del Universo!... ¡Oh, Tú, mi Dios, vuélveme a mi átomo y perdona mi loco orgullo, vuélveme a la Tierra, Dios mío, porque allí está lo que yo amo!

Mi carrera comenzó de nuevo terrible, frenética, espantosa; sentía vértigo, un ansia atroz, algo como el frío de la muerte; corría, volaba y... en ese momento Manuel de Olaguíbel me sacudió fuertemente por el brazo; yo me encontraba sentado en mi escritorio, con el pelo algo quemado, las manos convulsas, multitud de papeles en desorden, y escritas las anteriores líneas.

—¿Qué tienes? —me dijo mi amigo.

—Nada —le contesté algo turbado todavía—, es que el cielo...

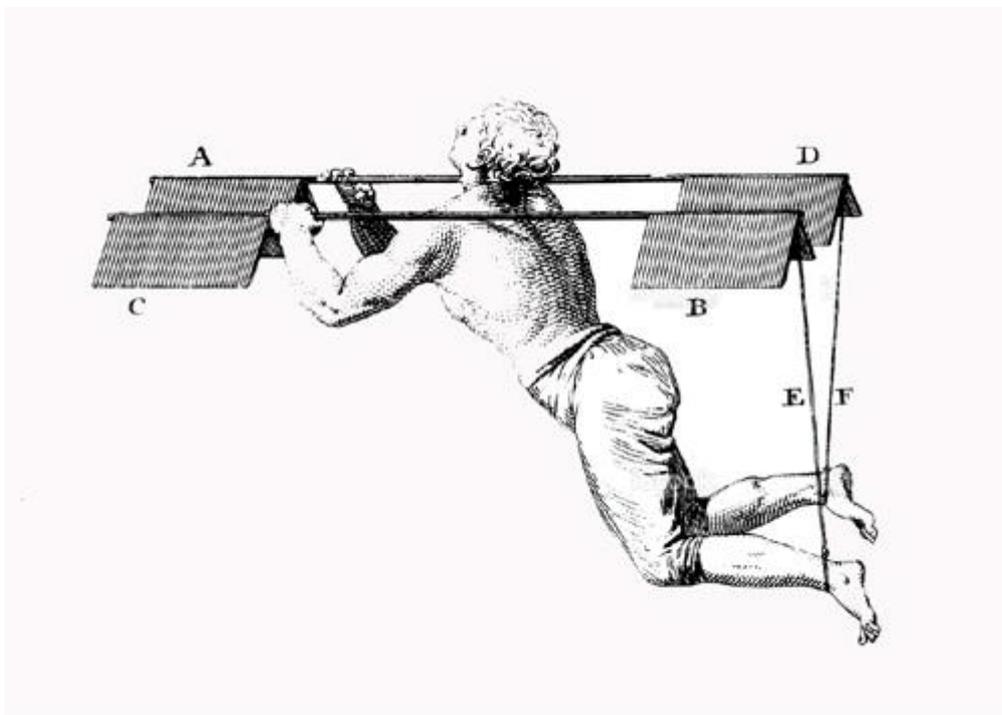
—Sí, el cielo —me dijo riéndose—; hace largo rato que te observo; tenías un verdadero delirio, gesticulabas, escribías; yo iba leyendo, pero me pareció prudente

suspender esa carrera fantástica, por temor de que la terminases en un hospital de dementes.

—El cielo, el cielo —repetía yo maquinalmente.

—Sí —continuó—; el cielo es lo más bello que hay, supuesto que es lo que nos manifiesta y enseña la Omnipotencia Suprema de Dios; tú en esas líneas dices poco de Él; pero, sin embargo, todas son verdades científicas, axiomáticas, irreductibles, que forman el patrimonio que el siglo impío deja al porvenir.

Salimos; el viento fresco de la noche calmó mi exaltación; pero por más que lo procuro, no puedo dejar de pensar que el Universo es la patria de la humanidad y el hombre el ciudadano del cielo.



# La Última Guerra

Por Amado Nervo<sup>41</sup>

## I



res habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar Revolución cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz del planeta; la Revolución francesa, que, eminentemente justiciera, vino, a cercén de guillotina, a igualar derechos y cabezas, y la Revolución socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año dos mil treinta de la Era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la unanimidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que en adelante ya no pudo decirse sino: Antes de la Revolución social; Después de la Revolución social. Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced a esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la Revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente a las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios, a saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una

---

<sup>41</sup> El Mundo, 1898

delicadeza superior al pétalo de un jazmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza o del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de estos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario, a decir verdad, y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, a lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho temeríamos fatigar la paciencia del oyente enumerándolas. Solo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeroplanos, aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transtereolunares, etc., cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado a la atrofia absoluta de estas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían a sus domicilios en pequeños carros eléctricos especiales, usando de ellos para cualquier traslación personal. La Revolución social vino, empero, a cambiar de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año tres mil quinientos dos de la Nueva Era (o sea cinco mil quinientos treinta y dos de la Era Cristiana) no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La Revolución social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En realidad, la Revolución francesa la preparó, fue el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades que empezó con la Revolución cristiana; pero hasta el siglo XIX de la vieja Era no empezó a definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de la Era cristiana 1950 murió el último rey, un rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por las gentes de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran capitán (a decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo XX (post

J.C.) tendría que ser republicana o cosaca se convirtió, en efecto, en el año de 1916, en los Estados Unidos de Europa, federación creada a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que en aquel entonces ejercían en los destinos del viejo Continente una influencia omnímoda).

## II

Pero no divaguemos: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias,<sup>42</sup> y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero después de ellas, la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad incommovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social, gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era la vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero pintoresco y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende; los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la élite, como si dijéramos del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en

---

<sup>42</sup> Las vibraciones del cerebro, al pensar se comunicaban directamente a un registrador especial, que a su vez las transmitía a su destino. Hoy se ha reformado por completo este aparato.

intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a través de los milenarios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien: la élite, el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales llamados inferiores.

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad era completa, pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos o tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación química de pastillas y de jugos para inyecciones), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, o sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo a que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros a los que era raro que concurriese hombre alguno.

### III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han esangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la Revolución social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia a igualdad de prerrogativas y de derechos y la aspiración a lo mejor, latente en el alma de todos los seres...

Los animales no podían quejarse, por cierto: el hombre era para ellos paternal, muy más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución francesa. Obligábalos a desempeñar tareas relativamente rudas, es cierto; porque él, por lo excelente de su naturaleza, se dedicaba de preferencia a la contemplación; más un intercambio noble, y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella lucha que iba a hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más gráfica, si vale la palabra, de los hechos que precedieron a la revolución, a la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos a hacerles asistir a una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores, y que, cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo XIX, llamado Eliseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que estos se reunían los días de fiesta y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de agosto de 5532 (de la Nueva Era) la asamblea en cuestión.

Presidía *Equus Robertis*, un caballo muy hermoso, por cierto; y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entonces, *Can Canis*, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced a emisores especiales que registraban toda vibración y la transmitían solo a aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos estos ya hoy en desuso por poco prácticos.

Cuando *Can Canis* se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

#### IV

Mis queridos hermanos —empezó *Can Canis*—:

La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta y hasta su huella se desvanecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos a serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes y de que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah!, todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el recuerdo orgánico, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol enmarañado aún de llamas a la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba a la pereza y a la beatitud. El Mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madreporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes, y

en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y a su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius; el uro erguía su testa poderosa entre las breñas, y el mastodonte contemplaba el perfil de las montañas, que, según la expresión de un poeta árabe, le fingían la silueta de un abuelo gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico, que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo.

¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño...! ¡Cuán felices...! A sus rugidos, a sus gritos inarticulados, respondían solo los ecos de las montañas... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrúmanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y enigmática que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantesco exterminarlos para siempre...! Y de hecho, ¡cuántas veces cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mastodontes, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbre y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; o bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego

custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de succulencia memorable...! A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrúmanos, aquellas bestezuelas frágiles, de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban; y un día, día nefasto para nosotros, a un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fue su cetro, el cetro de rey que le daba la naturaleza... ¿A qué recordar nuestros largos milenios de esclavitud, de dolor y de muerte...? El hombre, no contento con destinarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La Naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley; y a través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que a veces fulguraba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, a quien un sabio llamaba en el siglo XVIII (post J.C.) un candidato a la humanidad; en las pupilas del caballo, del elefante o del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió monosilábico, rudo, tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que había ya nuevos dioses sobre la tierra; por segunda vez en el curso de los tiempos el Creador pronunció un *fiat, et homo factus fuit*.

No vieron Ellos con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubieron de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optaron por utilizarla... Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama a participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos... y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra...

Así habló Can Canis, y este fue, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

## V

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años, como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del radium utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los dardos inyectores de microbios, los choques telepáticos..., todos los factores de combate, en fin, de que la humanidad se servía

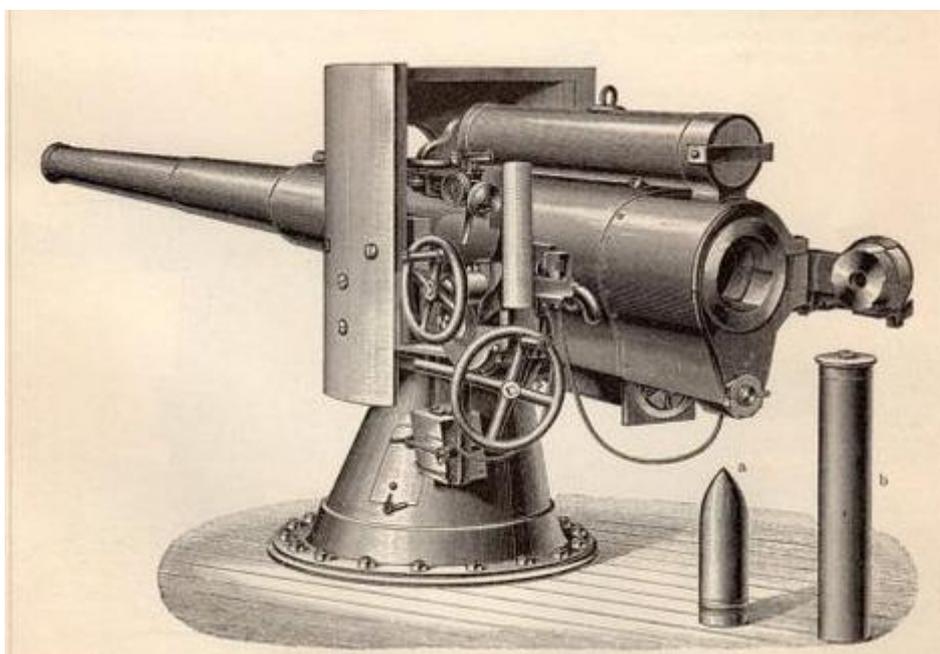
en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre...

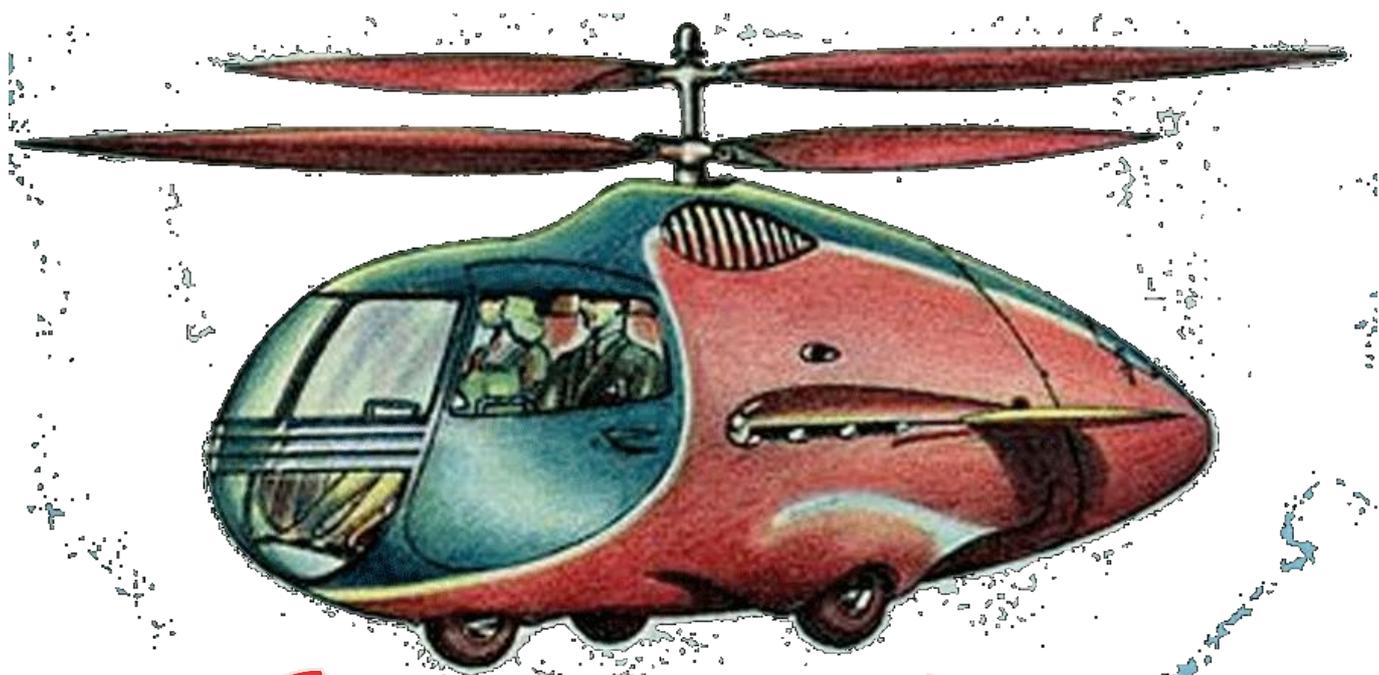
Los hombres, a pesar de su astucia, fuimos sorprendidos en todos los ámbitos del orbe, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo...

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían a las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que a diario utilizaban sus secretos: ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos...

Imagínese, por tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire... La humanidad estuvo a punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó a creerse seguro (seguro lo creemos aún)... y a la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonotelerradiógrafo estas líneas, que no sé si concluiré, este relato incoherente que quizá mañana constituirá un utilísimo pedazo de historia... para los humanizados del porvenir, apenas si moramos sobre el haz del planeta unos centenares de sobrevivientes, esclavos de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fue nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número y a pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que confirma asaz la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados a morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos mentales nos lleve otra vez, a pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados... Estaba escrito así... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo... y el

vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; esta, ante la invasión amarilla, que a su vez fue arrollada por la invasión negra, y así, de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto a los límites de la historia... Su misión se cifraba en desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más... ¿Quién podía sustituirlos en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? Los primeros animales humanizados, a los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos... Vengan, pues, enhorabuena; a nosotros, llegados a la divina serenidad de los espíritus completos y definitivos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, a su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto a nuevas razas que hoy fermentan en el seno oscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo e impenetrable... ¡Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya oscuro, girando alrededor de una estrella de la constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio, y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades... para que todo recomience!





# CONTEMPORÁNEOS

# Arabesco inmóvil

Por Mauricio—José Schwarz<sup>43</sup>



Imudena doliente en la cama.

Almudena doliente bailando.

Repiqueteo de tacones que convierten a la madera en instrumento, feria de percusiones, sorda marimba bombardeada. Silencio mientras una pierna se asoma entre los vuelos de la falda, coqueta, perfecta, muscular, apoderándose del primer plano,

del escenario todo, bebiéndose la luz que marca un círculo sobre la mujer y su color.

Almudena sobre la camilla, debatiéndose entre el dolor y el horror, mirando sin querer mirar la mancha roja que se extendía por la sábana, goteando vida abandonada por el suelo.

No hay engaño que no pueda convertirse en realidad si pasa por la mano del artesano. La mentira anunciada, promovida, conocida, puede alzar el vuelo. Mentira son los personajes de la tragedia griega, que en acabando el llanto y la muerte bajan del escenario y se convierten en simples actores aficionados al vino y a la música de las flautas. Mentira son los músicos de cuadritos pintados

---

<sup>43</sup> Publicado originalmente en Axxón n° 113 <http://axxon.com.ar/rev/113/c->

por el catalán. Mentira las penurias del diminuto vagabundo que se mueve espásticamente en los filmes de Chaplin. Mentira el vuelo fingido de las bailarinas sobre las puntas, imaginándose cisnes envueltos en tul.

Mentira era Almudena. Mentira nueva inventada a dueto por el Charro, que según ella se parecía a Jorge Negrete hasta en las pestañas, y el Tiburón, que hubiera dado una pierna por la gloria de parecerse a Gardel, pero que tenía aspecto entre de matón de la mafia y de dueño de una pizzería.

Mentira que bailaba de cuando en cuando en las dimensiones igualmente falsas del espacio virtual, en las imágenes y sonidos que corrían por las líneas telefónicas y saltaban ágiles de satélite en satélite para reconstruirse en las pantallas y las bocinas de las computadoras que tapizaban al planeta.

Una Almudena tan real que invitaba a tocarla, que parecía despedir su propio aroma feral aunque esas cosas aún eran imposibles. Almudena en una ilusión de cuerpo entero, tres dimensiones, sonido perfecto, que pasaba del flamenco a Gershwin con elegancia, gitana en un momento, mulata esencial al siguiente, y que había dejado huella con sus bailes en fingida gravedad cero, como si ella y su público estuviesen suspendidos entre la Tierra y la Luna, y a nadie importaba que fuera una ilusión.

Había dejado huella cuando ya no tenía piernas. La paradoja le divertía enormemente aunque jamás lograba arrancarle una sonrisa con ella al Charro o al Tiburón. Ciertamente, dejaba huella a veces en la tierra con las prótesis casi alquímicas de plástico y complicados intestinos electrónicos que le permitían caminar casi sin tambalearse, subir escaleras, trotar en las mañanas e incluso inclinarse a recoger algún objeto del suelo, pero que eran incapaces de bailar y dejar huella en los corazones.

Había dejado huella en otros, en cambio, con corrientes eléctricas diminutas que salían de las terminaciones vivas de sus muñones, esos nervios truncos con los que a veces sentía que le dolían las piernas ausentes. Así como las prótesis físicas sentían las órdenes de esos nervios, las traducían a velocidades asombrosas y reaccionaban, los electrones enviaban mensajes a través de los cables diseñados por el Charro y el Tiburón entre oscuros chistes tecnológicos y jarras de café. Y los mensajes de los cables llegaban a las computadoras que los dos hombres habían acumulado para hacer los complejos trabajos de programación que les permitían vivir como vagos y cobrar grandes sumas.

Las señales nerviosas iban a las computadoras y entonces bailaba una Almudena replicante en la pantalla tridimensional.

Al principio se sintió una grotesca marioneta estática en la silla, con cables que salían de toda parte móvil de su cuerpo y se convertían en la imagen en la pantalla. Miró el entorno virtual en las gafas diseñadas por el charro. Era un teatro y ella estaba al centro del escenario. Siguió instrucciones, imaginó que daba un paso al frente y pudo ver que bajo ella se extendía su pie y se posaba sobre el piso falso con un reconfortante sonido. Era como estar dentro de otra Almudena entera.

Asombrada, no volvió a temer las horas de ajustes a los aparatos, las pruebas prolongadas que poco a poco la reinventaban bailarina.

Fue como aprender a caminar de nuevo.

Pique para ampliar El Tiburón agregó más cables y explicó que, en cuanto resolvieran algunos puntos sobre cómo conseguir que las computadoras la "vieran", quizá desaparecerían muchos de ellos.

—Pero para que salga bien, tiene que doler —dijo el Tiburón y el Charro hizo un mohín que acentuó su parecido con el ídolo de la pantalla.

Los nuevos cables llevaban sensaciones de presión y de dolor al cuerpo de Almudena, en respuesta a sus evoluciones imaginarias en el escenario inexistente.

Al cabo de unos pasos se sintió confiada, quiso girar y perdió el equilibrio tan eficazmente como lo hubiera hecho en la realidad. El mundo que veía se inclinó de súbito en las gafas mientras ella lanzaba un grito de dolor al chocar la cadera imaginaria con el escenario inexistente.

—Acaso habría que disminuir la potencia —dijo el Charro con toda seriedad.

—Los artistas deben sufrir —sugirió el Tiburón.

—También pueden rompernos la cara a patadas —reflexionó el Charro mirando cómo Almudena se quitaba las gafas y los miraba con odio no por cordial menos sincero.

—Acaso habría que disminuir la potencia —concluyó el Tiburón.

Almudena fue sujeto experimental, Terpsícore de laboratorio, bailarina de indias, campo de pruebas y fuente de interminables cantidades de números que resultaban de las acciones de cada cable y daban pie a que el Charro y el Tiburón prepararan más y más jarras de café y hablaran en su idioma técnico y hermético. Almudena aprendió a dar un paso y otro, a hacer un glissade sin piernas y un pas de chat sobre un entarimado que sólo existía en sus gafas televisoras, haciendo sonidos que le llegaban mediante bocinas. El Charro aprendió a graduar los sonidos y las sensaciones. El Tiburón aprendió a disminuir la potencia del dolor y hacer más eficientes las sensaciones que

recibían los muñones. Almudena aprendió a respuntar un taconeo terso y retador desde su silla, las manos abriéndose en el aire como flores urgentes. Descubrió cómo manipular sus extensiones para convertir la cibernética en una herramienta más, otro órgano que le permitía explorar las posibilidades del movimiento en que había vivido su cuerpo desde los cuatro años de edad hasta el día en que un automóvil se plegó sobre sus piernas convirtiéndolas en un recuerdo.

Llegó el día en que se anunció por los gusanos telefónicos que se podía ver a Almudena bailar en las computadoras. Y la vieron aunque no supieran quién era esa maestra de baile y coreógrafa que cuatro años atrás había estado a punto de hacerse famosa y en cambio se había hecho tullida.

Pique para ampliar Y Almudena bailó, primero directamente, transmitiendo su ilusión a una hora exacta para un público incuantificable e invisible de hombres y mujeres absortos ante sus computadoras, y que encontraron la manera de hacer saber su entusiasmo por la danza virtual de la mujer de negros cabellos. Luego, Almudena bailó en discos que podían adquirirse junto a los programas de contabilidad y los juegos donde se puede destruir al enemigo con armas malévolas y brutales.

Y mientras Almudena bailaba, el Charro y el Tiburón soñaban con otros artificios para que Almudena bailara soft shoe en las arenas de la Luna, simulando esa quinta parte de gravedad que convertía a los astronautas en saltarines a cámara lenta, para que ensayara mudras acompañada de bailarines que estuvieran en otros países y se unieran a ella en coreografías fantásticas sin tener que salir de sus domicilios.

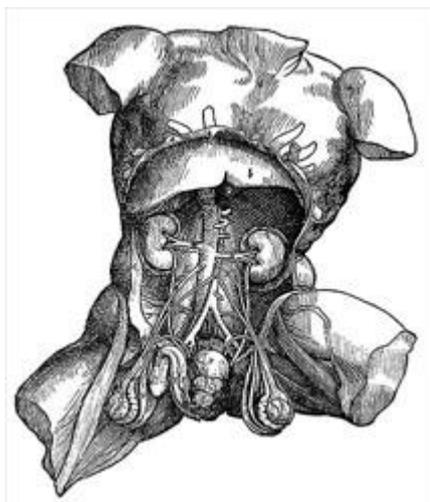
El Charro y el Tiburón soñaban escenarios y retos para llenar de danza la vida de Almudena, de saltos watusi y de zapateados gauchos, de ballet y de

pavanas, vales y minuets, coreografías sin precedente y largas improvisaciones de tap posibles, acaso, en compañía de Gene Kelly o Donald O'Connor.

Y soñaban que olvidaban cuál de los dos, si es que alguno lo había hecho, llevaba en las manos el volante del automóvil al momento en que serpenteó descontrolado y chocó contra la guarda de la autopista, anunciando su ruina con un cruel aullar de metal vencido al que le hizo coro el asombro sangrante de Almudena.

La Almudena que no iba a ser nunca de ninguno de los dos.

Los dos que eran para ella.



# El viajero

Por José Luis Zárate<sup>44</sup>



o diré desde el principio: mi nombre es Eliseo Hernández y soy detective privado. Un detective real, de verdad, en este mundo encantador. Ahora bien, creo mi deber destacar que no soy un hombre rudo, buen peleador y que conoce todos los oscuros engranajes de la vida. Si se me quisiera describir con una palabra sería anónimo. O anodino. Cualquiera. Y no es que importe. Nada importa mucho.

O casi nada.

Un día gris, en mi oficina que es una de tantas, entró un hombre común, con todas las trazas de tener mucha prisa y me dijo:

—Quiero contratarlo.

Antes de que mintiera diciéndole que no podía haber hecho mejor elección, ni conseguido a nadie más eficiente que yo, el tipo puso frente a mí una cantidad de billetes digna de cualquier serie televisiva.

Lo que debería haber dicho, para lucir mi rápido ingenio, era: "de acuerdo, ¿a quién mato?"

---

<sup>44</sup> Publicado originalmente en Axxón n° 160 <http://axxon.com.ar/rev/160/c-160cuento8.htm>

Pero, por desgracia, las mejores réplicas se me ocurren siempre unas tres horas después de pasada la situación; así que lo que me salió fue un:

—¿Qué...?

El cual fue ignorado por completo.

—Sólo dígame si el dinero es bueno. —Vio su reloj, como si este lo hubiera mordido—. Vendré mañana.

Acto seguido mi primer cliente misterioso salió y lo único que alcancé a pensar fue que no se parecía a mis típicos clientes: esto es, cónyuges desconfiados. Vaya encargo más tonto; así que tomé el primer billete y un prócer de la patria me miró tras unas gafas de abuelito, con una sonrisa sesgada y nada divertida. Un billete como todos. Nada del otro mundo. Excepto la fecha del próximo año.

"A chingao", pensé. Todos los billetes tenían fechas futuras y estaban muy usados, con esa textura que sólo años de circulación proporcionan, más o menos como unos calcetines míos. Si alguien los falsificó su trabajo era estupendo, pero no parecía ser eso, los billetes debían ser nuevecitos, crujientes, y con fechas creíbles, ningún falsificador pondría una fecha futura... ¿cómo iba a saber que el diseño no se modificaría?

Bueno, sólo se me ocurrió una manera para comprobar si eran aceptados o no.

Abrí los cajones para buscar algunos de los sellos que conservaba de mi trabajo anterior. Encontré el de TESORERIA junto con las credenciales y un viejo retrato de Alma que hice confeti antes de hallar la tinta. Mientras sellaba todos los billetes de tal manera que no se viera la fecha me la pasé pensando si valía la pena pegar la foto. Significaba mucho trabajo y a fin de cuentas ¿para

qué?, Alma ya estaba muy lejos y un detective como yo no debe estar pensando en esas tonterías. Así que traté de olvidarla y me fui a gastar el dinero en diversos sitios sólo como parte de mi investigación.

El trabajo es el trabajo.

—¿Quiubo Cañas?

—Hola, contador. ¿Qué cuentas?

—Nada mano, aquí chambeando... ¿Sigues de detective?

—A veces. Oye, un favor. Dime si estos billetes son buenos ¿no? Me los dio un cuate al cual no le tengo mucha confianza que digamos... El banco se encarga de eso, ¿no?

—Claro, déjame ver... Yo me encargo de eso... Hum... Pinche banco, ni el sueldo me subieron... Son buenos.

—¿En serio?

—Seguro.

—Bueno, pues... Cóbrate lo que te debo.

El tipo apareció al día siguiente. Y lo digo en serio: apareció. Yo estaba juntando todas las facturas para mostrarle en cuantos sitios eran aceptados sus billetes y planeaba recibirlo con una enorme sonrisa cínica y dura, digna de un detective, para informarle: eran buenos, y nada más. Cuando al levantar la vista lo veo frente a mí. Me metió un susto de los mil diablos, hasta olvidé la sonrisa ensayada y puse una cara de pendejo común y corriente; y es que la puerta de mi despacho se abre crujendo como en película de espantos y yo no la oí y ese

tipo tenía la cara toda seria, algo así como si fuera a decirme que se había muerto.

Y exactamente eso hizo.

—Inventé una máquina del tiempo —dijo, y antes de que pudiera reírme o hacer algo más que reponerme del susto, agregó—: me asesinaron hace dos años y no sé quién, averígüelo. Me llamo Alejandro Leyva y vivía en... Le pagaré lo que usted pida.

Y sin previo aviso se disolvió en millones de puntitos negros que a su vez se fueron disolviendo en otros tantos puntos hasta desaparecer por completo.

Cuando el último de ellos se fue me acordé de respirar.

¿Pruebas? Estaban los billetes. Confiaba aún en mis ojos y algo menos en mi cerebro. Y había visto lo que había visto. Ahora se explicaba todo lo del dinero: el cuate ése, Leyva, viajó a mi futuro, apareciendo en cualquier lugar que manejara mucho dinero para traerlo a mi época. Me gasté el botín de un robo que aún no se efectuaba. Tuve que repetirme —algo así como sesenta veces—, que no era un sueño, para empezar a creérmelo. Tenía miedo, claro, como no, a un pinche tipo así como yo no pueden pasarle milagros, si éstos no son malos o de plano terribles. Y no me acaba de decidir si aceptaba la investigación o no, el dichoso asunto no era el de seguir a alguien y no sabía por dónde agarrar el hilo, y además... además necesitaba pensar, porque reflexionándolo bien ¿qué significa en realidad un viajero en el tiempo? Tardé poco en darme cuenta.

Apenas entré a mi casa me di cuenta que algo estaba fuera de lugar. No puedo decir exactamente qué, pues donde vivo todo está fuera de lugar. Ahora bien, cuando entré a ese chiquero tuve, durante un segundo, la certeza de

hallarme en un sitio extraño. No sé lo que me dio tal sensación: mi sofá desvencijado seguía donde siempre, el pinche gato que Alma me dejó seguía siendo el mismo pinche gato. Sólo que imaginé a alguien entrando horas antes para mover todo unos centímetros, cambiando el ángulo de una revista y dándole un toque húmedo a las manchas de las paredes, incluso alborotando el pelo del gato de tal manera que pareciera diferente. Casi igual. Casi. Me dije que todo era efecto de la impresión causada en mi delicada cordura unas horas antes y casi me lo creo cuando escuché una voz:

—¿Cariño? ¿eres tú?

Lo cual me produjo el mismo efecto que si un loco—maníatico—homicida raspara una navaja de muelle contra un metal. Era Alma, mi novia, la que me había mandado a la chingada semanas antes, dejándome a su maldito gato y a la cual jamás oí usar la palabra cariño.

—Soy yo —respondí.

Salió de mi cuarto con una bata rosa que me recordó a la de mi abuela, y con más sueño en la cara que las esperadas muestras de arrepentimiento desgarrador. Me dio un beso en la boca que me supo a formulario de gobierno y luego se fue a la cocina a prepararme algo. Estoy loco, pensé, y no he logrado disuadirme de lo contrario desde esa extraña noche en la cual Alma me sirvió la cena. Evité, con el mayor celo, darle vueltas a un asunto tan peculiar como era el de estar ante una mujer conocida por años que de la noche a la mañana es totalmente distinta y que... para colmo... se parece a mi madre. No quiero decir en lo físico, sino en la forma en que me trató. Como si fuera un marido cualquiera regresando de su típico trabajo para pasar durmiendo una noche junto con su esposa fotocopiada. Por alguna causa desconocida, tal vez el sueño aburrido de su semblante, su charla insulsa, mi desconcierto, no le hice el amor

esa noche. Ella no lo pidió. Nos dormimos en nuestros respectivos lados de la cama. Antes de cerrar los ojos ella dijo:

—Buenas noches, amor.

Nada me había asustado tanto, ni siquiera el tipo de la mañana, como esa frase rutinaria.

—Buenas noches —mascullé.

Desperté temprano y me dije que todo había sido un sueño. Alma estaría borracha ayer, yo drogado, el mundo patas arriba y Dios en paz. Huí antes de que ella despertara y echara por tierra esa hermosa ficción. Para no pensar decidí que lo mejor era el trabajo —lo que demuestra lo perturbado que estaba—. Un Alejandro Leyva asesinado hace dos años no sería difícil de localizar. Tengo amigos en la policía y de seguro leer el expediente del caso no representaba ningún problema. Fui a mi oficina para recoger la agenda donde apunté la dirección de Leyva. En mi escritorio se encontraba una carta y —nuevo milagro— un montón de billetes del futuro. Leyva llevaba dos años muerto y aún podía robar, como si nada, dinero del mañana. Maldita sea la ciencia ficción. Leí la carta.

En primer lugar Leyva escribió muchas explicaciones de cómo, por qué, cuándo planeó, diseñó y armó su maldita máquina, de lo cual no entendí ni madres. No importaba más que la pregunta: ¿por qué me lo estaba contando? No me interesaba, no lo comprendí y no creo que fuera necesario para mi investigación. De todas maneras lo más importante estaba casi al final. Al parecer Leyva hizo funcionar su máquina con la idea de presentarse en el futuro

para hablar consigo mismo años después y saber —de este modo— los avances en el viaje del tiempo y cómo se usaba su invento. No se encontró. Cuando apareció en el futuro lo único que halló fue a un vecino aterrorizado ante lo que suponía un fantasma. Leyva murió el mismo día de su primer viaje en el tiempo, a medianoche. El vecino recordaba a un detective que vino a investigar unos meses antes la muerte de Leyva, un tal Eliseo Hernández. En ese instante Leyva regresó a su época, unos minutos después del presente. El viaje en el tiempo necesitaba, a su vez, tiempo; minutos que lo acercaban a esa medianoche en que iba a morir. Intentó ir a esa hora con su máquina y así ver quién lo había matado, pero fue imposible, por alguna causa desconocida no pudo viajar a ninguna época en donde él estuviera vivo. Leyva programó a su máquina para encontrarme a mí, en su futuro, unos años después de haber sido muerto, para que investigara. Cosa extraña esto del tiempo, él —Leyva— está en mi pasado, muerto ya; y sin embargo, también se encuentra vivo tratando de evitar esa muerte. La diferencia era sólo unas horas. Al Leyva vivo le quedaba poco tiempo y en su carta me dice que volverá en veinte días.

Al cabo de ese tiempo apareció. Dado que mi costumbre no es hablar con viajeros en el tiempo, imité —sin proponérmelo— un mal servicio telegráfico.

—Usted fue muerto, según el forense, a las once quince de la noche. Era una bala calibre .38. No se encontró la bala. Usted estaba en un cuarto cerrado del primer piso, junto a la cocina.

—Ahí tenía la máquina del tiempo.

—Vaya... bueno... Creo que su máquina fue desarmada. Tal vez no parezca mucho un aparato porque en ninguna parte lo mencionan. No existen los viajes en el tiempo y usted fue olvidado. Le dispararon de frente, a menos

de un metro, a quemarropa. La bala atravesó la caja torácica, perforó el corazón y salió por la espalda. ¿Cuánto tiempo le queda?

—En este tiempo menos de un minuto. En mi época son apenas las dos de la tarde.

—Vi a su vecino. Le di mi nombre de tal manera que se acuerde de él en el futuro. Recuerda un grito. El suyo, Leyva. Estaba gritando en su cuarto. Por lógica se encontraba en su época. Un grito muy corto, según me informó. Cuando llegó la policía, al cabo de media hora, el asesino pudo huir una docena de veces. ¿Quién querría verlo muerto?

Empezó a desvanecerse.

—Nadie.

Desapareció, pero los puntos negros me dijeron con la voz de Leyva que volvería en un mes.

Pique para ampliar

Ese día no fui a comer a casa. Pensé que Alma preparaba algo y no tenía ánimos para ir. Se portaba de forma muy rara, pero yo profeso, como filósofo de altos vuelos, la idea de que todos pueden hacer lo que les dé su regalada gana siempre y cuando no me pasen a chingar. El problema estribaba en que Alma no me daba motivos para sentirme mal. Después de todo a cualquiera le gusta tener una esclava sumisa y callada. Parecíamos casados. Lo que es peor, me sentía casado. Ella no era así, no mucho, en realidad. Hablaba de trabajar y unión libre, tener hijos cuando fuéramos maduros y cosas por el estilo. La nueva Alma se quedaba todo el día en casa y se quejaba de aburrirse mientras me recibía con un beso en la mejilla. Como alguien escribió en un libro: el amor

de los detectives siempre termina en la basura; aunque no creí que fuera de esta clase.

Simplemente para no seguir pensando me puse a ver la calle a través de los cristales del restorán. Me dio la impresión de que algo se encontraba fuera de lugar y no sabía qué. Tardé veinte minutos en darme cuenta del cambio. Los postes de luz, semáforos, lámparas eran verdes oscuros cuando ayer lucían un verde claro. Dejé en paz mi decimoctava cerveza, seguro de que ella era la culpable de todo. Diablos. Un taxi pasó por una calle que hace veinticuatro horas no estaba ahí. Algo extraño. Una muestra de mi veloz intelecto al decirlo. El problema consistía en saber qué estaba pasando.

Era hora de pensar en cuestiones tales como las paradojas. Leyva supo de mí porque en el futuro un vecino suyo le dio mi nombre. Yo le di al tal vecino mi nombre porque en el futuro lo sabía. Luego, entonces, era inevitable que yo estuviera implicado en el asunto Leyva. En matemáticas esta paradoja se explica con dos páginas llenas de símbolos.

Pinche suerte. Siempre reprobé matemáticas.

Veamos.

- A. Leyva es un viajero en el tiempo.
- B. Algo le está pasando a Alma.
- C. Y a la ciudad.
- D. Todo empezó cuando él llegó.
- E. ¿Puede él cambiar mi historia?

F. Si es así yo no me daría cuenta, si mi pasado es modificado yo cambiaría con éste y no sabría del cambio.

G. No sé qué chingao hago haciendo listas.

H. ¿Por qué me escribió Leyva esa carta contándome cómo construyó su máquina?

I. ¿Qué le pasó al artefacto una vez muerto?

Todo era cuestión de organizarse. Estaban ya los interrogantes y las premisas a seguir, sólo faltaba resolver esto.

J. ¿Qué carajos hago ahora?

Los días siguientes fueron un adecuado ejemplo de mis innatas y sofisticadas facultades para la investigación. Me la pasé buscando a gente a la cual, en su mayoría, no encontré. Leyva me ayudó mucho con su dichosa carta; en primer lugar no me dijo si vivían sus padres. Si era casado. Los nombres de sus hermanos, de tenerlos. Lo cual quiere decir que el idiota leía novelas policiacas y que supone que uno podría hallar fácilmente la información. ¡Ja!, valiente asunto. Aquí no hay datos confiables, archivos ordenados a los cuales acudir. Aquí hay burocracia. Papeles perdidos. Gracias a Dios también hay vecinas, las cuales me dieron datos —algunos hasta se referían a lo que estaba investigando—, que pueden resumirse en pocas palabras: Leyva no recibía a nadie.

Sin embargo no era un ermitaño: iba a dar clases a la Universidad. Hablé con sus compañeros presentándome —lógico— como un detective que investiga una muerte misteriosa. Sirvió de mucho. La imaginación de sus colegas se despertó. Recordaron hechos que no me habrían proporcionado si

les hubiera salido con un cuento. No había mucho qué saber. Leyva se llevaba mal con todos. Para empezar con la dirección de la escuela. Le valía madres sus alumnos, no apoyó jamás a ningún partido político. Bebía mucho. Una vez golpeó a un profesor por un malentendido y ya nadie se acordaba quién era el otro. Esa era la anécdota más interesante de Leyva.

No tenía esposa, no tenía amante, no tenía amigos, no tenía madre.

Maldita sea.

Leyva estaba solo.

Tuve que reconocerlo: a nadie le importaba un bledo Alejandro Leyva. Por eso la carta. No tenía a quién decírselo, a quién mostrarle su triunfo y presumir. Nadie se iba a tomar la molestia de matarlo.

Se parecía a mí.

La escena del crimen. Una casa ya rentada por una señora que encontró interesantísimo saber que habían matado a alguien justo en el cuarto de los niños. Interesantísimo, concedí. Y entré a un lugar que parecía un híbrido entre recámara de niños norteamericanos y campo de batalla. Una cama desordenada. Revistas tiradas por todas partes. No le preste atención. Lo interesante del asunto eran las pequeñas dimensiones del cuarto, una sola puerta. Ninguna ventana. Me enteré de que las cerraduras no habían sido cambiadas, eran de las que sólo podían cerrarse por dentro. Y es que todas las cerraduras del cuarto de Leyva estaban cerradas. El clásico asesinato en el cuarto cerrado donde el criminal no puede huir.

Mi teoría de que le hubieran disparado por la ventana no funcionaba.

Me acordé de que la bala atravesó a Leyva, ¿dónde estaba el agujero? Pues bien, para no hacerla larga, la señora ésa y yo buscamos en cada centímetro de las paredes y nada. Ningún agujero. Lógico.

Esta es una investigación hecha por un... aficionado, por decirlo así. Muchas cosas no supe y no importan en esta historia. De todo lo que me contaron de Leyva quienes lo conocieron no había nada digno de ser contado. Gris. Más gris que yo. Vaya.

Está de más decirlo, porque siempre lo dicen, pero de todas maneras ahí va: si me hubiera puesto a pensar en serio en vez de hacerme pendejo ya sabría quién era el asesino de Leyva.

Alma continuaba siendo la esposa ideal. Quise patearla, no lo hice por la horrible sensación de que ella lo aceptaría estoicamente. Su cruz. ¡Pinche cruz! Así que llegué bufando, me senté furioso y ella me sirvió la cena en silencio. Luché con la idea de propinarle una bofetada estratégica a la hora de los frijoles para ver si la antigua Alma, aquella que era una hija de la chingada, reaccionaba. No lo hice. No pude. La costumbre me estaba cambiando.

Reflexioné esa noche. Con la otra Alma habría hecho cualquier cosa menos pensar. Bien, veamos, las personas y lugares que conozco han cambiado. No mucho, pero sí lo suficiente para que se note. El cambio es demasiado grande —en proporciones, casi toda la ciudad—, para pensar en una jugarreta. Tal vez no es que todo fuera diferente, sino yo. Yo no estaba donde debería estar. ¿Cuándo fueron los cambios? Después de estar junto al viajero del tiempo. Y una máquina temporal no es, para decirlo de algún modo, lo más

común del mundo. ¿Y si me desplazaba a otro tiempo? No al futuro o al pasado, nada de eso, sino que fui trasladado a un presente en el cual Alma tenía otra personalidad. Sí, podía ser. La ciudad continuaba siendo la ciudad, sólo un poco más pintada. El quid del asunto consistía en que ignoraba por cuanto pinche tiempo.

Leyva apareció. Se fue. Hablamos. No importa tanto el qué, sino los nuevos cambios. Esta vez fueron mucho más violentos que los anteriores. Estuve muy consciente de mis sentidos. Experimentaba un desasosiego muy dentro de mí. Algo así como cuando uno sube a un elevador a punto de moverse. Leyva desapareció en puntos negros que se expandieron mientras se subdividían y me fueron rodeando, rodeando...

Primer cambio: Alma se había largado. La casa estaba hecha un asco. No había ningún gato. Estaba solo. No supe qué sentir. ¿Habría un Alma aquí? Tal vez.

Mi casa no era mi casa. Estaba llena de detalles que a mí nunca se me hubieran ocurrido. Y, sin embargo, encontré ropa de mi talla que desconocía. Yo la compré. Mi otro yo. Lo que conduce a caminos no muy gratos. En otras palabras, mi existencia en este lugar: un Eliseo Hernández que usaba calzoncillos estilo bikini —¡qué horror!— con un pasado diferente, una vida diferente. ¿Qué fue de él? Tal vez fue desplazado a otra realidad en donde otro Eliseo fue desplazado y... bueno, hasta el infinito.

Milagro en mí, compré todos los diarios que pude encontrar. Me asusté. El mundo estaba a un tris de la guerra. Al menos eso decían los periódicos. Pudiera ser que en este tiempo fueran manipulados totalmente pero no estaba seguro. En el próximo desplazamiento bien podía encontrarme en medio de

algo terrible. Una batalla, en fin, algo así. Y no podía liberarme de Leyva, partir al extranjero, hacerme el muerto. Bastaba con que supiera que me largué para detenerme... y desplazarme. Maldita sea. Maldito sea. Pinche suerte. Malditos sean los viajes en el tiempo.

Fue entonces cuando supe lo que sucedió en la casa de Leyva hace dos años. Estaban tan asustado que no me importó saber el nombre del asesino.

Leyva apareció. Sabía que iba a desplazarme violentamente. Cada viaje provocó un cambio mayor que el anterior. Leyva me dijo que había sobrecargado su aparato y que, sin contar éste, sólo le quedaba un último viaje antes de que fuera medianoche en su época. Sólo necesitaba saber el nombre del asesino, y entonces iría al pasado para modificarlo de tal modo que jamás el criminal y Leyva se encontraran.

—¿Qué puede pasarle a la máquina con esta sobrecarga?

—Puede fundirse.

Claro, el último eslabón. Ya sabía lo que le pasó a su invento.

—No se encontró ninguna máquina, Leyva, sino una masa metálica sin forma. Destruyó su aparato. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Nada, nada de tiempo. ¿Sabe quién fue?

—Sí, lo sé.

—¿Y bien?

—Fui yo —dije, sacando una pistola del cajón.

Leyva me miró, sorprendido. Y también, lo sé, un poco triste. Su suerte, debería estar pensando, su pinche suerte. Ahí, con el arma en la mano quise decirle que no lo mataba por ser quien era; así de desagradable y solitario. Pero,

por supuesto, era una mentira. Por eso mismo estaba apretando el gatillo, porque en mi presente (el futuro de Leyva) nada le importa, porque con su máquina del tiempo cambia totalmente la historia ¡que la historia se vaya a la chingada!, pero también a mí. Si deseaba reformar al mundo nada lo iba a impedir. Si no estaba atado emocionalmente a una época podía mandarla al carajo. ¿Entonces?

Nada importa demasiado, excepto yo.

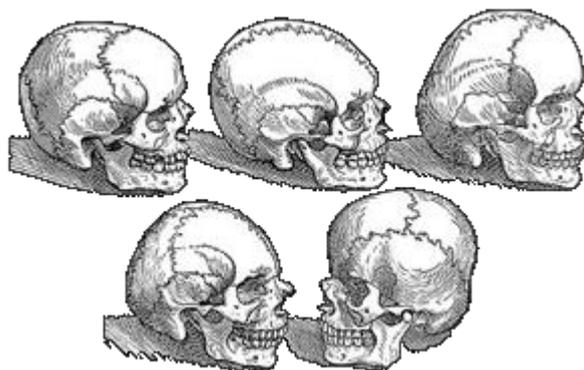
Y aun así me era difícil matarlo.

Quise decirle que el tiempo sabe defenderse a sí mismo, no sé qué más...

Leyva se disgregó en un montón de puntos negros. Me quedé tan sorprendido que lo único que pude hacer fue apretar el gatillo. Gritó. Leyva gritó. Desapareciendo, gritó.

Una bala .38 atravesó los puntos y fue a incrustarse en una pared del despacho. Ningún agujero en el pasado. El cuerpo herido mortalmente viaja en el tiempo hacia el pasado, dos años atrás, para morir ahí, gritando lo que su vecino recuerda como un grito muy corto.

No dudé ni por un momento que Leyva estuviera muerto.



# La voz de la piedra

Por Alberto Chimal<sup>45</sup>



ola.

Este video está disponible en treinta idiomas. Ahora se reproduce en español. El control redondo que has tocado, sobre la pantalla, hizo que comenzara la reproducción y ahora puede cambiar el idioma. Con suerte ya lo usas.

Asumo que no eres parte de una cultura primitiva. Debes haber seguido la señal de radio hasta su punto de origen. Debes haber cavado para desenterrar la piedra que se encontraba allí. Las instrucciones para abrir la piedra venían también en la transmisión. Ya debías saber que la piedra no es una piedra, sino este aparato disimulado.

Mira en la pantalla este diagrama del aparato: un contenedor reforzado que aloja componentes de memoria de gran capacidad, una fuente de energía, un transmisor de radio y esta interfaz. Lo llamamos cápsula de tiempo: su fin es preservar información.

Puedes consultar la que está almacenada aquí si tocas el control cuadrado bajo la pantalla. El sistema te guiará. O también puedes seguir escuchándome y

<sup>45</sup> Publicado originalmente en Confabulario <http://confabulario.eluniversal.com.mx/la-voz-de-la-piedra/>

viendo las imágenes. Esta es una forma de comunicación muy simple desarrollada en mi tiempo. Quizá existe también en el tuyo.

La cápsula de tiempo, una vez enterrada, se mantuvo inerte durante cien años antes de empezar a transmitir. Así fue programada. Temíamos que, hallada demasiado pronto, fuera destruida por alguno de los bandos de la guerra que está ocurriendo ahora. Con suerte sus causas se habrán olvidado en tu propio tiempo.

En la cápsula encontrarás un archivo muy amplio de información en formatos digitales, incluyendo parte importante del contenido de nuestra red de comunicación mundial, hoy inhabilitada, recuperado con gran esfuerzo. Hay una enorme selección ordenada de documentos sobre artes, ciencias, tecnología, historia, geografía y mucho más. Tal vez en tu tiempo se recuerde al nuestro, tal vez no, pero casi sin duda no tienen nada de lo que aquí se guarda. Casi un yottabyte de información. Música, películas, libros, registros de todo tipo.

Este video es sólo la introducción.

Mira la caja que aparece ahora en la pantalla. Ese objeto ha sido asiento de mi personalidad durante años: una computadora diseñada especialmente para contener una inteligencia electrónica. No soy lo que en mi tiempo se llama una inteligencia artificial, o IA: un sistema de información y representación autoconsciente creado desde cero. En cambio soy una inteligencia capturada, o IC: un modelo de la mente de un ser previamente vivo, que se sometió a un procedimiento de captura digital del funcionamiento y el contenido de su cerebro.

Te habla la copia de un ser humano que murió, por lo menos, hace un siglo.

Los detalles no son tan importantes. Nací a fines del segundo milenio, según el calendario de mi época. La voz que oyes fue sintetizada, algo imperfectamente, con base en la mía. En la foto fija que ves justo ahora está mi cara: la cara que

tenía mi cuerpo. Viví realizando actividades de escasa importancia y sin grandes logros, como ha vivido la mayoría de los seres humanos.

Ya era anciano cuando se dieron a conocer las tecnologías para la captura de inteligencia.

Como muchas personas, supuse que estaría reservada para los poseedores de mucho poder o mucho dinero. Mi sociedad estaba estratificada así. Sin embargo, resultó que el consorcio de empresas que era dueño de la tecnología deseaba probarla. Se abrió una convocatoria en decenas de países en busca de sujetos experimentales. Yo me postulé y fui aceptado. En lugar de cobrarme por el proceso me ofrecieron lo que para mí era una paga enorme.

Durante más de un año fui a complejo médico en mi ciudad, a sesiones de varias horas cada día. Los aparatos de captura, como puedes ver ahora en la pantalla, eran enormes. En un extremo se conectaban con cables que los unían a esto que ahora ves: un traje de cuerpo entero que debía ponerme y recogía señales de mi cerebro, mis músculos, mi piel... Unas veces debía acostarme y hablar, o leer, o dormir. Otras debía moverme. Ni siquiera hoy he podido comprender casi nada del proceso, cuyo resultado final fue este modelo: este segundo yo que soy yo.

Fui puesto en el cerebro electrónico que ya te mostré: mi identidad quedó representada en varios petabytes de memoria. A mi otro yo, al hombre vivo que fui, le pagaron –supongo–, y volvió a mi casa, y en algún momento murió. No sé nada al respecto. Ojalá haya muerto en paz.

El último recuerdo que tengo de mi vida humana es lo que ves ahora: la imagen de un técnico que se acerca a mí por el cuarto y me dice que ya hemos terminado, que ahora me ayudará a quitarme el traje.

Luego hay una pausa que no puedo describir: una discontinuidad entre esa experiencia trivial y lo que siguió.

De pronto miraba por cámara que me servía de ojo, oía por un micrófono. Fue caótico, violento. Imágenes en movimiento, gritos, pensamientos inexplicables. También hubo sensaciones horribles, emociones para las que no hay nombres, y la impresión de que faltaban cosas. No tenía tacto, gusto ni olfato, por ejemplo, ni sentido del equilibrio, ni movilidad alguna.

Luego supe que sólo me encendían por breves intervalos, para ver que estuviera en buen estado, y que me desplazaban de un lugar a otro. Mi caja es fácilmente transportable. Yo no tenía sensación de inconsciencia porque la caja – mi cuerpo, o mi mente– se enciende y apaga de forma instantánea.

Por fin un día me encendieron durante más tiempo, y lo que vi entonces fue esto:

Un cuarto sin ventanas, que según supe luego era parte de un complejo subterráneo. Muchas cajas similares a la mía en filas ordenadas. Luces crudas y blancas en el techo.

Alguien, no el técnico de antes sino otro, se acercó a mí: a la cámara que veía. Yo estaba aterrorizado y quería gritar, y al repasar mis recuerdos electrónicos, como hago ahora, noto que grité un tiempo.

El técnico esperó a que me calmara, me saludó, me llamó por mi nombre, se presentó con el suyo y me dijo que habían pasado más de diez años desde la creación de mi IC. El mundo está en una situación muy mala, me dijo, y varios de nosotros hemos rescatado a todos los que pudimos salvar de ustedes.

Imagina semejante despertar. Me costó mucho entender, a pesar de que la mente digital que poseo ahora es más ágil que mi mente de anciano y no se deteriora, o no de la misma forma. Me mostraron imágenes y documentos, me

contaron todo con tanto detalle cómo les era posible, me alentaron a hablar con las otras IC... También sacaban al exterior una cámara con conexión inalámbrica, para que viéramos del exterior. La ruina.

Poco después de mi captura, cuando apenas empezaba a venderse la tecnología de IC, en el territorio que entonces era mi país..., aquí ves su mapa y su bandera..., en el territorio, digo, empezó una guerra civil. Peleaban el antiguo estado nacional y facciones rebeldes, grupos de crimen organizado y otros. Diez años después la lucha seguía: el estado había perdido el control del territorio y quizá desaparecido por completo. No lo sabemos ni siquiera ahora porque en ese mismo lapso nos quedamos sin sistemas globales de comunicación. Una vez hubo redes que permitían comunicar con casi cualquier sitio del mundo, pero se fueron cerrando para forzar su explotación comercial o para impedir que se les usara contra los gobiernos establecidos, y un día no las tuvimos más. Quedaron fragmentos de información que podían extraerse de almacenes todavía a nuestro alcance, pero las noticias que alcanzan a llegar hasta aquí hasta hoy sólo son ruido, o bien se refieren a batallas locales entre diferentes ejércitos. Todas se valen de medios de corto alcance controlados por uno u otro bando.

Esa fue una segunda crisis que coincidió con la primera, y tal vez con otras. Los últimos mensajes de otras regiones del mundo hablaban de colapsos semejantes al nuestro y apuntaban a la idea de una catástrofe mundial, el derrumbe total de las civilizaciones humanas.

Y eso fue todo.

Parece que las IC, tuvimos poco que ver en todo esto. Celebrities y otras personas cuyo poder dependía de sus cuerpos casi nunca se sometieron a la captura, porque la tecnología no les podía crear cuerpos indestructibles para sus mentes. Sí fueron hechas IC de políticos, caciques y otros por el estilo, y cuando murieron sus modelos humanos intentaron mantener su poder o sus privilegios,

pero casi ninguna lo logró..., y de las que sí pudieron se contaban cosas terribles. Por ejemplo, se acusa a la IC de un presidente de ordenar el lanzamiento de bombas atómicas contra un país enemigo y a la vez un genocidio dentro de sus propias fronteras, aunque tal vez sea sólo una leyenda. No se ha sabido de ninguna de ellas en años; tal vez todas fueron destruidas al fin.

Hasta hoy, luego de diez años más, seguimos en el subterráneo. Quedamos tres IC, todas de sujetos experimentales, y siete técnicos del antiguo consorcio, que ya no tienen contacto con él pero siguen cuidándonos y viniendo cada vez que pueden. Algunos trabajan en las pequeñas fábricas que sobreviven en esta ciudad; otros arreglan aparatos eléctricos o hacen otras actividades semejantes. Estas son sus caras y sus nombres. Max. Sara. Hernán. Roberto. Magda. Ileana. Jennifer. Originalmente el equipo era mayor, pero la mayoría ha muerto (incluyendo a Carlo, el técnico que me “despertó”) o bien huido. No los culpo.

En cuanto a las IC, todas las demás han dejado de funcionar. Han muerto, si prefieres. Fallaron componentes que ya no podían ser reemplazados o reparados, o bien se manifestaron imperfecciones en las capturas: errores o distorsiones que crecieron con el tiempo y dieron lugar a padecimientos muy extraños: estados horribles parecidos a la demencia. En estos casos se ha recurrido a apagar las cajas y desmontarlas, para que no puedan volver a encenderse y a sufrir.

He aquí mis dos compañeras IC: Celeste, que era profesora en su vida humana y a quien le gusta leer y ver películas, y Yolanda, que era cocinera y lamenta mucho ya no poder bailar, como lo hacía en su otra vida.

Todos, humanos e IC, nos hemos dedicado al rescate de la información que ahora está contenida aquí. También nos han ayudado unas pocas personas de afuera: gente que trabajó en las universidades o los museos de aquí antes de que fueran cerrados. Por un tiempo fue una mera distracción pero ya no lo es:

Noticias muy recientes sugieren que al menos una gran tropa viene en esta dirección con intenciones de tomar la ciudad, o de arrasarla, y llegará pronto.

Mucha gente está huyendo. Nuestros guardianes huirán también y ofrecieron llevarnos con ellos. Así como esta cápsula de tiempo para casos extremos, tenemos otros contenedores para llevar IC de manera discreta. Celeste y Yolanda ya decidieron irse. Yo dije que prefería quedarme: transferir mi IC completa a la memoria de la falsa piedra y que me entierren en el desierto que ahora ves: está cerca de aquí y aun se puede llegar a él.

Les dije que es importante preservar tantas copias como se pueda del conocimiento que hemos rescatado. No hizo falta que agregara que ellos pueden no sobrevivir una vez que salgan de la ciudad.

Por eso estás viendo este video, que preparo en los últimos momentos antes de mi transferencia a la cápsula y de que alguien vaya y la entierre.

Lo único que no sabe nadie más que yo es que en este aparato no habrá, pese a lo que dije, una IC. Estará el archivo pero nada más. No estoy yo.

La transferencia depende de mí. Cuando el cable conecte mi caja con la piedra, puedo decir que estoy transfiriendo y no hacerlo.

Como he dicho, esta es una grabación.

Creo sinceramente que el conocimiento compartido merece conservarse. Y ellos lo creen también. Imaginamos que puede llegar a personas que podrían emplearlo para restaurar algo de la civilización perdida. Nos ilusionan casos parecidos en la historia. Pero también soy egoísta.

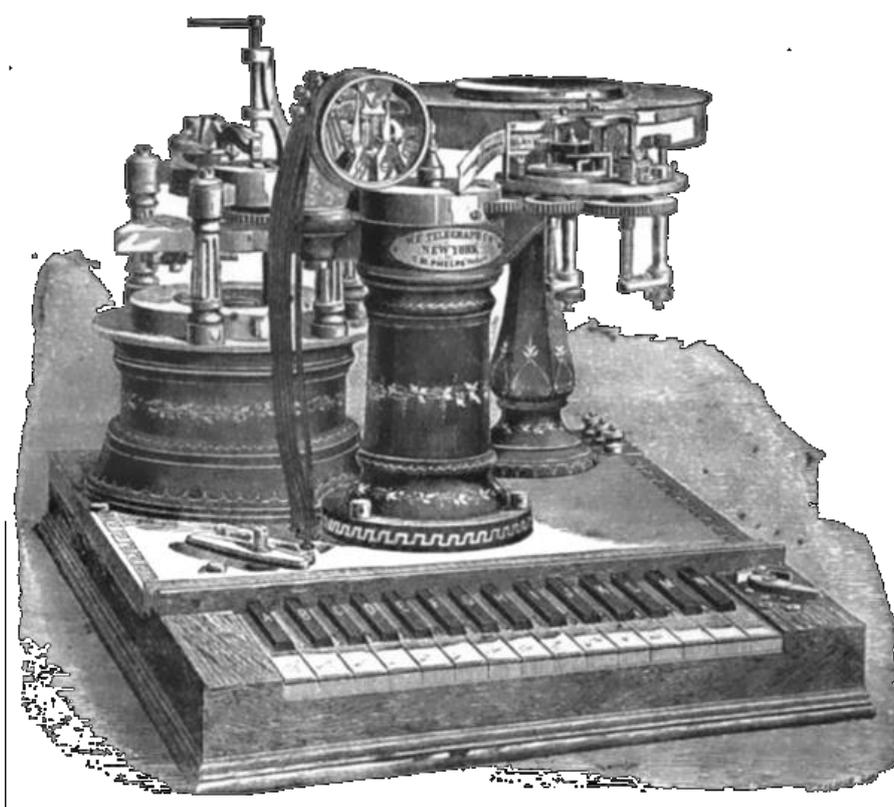
Cuando me sometí a la captura, yo quería el dinero. No quería vivir para siempre. Mi vida era miserable y frustrada. Encima, el año del proceso fue doloroso y humillante. Y luego desperté convertido en un lisiado, paralizado por completo, desvalido, menos que humano, obligado a ver el fin de todas las cosas.

¿Tú no preferirías simplemente haber muerto?

Yo ya lo estoy. Espero que haya sido en paz otra vez.

Este video volverá a comenzar en diez segundos a menos que acciones alguno de los controles.

Hola.



# NOVELES



# Reminiscencia

Por Laura Izamar Velarde Garcilazo



uro que sentí una gota de sudor rodando por mi mejilla, pero al mover mi mano para limpiarla, no había nada. Estaba frente aquél viejo árbol de magnolias que muchas veces fue mi lugar de escape, de reposo. Puse mi mano izquierda en su tronco, mientras mi mano derecha la tenía en forma de puño apretando aquel recuerdo contra mi pecho. Es que...ya lo había olvidado.

...

—Mira que eres especial, siempre contando historias raras —me decían mis compañeros con risitas burlonas.

— ¿Es que no la ven? ¡Está ahí! —les dije señalando el frondoso árbol sin armar alboroto.

— ¡Jajaja! Eres todo un caso. —Respondió Jhonatan.

Tomé la pelota que se había ido rodando después de la gran patada que Óscar le dio. Mis ojos permanecían abiertos y atentos a lo que veía: ¡un brazo! Corrí hacia los demás para terminar el partido, pero ellos no paraban de reír, a pesar de que les había dicho que había sido una broma. Obviamente no me creyeron.

Salí de la escuela y pasé a comprar un refresco a la tienda. Una vez que me lo terminé, tiré la lata al suelo y comencé a patearla. Tomé impulso y la pateé contra una pared, fue un gran tiro. Sin embargo, algo llamó mi atención. ¡El brazo! ¡Otra vez ese brazo! Pensé “¿Será el de un maniquí?”, pero esa idea se esfumó tan rápido como vino. Esa cosa se movió de repente. Sí, lo hizo: el pulgar, el índice, todos sus dedos hacían movimientos de tocar, de querer agarrar algo y ahora se mantenía firme ante mí.

“Es el viento” dije para tranquilizarme. Mi cuerpo tiritaba un poco solo un poco. Entonces me di la media vuelta y corrí. Corrí hacia el camino más largo, el que cruza la ciclovía. Corrí más y más rápido. Al voltear la cabeza hacia atrás, vi que a lo lejos no se vislumbraba nada. Reí un poco, burlándome de mí por tener ideas tan torpes.

“¡Ja!, ¡una mano que me sigue!, ¡bah!, ¡qué tontería!” Intenté seguir mi camino. Pero... “¡Oh no, el brazo! Es-tá-fren-te-a-mí ¡qué-debo-hacer! Esto ya no era lógico. Rebasaba todo nivel de empirismo. Ese brazo se mostraba frente a mí. Parado y firme de un lugar en donde tendría que estar el codo. Parado como una víbora a punto de atacar. Intenté dar un paso hacia atrás y al mismo tiempo en el que moví mi pie, esa cosa se deslizaba hacia mí. Era una atracción que yo no quería tener.

Intenté correr, pero inexplicablemente el brazo me sujetaba del pie y yo ya estaba en el suelo luchando por mí, no podía zafarme. La mano era fría, muy fría. Su piel tenía una consistencia desagradable al tacto. Intenté gatear a pesar de que la tierra rasgaba mi piel por la fuerza. Mis rodillas y codos no mostraban sangre, era una especie de lodo. Mis manos se encontraban en el mismo estado, ardían en frío y luego en caliente. “Mamá. Papá. Estoy perdido”.

Estaba temblando, de veras que sí. En ese instante me quedé tranquilo...pensé “Al fin estaré con ustedes, los conoceré, podré darles un

abrazo”. Ahora morir no era una mala idea. Mi cuerpo estaba inerte, esperando a que esa mano me llevara, seguro eso quería.

— ¡Corre! —escuché decir a una voz.

De repente sentí caer una lluvia de granos. No sabía qué eran. Me volteé hacia el lugar en donde escuché esa voz, de pronto todo mi cuerpo comenzó a hacer reacción. Ardía. Mucho. Mucho. Creo que mis deseos de morir se esfumaron porque al escuchar esa voz, yo seguí luchando para liberarme de esa mano. Ese brazo me estrujaba la pierna, daba la impresión de que fuese a romper mi miembro y...

— ¡Fallé. Corre! —escuché decir nuevamente a esa voz — ¡aquí!

En mi mundo de miseria apareció un árbol tan frondoso y brillante que no sabía qué hacer o si lo tenía claro pero estaba tan petrificado que alguien debía dirigirme como a control de videojuegos.

— ¡Corre! —escuché otra vez a esa voz — ¡aquí, ya!

Como pude me levanté y escalé ese árbol. Cualquiera pliegue, rama o hueco, los busqué sin ver y llegar a la cima. Frente a mí había un niño como de mi edad.

—Disculpa, pero ¿puedes verlo?

— ¿Ese brazo? ¡Claro! A mí también me persiguen —me sonrió con tono despreocupado.

No sabía por qué sonreía así, pero me alegraba que estuviese ahí. Me sentía mejor porque no estaba loco. De repente, el brazo comenzó a dar vueltas como si fuese un perro, un lobo, ideando una estrategia para alcanzar a su presa.

—No te preocupes, no saben escalar. Mira —me dijo y arrojó un puñado de sal hacia aquél brazo. — ¡Esta vez sí le atiné!

Cuando vi lo que arrojó, de pronto mi cuerpo comenzó a arder muchísimo. Ahora me dolía con palpitación. Entendí que eso lo hizo antes. Ese polvo fue lo que me cayó encima. Me quedaban algunos granitos en mi ropa. Lo probé. Allí comprobé lo que era. Sal. Esta vez la sal dio justo en el blanco y el brazo comenzó a quemarse y desapareció.

—Procura llevar sal a tu lado, es buena para los espíritus como ese.

—Gracias por salvarme, pero cómo supiste que la sal no les gusta.

— Pues me lo dijeron. De haberlo sabido antes no hubiera tenido la suerte que tengo ahora.

— ¿A qué te refieres?

—En realidad, el que ha salvado a alguien aquí no soy yo sino tú —me miró de reojo y luego miró el cielo.

— ¿Qué? —le dije con una risita sarcástica.

—Esas cosas persiguen a niños como tú y como yo, que son diferentes y pueden verlas. Yo tuve un encuentro con uno de ellos. A diferencia de ti, jajajaja, no había nadie quien me salvara. Esa cosa me arrastró y poco a poco me llevó hacia abajo. Más abajo que el suelo. Más abajo que el mismo infierno. Lo único que quedó en la superficie fue mi brazo. — señaló hacia abajo y siguió riendo — Ese brazo que te perseguía era mío. Se convirtió en algo que vaga en busca de carne.

— Pero...entonces tu eres...un...— No sabía cómo decir espíritu sin que la misma idea se escuchara absurda o estúpida, incluso para mí, estoy hablando con un fantasma.

Antes de que yo pudiera pronunciar la palabra final, el reaccionó.

— Gracias.

— ¿Por qué me agradeces? ¡No! Más bien gracias a ti, si no hubiera sido por que llegaste a tiempo, yo estaría...

— Eres más valiente de lo que crees. Tus seres queridos no quieren verte triste ni mal. Sonríe y vence tus miedos. Como ves, solo tienes que encontrar la forma de hacer. Recuerda, la sal siempre es la mejor contra los espíritus.

No estaba seguro de lo que me estaba diciendo. Aun así, traté de sonreír y de que nuestra despedida no fuera peor. Con él, era como tener a un hermano o a mis padres.

— Toma —me dio algo duro, pero no lo vi bien solo lo agarré sin quitar mi vista de su rostro. — No quería dejar de mirarlo ni perderme cada detalle de sus palabras. — Es un pedazo de hueso, mío, con eso ya no te perseguirá.

— ¿Te irás?

— Sí, gracias a ti soy libre.

— Me alegró conocerte.

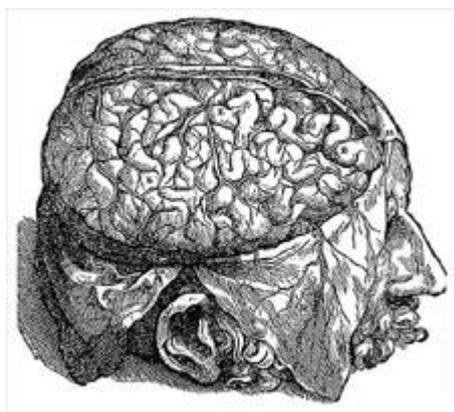
— Lo sé. A mí también. Es bueno que no hayas tenido mi destino.

...

No lo volví a ver. Ni siquiera supe su nombre. Ni él el mío o quizá sí. Los fantasmas suelen saber mucho.

¿Cómo pude? Lo había olvidado y hoy regreso a este árbol de magnolias. Pongo mi mano izquierda en su tronco. Con mi mano derecha aprieto aquél hueso que me dio quien me salvó. En esos momentos no me sentía solo. Estaba muy contento porque lo había conocido y hoy como hace ocho años soy un chico afortunado.

Aprieto el hueso sobre mi pecho y vuelvo a sentir esa gota rodar por mi mejilla, esta vez sí estaba allí, era una lágrima. Quizá estaba destinada a salir en ese momento ¿Quién sabe? A estas alturas de la vida nadie sabe nada y sabe mucho a la vez. Recordaré darle este hueso a mi hijo y espero que no sufra el pasado que me sucedió a mí. Porque a pesar del paso de los años y el amigo que hice, sigo cargando mi bolsa de sal y ahora la utilizo con más frecuencia que en mi infancia.



# Renova vida

Por *Alexandro Arana Ontiveros*



a tarde llovía en seco: el agua salía a través de los poros del asfalto y se arrojaba en subida libre hacia las temerosas nubes, que se encontraban completamente secas de envidia por no producir ahora la tormenta a que nos tienen acostumbrados.

Mismas nubes que se arremolinaban en todos las gamas de grises conocidos contra el descolorido cielo que miraba igualmente atónito a la lluvia proveniente del asfalto. Al piso no le está permitido emitir su llanto, era antinatural, era ilógico, era aterrador y era lo que esa misma tarde ocurría.

Los cúmulos, atormentados por el atrevimiento de aquel terreno, aullaban y gemían con gran estruendo; era como si muchos altavoces inexistentes cantaran en las avenidas un himno agudo y melancólico como los emitidos por las ballenas.

Se sentía una temperatura fría, una condición húmeda y un aire triste. ¡Qué espectáculo!: lluvia “cayendo” de abajo hacia arriba.

Quizás la naturaleza se había hartado de que los seres humanos se vanagloriasen de haberla dominado, solo por haberla conocido casi en su

totalidad, y por tanto, nos regalaba una sorpresa innovadora, para el deleite de los escépticos y los necios.

O quizás era que el asfalto lloraba debido al maltrato que le profiere diariamente el tráfico incesante de automóviles, de llantas hirvientes, de insensibles conductores que se pasan la vida adentro de sus vehículos fríos y toscos, dejando pasar sus vidas al mismo tiempo.

O quizá simplemente, era la apertura de nuevos tiempos y nuevas épocas, nuevos para una nueva lógica humana, nuevos para la búsqueda de especies primas que hagan a nuestro universo más amplio, nuevos para tener un nuevo mundo al que cuidar y entender de otra forma desconocida para nosotros hasta el momento.

En contrapartida al eterno paraíso que siempre ha constituido para la humanidad el cielo, se halla sobria y aburridamente en su concepto el suelo. El uno es hogar de los sueños y los deseos, de la fantasía y los gigantes, de dragones y caballos alados, de esperanzas y fe. El otro es sinónimo de sentar cabeza, de pensamiento lógico y cabal, estabilidad y civilización.

Y aunque vivimos constantes en el suelo, y aunque las mayores bellezas que recibimos a nuestros sentidos provienen generalmente de él, solo recibe de nosotros frases que no cargan más que sobriedad y aburrimiento: “poner los pies sobre la tierra”, o sea pensar con calma y no deambular por imposibles; “la tierra a la que perteneces”, simplemente el lugar donde has nacido y las costumbres que adquiriste por ello; “la tierra es de quien la trabaja”, el resultado de nuestro esfuerzo es solo nuestro por haberlo trabajado nosotros mismos; etc.

En cambio, al otro (al cielo) se le han consagrado frases a cuales más de poéticas, significativas y esperanzadoras: “estar en las nubes”, o lo que es lo

mismo: soñar; “como ave que surca el cielo”: libertad absoluta; o, sin ir más lejos, el hogar de Dios: “el reino de los cielos”.

Y era en aquella parte incomprendida de nuestro mundo, en aquel territorio deseoso de mayor poesía coloquial, que el pánico popular se hacía en grande esa tarde lluviosa en sentido contrario.

Y todo porque el asfalto, harto de los castigos del tráfico diario y reclamando para sí mayor poesía lírica, había decidido llorar, llorar profundamente. Sí, eso era lo que pasaba exactamente, ahora que lo pienso.

Era como volver a la época de las cavernas: los hombres y mujeres teniéndole miedo a una simple y curiosa lluvia diferente, cómo sucede a diario. Una simple tormenta leve que tan sólo empapa, nunca disuelve las ideas; pero es una lástima, la mayoría pareciera creer que sí y apenas huyen cuando la sienten empezar. Si ése alguien (o ésos “alguienes”) sintieron en alguna ocasión dicha disolución, puedo asegurarles que no fue por culpa del fenómeno, fue simplemente que desde antes ya las habían perdido.

Mas regresando a la cuestión de nuestra lluvia invertida, de nuestra tormenta de abajo hacia arriba: la gente trataba de cubrir sus pies y tobillos con los recién adquiridos “sacaguas” (inversos exactos a los paraguas, y recién inventados por los oportunistas, que siempre los habrá), otros corrían hacia los bancos de cemento del parque, los de más allá trepaban inquietos sobre los automóviles, otros más simplemente daban volteretas con sus manos contra el suelo como eternos saltimbanquis, tratando de escapar de aquel chubasco inquietante.

La escena loca y la gente igual, me amedrentaban el pensamiento a la par que lo divertían: las nubes en el cielo arremolinándose de coraje contra la tierra audaz mientras que al otro lado del camino, la gente arremolinándose también sobre sus pasos por mismo motivo.

De tal incongruencia era todo que en mi piel brotó la llamada “carne de gallina” en todo su esplendor. Todos mis poros se levantaron. ¿Debido al frío de la tarde? ¿Por el miedo que me causó el extraño suceso? No, simplemente porque querían observar el curioso espectáculo del exterior y para ello debían alzarse de puntillas sobre mi piel. Mis vellos ni se inmutaron. Mis uñas tampoco. Quizás a ellos el agua les importa un comino, pues unas y otros la repelen.

El abrumador espectáculo de la tarde lloviendo en seco provocaba un sin fin de exclamaciones de asombro que eran emitidas por la concurrencia porosa de mi piel. Es obvio y no necesita mención, que en ese instante me encontré a mí mismo, embelesado por los sucesos dermatológicos que se llevaban a cabo. El día, o más exactamente la tarde, perdieron su importancia, y al menos, por lo que a mí respecta, dejó de llover.

Para mis pequeños poros, alzados sobre sus bases, la tarde siguió en copiosa tormenta atacando al cielo desde el suelo.

Y mientras el espectáculo meteorológico continúa, mi audiencia dermatológica lo disfruta a más no poder: algunos orificios beben plácidamente melanina en pequeñas gotas calientes, otros más comentan entre ellos los acontecimientos, pocos abren grandes sus bocas debido al asombro. Ya uno aprovecha para besar a otro. Ya otro más, corre de aquí para allá con la intención de observar mejor la función.

Pero es uno en especial, un pequeñito epidermiano el que llama por completo mi atención: abre la boca tan desmesuradamente para proferir el ¡Aaah! del pasmo consecuente, que parece que se va a voltear de un momento a otro, que le va a quedar el afuera dentro y el adentro fuera, cosa que no pasará si no fuera porque está pegado a mi piel.

Lo observo con singular asombro. Le alcanzo a ver sus pequeños dientes amarillos, las delicadas comisuras de su boca, su intensa expresión en el rostro. Y de pronto, él también me observa.

Es obvio y no necesita mención, que en ese instante me encuentro a mí mismo embelesado con un simple y abierto poro de mi permeable piel. La concurrencia de poros asombrándose ante la tarde seca han perdido su importancia, y al menos, por lo que a mí respecta, han dejado de asombrarse.

Nos miramos embelesados el uno al otro: yo y mi poro, mi epidermiano y yo. Tanto tiempo juntos desde que nacimos, y nunca nos habíamos liado en tan ferviente encuentro amoroso.

Y tanto me ha embelesado desde hace un instante que me atrevo a una aproximación íntima, buscando quizá, por una idea muy profunda que jamás aceptaré haberla tenido, besarle.

Él me mira amoroso al tiempo que amedrentado, y mientras me acerco, abre más y más su boca para mí. Cerca, más cerca... Mucho más... Y de pronto:, estamos unidos en un beso de queratina: eterno, sebáceo, sensitivo, sudorífero. Hermoso.

Segundos largos me pierdo en él y él en mí, aunque somos el mismo: el mismo desconocido para ambos. Un beso que de amoroso para a sensual y poco a poco, se diluye hasta lo prohibido.

Busco ávido algo más de índole sexual para intentar emociones desconocidas pero no lo encuentro (¡es tan sólo un poro!) y para ello, decido introducirme lentamente a través de su boca nasal, buscándolo, siempre buscándolo, y con increíble asombro, al momento de introducir mi cabeza en él, encuentro un mundo tangible que me es irreal: me encuentro a mí mismo como nunca me había visto... Esto no es el espejo y sin embargo, ahora me estoy viendo a mí mismo.

Me introduzco por entre sus fauces de epidermiano más y más a cada momento que pasa, y resulta que me conozco menos y menos a cada tramo que palpo.

Con mis manos me abro camino a través de mí para mí, y como en escalada horizontal, me comienzo a arrastrar hacia mi interior, ahora buscando no sé qué cosa, ora fascinado por lo que descubro, ora siguiendo un impulso muy interno que me dicta seguir adelante, redescubrir lo nunca descubierto y conocer por siempre lo desconocido.

Mientras en mi exterior, el poro devorador se alimenta incesante de mí: ya no es amor, ahora es gula, lujuria y, tal vez, esclavitud. Afuera, todo claridad; sin embargo, aquí dentro el camino es intensamente rojo, de un rojo oscuro intimidante como un bosque maldito poblado por fantasmas crueles, o como una inmensa catedral abandonada habitada por los mismos malvados espectros.

Todo se encuentra lleno de secreciones sudorosas y pegajosas. En las enormes cúpulas de aquella catedral humana, se dibujan formas elípticas blancuzcas que pasan lentamente mirando al nuevo viajero, además de las que rápidamente recorren los umbrales más allá, de intenso color rojizo y de audaces movimientos.

Penetro cada vez más, y mi asombro y delicia comienzan, poco a poco (¿o poro a poro debo decir?), a transfigurarse en un temor implacable y desconocido, un temor a lo desconocido que me resulta implacable.

Mi piel, que se va introduciendo más y más en si misma a cada momento, vuelve a entrar en la danza descalza de las galliformes al observar la tremenda visión de lo que es por dentro.

Lentamente avanzo sobre mis manos, abriendo el paso entre mis células, entre mis venas y entre mis tejidos. Avanzo en completo sobresalto y aumenta mi terror. Me conecto al torrente sanguíneo de mi aparato circulatorio y el chorro de sangre me lleva fluidamente hacia más adentro.

Mis ojos intentan escapar de sus órbitas por motivos de intimidación y rápidamente llego al hombro. Al momento, ya estoy metido dentro de mí hasta el pecho.

El pequeño epidermiano me devora sin clemencia y yo, sigo avanzando incontenible a mis entrañas, abriendo y rasgando conexiones orgánicas, dislocando y quebrando huesos, desmenuzando músculos y tendones, produciendo hemorragias internas que me lastiman y me provocan terribles dolores.

Volvería sobre mis manos pero el poro devorador ahora ha sacado las tuyas (sus manos) y me succiona y me empuja hacia mi interior con terrible fuerza.

Pasar el hombro me cuesta trabajo, tanto que mi quijada se me ha dislocado por completo. Me duele mucho.

Mi cerebro comienza a crujir debido a los estrechos de mi cuerpo pero poco a poco y con ayuda de mi caudal de sangre, empieza a pasar la terrible

sensación, ya porque los vasos por los que voy pasando se hacen cada vez más amplios, ya porque creo que me estoy acostumbrando al escalofriante viaje intrínseco que he comenzado. Todo a media luz, todo a medio existir. Uno dentro de otro. Yo dentro de mí. Nada y todo a la vez.

No suelo arrepentirme de lo que la vida me ofrece y de lo que a ella arrebató, pero en esta ocasión he comenzado a pedir perdón de lo que comencé hace unos instantes con singular inquietud ahora convertida en general terror... Ya no quiero seguir pero el caño de plasma me empuja hacia mi interior al tiempo que aquél maldito poro del que me enamoré, no acaba de saciar su inmunda hambre de mí.

Le odio. Le anhelo. Le olvido.

¡Miren! ¡Ahí está mi corazón! Latiendo desbocado por el suplicio y la atrocidad vividas; se siente intimidado al verme y por instantes se detiene congelado en el terror. Yo me quedo quieto, le miro con cautela y le sonrío levemente, (no me conviene que se espante y me mate por mi encuentro). Me acerco calladamente, con sigilo en demasía, y aunque no quiero volver a enredarme amorosamente con alguien de mi interior, le beso tiernamente en el ventrículo derecho, para luego acariciarle las arterias coronarias y lograr hacerlo suspirar de excitación.

Se deja llevar, se tranquiliza, me abraza y vuelve a su ritmo asustado como antes. Vuelvo a respirar tranquilo y mi corazón late de nuevo al verlo latir a él también, que al fin y al cabo, son el mismo. Y prosigo mi viaje intrahumano en la oscura caverna que soy: me encuentro con un alvéolo y ya puedo respirar mejor.

Paso mis pulmones con el temor de conocerlos por vez primera, (ya que las radiografías no cuentan pues son como las fotografías de las personas:

nunca nos dicen como nos tratarán frente a frente), espero haberles caído bien, no quisiera que ocurriesen devastaciones parecidas a lo ocurrido con mi corazón.

Más adelante, encuentro igualmente con temor al esófago. En el avance siguiente, observo con inquietud al estómago. Hacia allá, el hígado y el páncreas. Ahí viene mi vaso y mis riñones: me saludan y tiemblo. Esta es mi bilis y en el más allá se ven mis intestinos.

Conmocionado al máximo, me encuentro con el píloro. Un olor fétido y repulsivo comienza a entrar en mis fosas nasales que de momento se han convertido en fosas sépticas, debido al hedor. Es así como puedo discernir que ya he entrado en mis vísceras ulteriores: mi tracto delgado intestinal cargado adecuadamente con graciosas heces sebosas y mierdas embarradas decorando ruinmente las paredes peritoneales en tonos sepias mortuorios.

El asco se me embarra al miedo durante el yeyuno, las ansias de vomitarme dentro de mí me ahogan junto con mi pavor por todo mientras el íleon me abre su cauce, y ya en el colon ascendente no soporto más y regurgito mis entrañas a mis entrañas. ¡Qué asco sentir mi propio asco! El pánico es abrasador, la peste insoportable. ¿Para qué demonios este maldito viaje? ¿Para qué?

Mi caminar con las manos comienza a hacerse amplio y estrecho al llegar al intestino grueso, perdonando la metáfora dual. Me explico: amplio debido al mayor tamaño de éste, estrecho debido a la inquietud intimidante que me embarga el saberme del otro lado de mi cuerpo.

Cuando a lo lejos vislumbro mi recto, como la luz al final del túnel, el más allá más íntimo del que he tenido noticia, siento cómo me penetro con mi propio pene al pasar éste a través del poro devorador.

Me violo y me sacudo. Me duele y me avergüenzo.

Y un instante después, mis testículos, mis muslos, mis rodillas, mis tibia y peroné, mis tobillos, mis pies.

Y un instante después, ya estoy todo dentro de mí.

Momento es que veo con ansiedad el doblez sigmoide y me apresuro con mis manos para salir de mi propia suciedad en la que viajo asquerosamente sucio.

Llego por fin al recto y demasiado desesperado (ya no hay tiempo para pensar en el amor), con trabajos abro el esfínter de mi ano, rasgándolo con violencia... Entran uno a uno los rayos intensos del perdido sol de la tarde, pero me encuentro que mientras más descubro la salida de mi recién adquirida celda, más me penetra el dolor insoportable.

¡Qué suplicio éste! ¡Qué martirio, Dios mío! Cuando más alegría de saberme libre siento, más me duele la presencia de la liberación.

Y de pronto, ahogado en un llanto de dolor, comienzo mi alumbramiento: el parto único y desencadenado de mi cabeza, mi cuello, mi caja torácica, mis brazos y manos, mi cintura, mi cadera y genitales, mis piernas y pies. La luz se ha hecho de nuevo. La luz, que de tanta, me ciega, me ataca, me lastima.

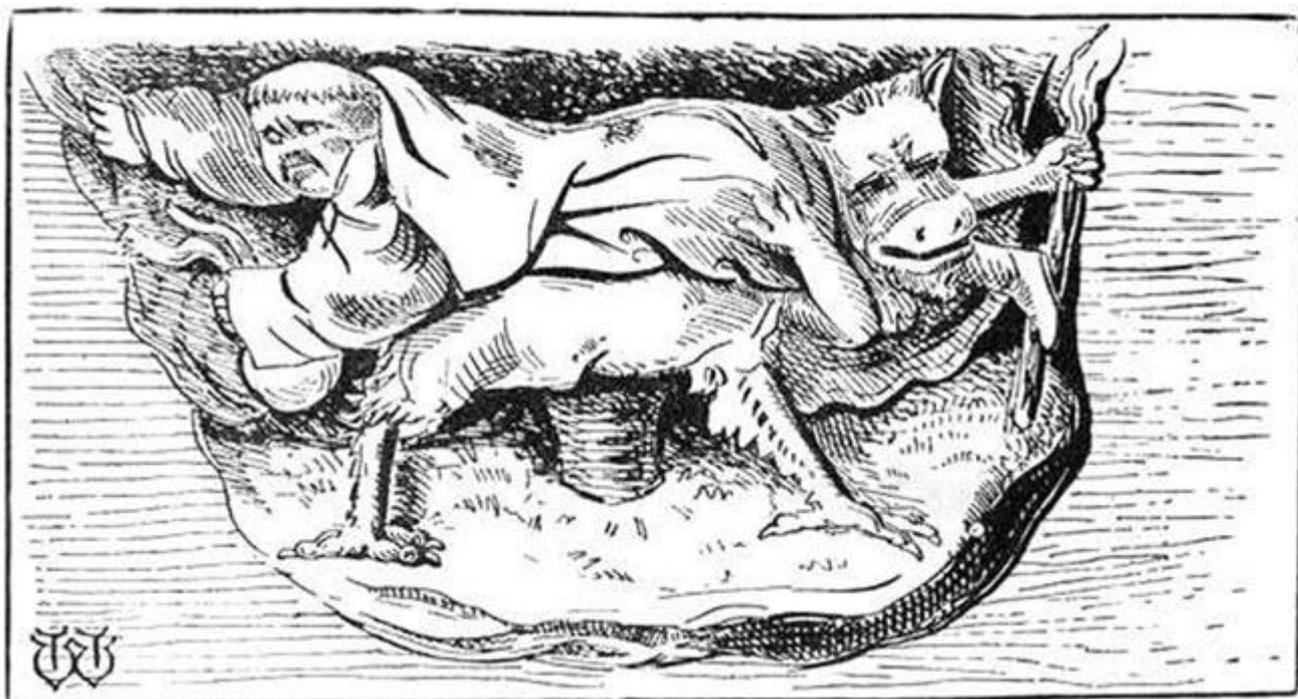
He nacido de nuevo, soy otro y sin embargo sigo siendo el mismo, pero con otra piel. He salido limpio y desnudo, con un renovado en el siempre viejo cuerpo.

Lentamente, la calma regresa a mi corazón, el aliento a mis pulmones, la tranquilidad a mis vísceras y la mierda a mis intestinos.

Mi ano también ha comenzado a recuperarse, a sosegarse, a desvanecerse, a desaparecerse, hasta que ya no está ahí nunca más.

Y la pregunta regresa con estruendo agobiante a mis sentidos, ¿y todo esto para qué? Y la respuesta me sale de consuelo en emanaciones escasas de glucosa secretada por mi materia gris: —¡Para renovarte y verlo todo diferente, como nunca, como se supone que siempre debió ser!

Entonces agradezco eternamente a aquel ínfimo epidermiano que me devoró y me dio la oportunidad de nueva vida... Lo amo otra vez. Y agradezco eternamente a aquella lluvia seca que también ya ha cesado. Agradezco eternamente a aquel llanto salado y dulce que el asfalto en su desesperación por el insidioso tráfico, dejó subir al cielo, que loco y paralizado en sus pensamientos, no lo podía creer.



# El retorno de la serpiente emplumada

Por J. B. Gaona Medina



a leyenda venía murmurándose a través de los siglos, sobreviviendo de boca en boca desde la noche de los tiempos. De manera que determinar quién había iniciado el rumor, y dónde y cuándo, resultaba poco menos que imposible. En todo caso, eso era lo que menos importaba, baste decir que todos en el Único Mundo la conocían.

Así pues, era bien sabido por el pueblo mexica que algún día la Serpiente Emplumada, llamado *Quetzalcóatl* por los toltecas, el Hombre—Dios que en tiempos remotos había partido hacia el confín de levante, regresaría de allende los mares para reclamar lo que le pertenecía, es decir, el Único Mundo.

Aquello no dejaba de ser un rumor, una vaga profecía susurrada de tanto en tanto en el incesante devenir de las eras; y en verdad muchas eran las naciones que habían surgido, prosperado y sucumbido a la espera del cumplimiento de aquel vaticinio, sin que tal cosa llegase a ocurrir. Mas sin embargo la gente nunca dejaba de tomarse la leyenda con absoluta seriedad, y cierto era que entre los pueblos subyugados por la Triple Alianza se esperaba con tácito anhelo el retorno de *Quetzalcóatl*, pues se decía que, junto a él, volvería también la época de gloria y esplendor que antaño viviera bajo su reinado el Imperio Tolteca. Pero con los Señores mexica la historia resultaba muy diferente; para ellos la promesa que

*Quetzalcóatl* había dejado tras su partida: “regresar cuando el mundo volviera a necesitarlo”, representaba la amenaza más grande hacia su nación, ya que eso significaría, con toda seguridad, el final de la hegemonía tenochca, la cual venían ostentando con orgullo desde hacía no demasiadas gavillas de años, tras las cruentas guerras con los de Azcapotzalco, antiguos señores del valle del Anáhuac.

Por esa razón, mientras veía al niño retorcerse sobre el tocón, berreando estridentemente en el aire denso y húmedo de la jungla, el tlacochealcatl Motecuzoma sabía que estaba haciendo lo correcto. Hacía aquello por la supremacía del Ombligo de la Luna, por Tenochtitlan y por los mexica..., aunque no podía negar que muy en el fondo, con aquel acto, también buscaba redirigir el destino para su beneficio propio.

Desde el momento de su nacimiento, a Motecuzoma se le había augurado un tonali excepcional. De niño los sacerdotes le decían que su futuro estaba marcado por la trascendencia, que la importancia de su persona jamás sería olvidada en el mundo y que sus actos repercutirían en la vida de su gente como no había sucedido desde los tiempos de Aztlán.

Aquellos actos suyos, le decían, cambiarían el mundo para siempre.

Motecuzoma creía haber entendido estos augurios sobre su vida, y ya en aquel tiempo sabía que su destino era convertirse en Uey—Tlatoani, por ende le preocupaba de manera inconfesable que la profecía sobre el regreso de *Quetzalcóatl* se cumpliera. De modo que hubo que tomar una decisión drástica: si en verdad había nacido para la grandeza, si su destino era cambiar los acontecimientos del mundo, entonces aseguraría su futuro y el de todo su pueblo impidiendo el regreso de la Serpiente Emplumada.

Como era de esperarse, llevar a cabo su misión no fue fácil. Tuvo que estudiar mucho sobre la profecía y recolectar la poca información que de ésta quedaba en los antiguos códices sobrevivientes a la destrucción de documentos ordenada por el Uey—Tlatoani Itzcóatl, hacía más de una gavilla de años; pero por desgracia en ninguno de éstos se descubría algo verdaderamente revelador. Había insinuaciones del año, del nombre del día esperado en el calendario ritual, mas todo quedaba en eso, fútiles insinuaciones. Las brumas del tiempo se habían encargado de ocultar muy bien la verdad tras la leyenda. La fecha exacta del regreso de *Quetzalcóatl* era un enigma, el más grande de los enigmas.

Luego Motecuzoma supo por voz de los sacerdotes que una hechicera conocía el camino a seguir para resolver el misterio, pero debía tener cuidado con la mujer, pues se trataba de uno de aquellos milenarios entes que habían hecho trato con la muerte, vagando por las noches en el aire en forma de calaveras descarnadas.

Tuvieron que pasar varios días para que pudiera dar con ella, y luego la asechó durante otro tiempo más hasta que averiguó el sitio exacto donde llevaba a cabo su pernicioso transformación: en lo profundo de un bosquecillo a las afueras de Tenochtitlan, por el rumbo de la calzada de Tlacopan.

Cierta noche, Motecuzoma se escondió entre los matorrales y aguardó a que la hechicera se desprendiera de sus carnes e iniciara su habitual vagabundeo nocturno, luego fue a recoger la masa de piel y músculos que ingenuamente había quedado escondida entre las nudosas raíces de un viejo ahuehuete y, extrayendo de entre su manto un saquito de sal, esparció el contenido de éste cuidadosamente al interior de la desmadejada cáscara carnosas.

Cuando la hechicera regresó pocas horas antes del amanecer, quedó horrorizada al descubrir que un guerrero mexica la aguardaba en su lugar secreto y, lo que era peor, estaba en posesión de su carne. Invasión por el pánico, la mujer

comenzó a suplicar con una boca sin labios por la devolución de lo que era suyo, pues, a menos que volviera a su estado natural antes que Tonatiuh asomara en el horizonte erizado de montañas, jamás podría volver a andar entre los vivos. Aquel resultaba un espectáculo repulsivo, una criatura, toda entrañas sanguinolentas y huesos chasqueantes, postrada como alimaña y gimiendo con voz quebrada e inhumana, así que Motecuzoma se apresuró a informarle lo que quería a cambio de devolverle la envoltura de su cuerpo, y la hechicera le dio la información solicitada sin rechistar, pues la salida del sol se aproximaba.

Finalmente, habiendo obtenido lo que buscaba, Motecuzoma hizo entrega de lo robado a la mujer y salió rápidamente de allí, antes que ella comenzara a soltar desgarradores gritos de dolor cuando la sal abrasó sus entrañas.

Los siguientes pasos de Motecuzoma lo llevaron a Teotihuacán, tal como se lo indicaran las desesperadas palabras de la hechicera. De modo que el secreto se hallaba resguardado en la ciudad de los dioses, allí donde éstos se habían reunido en días olvidados para crear el primer amanecer de la era de los hombres, el cual dio inicio una vez que Nanahuatzin hubo renacido del gran fuego en la forma del Quinto Sol.

No podía ser de otra manera, aquella era también la ciudad de la Serpiente Emplumada, lo había sido mucho antes que la ciudad tolteca de Tollan, la que una vez fuera regida por el mismo *Quetzalcóatl* y que luego cayera en desgracia tras perpetrarse la ignominia de Tezcatlipoca, el malvado hermano gemelo de la Serpiente Emplumada. Allí, en Teotihuacán, había nacido la leyenda.

Habiendo salido subrepticamente de Tenochtitlan – pues su tío Auítzotl, el Uey—Tlatoani de mirada adusta y rostro de piedra, jamás le habría permitido abandonar los alrededores del lago de Texcoco de haber conocido las intenciones de su expedición –, el jefe militar, junto a una compañía integrada por guerreros jaguar de probada fidelidad, llegó a la vieja ciudad cuando las brumas

crepusculares se colaban entre los antiguos edificios castigados por los elementos. La urbe permanecía bajo un silencio sepulcral, roto de tanto en tanto por el ulular del viento entre la maleza o los ecos de gritos sibilantes producidos por algún ave nocturna en las alturas lejanas. Otrora Teotihuacán había sido la ciudad más esplendorosa y soberbia del mundo, la más grande, colorida y bulliciosa. Ahora sólo los fantasmas del pasado habitaban entre los esqueletos desgarrados de lo que alguna vez fueran espléndidos palacios y orgullosos templos descomunales, y ya sólo la memoria de los viejos muros podía rememorar lo que había dejado atrás el tiempo, pero esa, infortunadamente, era una memoria silenciosa.

Moteczuma y sus hombres se habían detenido al pie de la pirámide del sol, la más grande de las obras del hombre en el Único Mundo, que aún cubierta de maleza y greda alzaba su imponente mole oscura contra un cielo teñido de sangre y púrpura. Y allí, al amparo de las sombras que se multiplicaban, cavaron bajo la pirámide siguiendo las instrucciones explícitas de la hechicera. La tarea resultó demasiado ardua, ya que en realidad no contaban con las herramientas adecuadas, pero al final el esfuerzo había dado sus frutos tras realizarse el descubrimiento de una cámara perdida en las profundidades de la edificación, repleta ésta de pergaminos de palabras—pintadas.

Le tomó cierto tiempo a Moteczuma traducirlos, pero finalmente, luego de consultar con sabios y gente estudiada, y de muchas noches en vela interpretando las pinturas, pudo averiguar lo que se ocultaba tras el mito. Descubrió que aquellos documentos eran el único testimonio escrito que los tolteca habían dejado tras su desaparición, y que habían sido llevados y escondidos en Teotihuacán por los últimos habitantes de Tollan con la intención de ser recuperados en épocas venideras, cuando volviera a instaurarse el Imperio Tolteca. Y es que, lejos de lo que se creía, no todos habían caído en la catástrofe que hiciera sucumbir su ciudad, y algunos habían sobrevivido y escapado a la

calamidad, huyendo hacia las distantes tierras del Mayab, donde buscaban perdurar ocultos en las densas selvas sureñas hasta el retorno de su señor *Quetzalcóatl*, momento en el cual ellos también retornarían de su exilio.

Los documentos decían aún más, el retorno de *Quetzalcóatl* sucedería indudablemente, tal como ya había ocurrido con anterioridad, pues, según descubrió Motecuzoma, *Quetzalcóatl* se había marchado en los albores del Quinto Sol y regresado tiempo después en la forma de Ce Acatl Topiltzin, rey supremo de los toltecas, para luego marchase una vez más en su barca hacia oriente en la era inmediatamente anterior a la aparición de los mexica. La vida de la Serpiente Emplumada parecía estar regida por un perpetuo ciclo de muerte y reencarnación, un ciclo tan trascendente que por sí mismo determinaba las edades oscuras y doradas del mundo.

Motecuzoma ahora conocía todo el secreto, y sabía que, tal como se lo temiera desde el principio, la Serpiente Emplumada estaba a punto de regresar, puesto que nacería de nuevo entre los suyos, según la interpretación de un mapa celeste que formaba parte del compendio de códices descubiertos bajo la pirámide, precisamente durante aquellos años que cursaban.

No había tiempo que perder, Motecuzoma debía darse prisa en encontrar a los últimos tolteca vivos, y afortunadamente los mismos documentos le decían cómo hacerlo. Según éstos, la intención de los tolteca al viajar al sur era ocultarse en el reino de los aluxes, por eso habían escogido las tierras del Mayab. Para conseguir entrar en ese reino, Motecuzoma sólo debía dar caza a un aluxe vivo, y esperar a que éste le indicara el camino a seguir.

Y así lo hizo. Viajó a los dominios de los antiguos pueblos mayas y se internó en la jungla espesa, hogar del papagayo, del tapir y del magnífico quetzal de cola de largas plumas color esmeralda. Sabía lo que tenía que hacer para atrapar a un aluxe, y durante los siguientes días dejó entre los altos helechos, o entre las

raíces mohosas de aroma dulzón, ofrendas de comida y pulque a los pequeños duendecillos, además de instrumentos de música con el fin de darles una diversión. No pasó mucho tiempo para que nuevamente sus esfuerzos dieran los debidos frutos, y en la cuarta noche de su estadía en las tierras de los mayas escuchó, por encima de los agudos llamados de los monos aulladores, el jolgorio que los aluxes estaban armando tras dar con una de sus ofrendas. Se guió por la música del caracol, de las flautas y los tambores así como por la estridente algarabía de la borrachera, hasta que finalmente pudo dar con ellos en un claro de la selva y aguardó escondido en las cercanías durante toda la madrugada. Al amanecer, cuando ya la juerga había terminado, y antes que los pequeños seres pudieran recuperarse de sus diversiones nocturnas, Motecuzoma apresó a uno de ellos, le ató de manos y pies, esperó a que la resaca le pasara y le obligó a revelar el camino a su reino.

Lo demás fue sencillo, demasiado sencillo.

El aluxe, sometido y sin posibilidades de negarse, lo guió sin rechistar al corazón de la selva donde estaba el hogar de los suyos, y allí, como el jefe militar esperaba, se encontraban los últimos toltecas, descendientes de aquellos que había escapado al desastre de Tollan. Habían perseverado a través de los siglos en el mutismo de la clandestinidad, viviendo con humildad al amparo del impenetrable dosel que la selva entretejía, esperando el regreso de su señor, pero eso estaba por terminarse.

A una orden de Motecuzoma, los guerreros jaguar cayeron sobre los desprevenidos toltecas y arrasaron con su pequeño poblado como un mar embravecido que azota contra la costa en medio de la furia desatada de Huracán. Entre las llamas, los gritos y el humo, Motecuzoma buscó a la mujer que traería de vuelta a la Serpiente Emplumada, guiándose por las características que debía tener según refería la narración en los documentos de Teotihuacán. Desde luego, la

mujer tenía que estar en cinta, y fue en virtud a este hecho que realmente pudo identificarla. Al final, había sido el propio *Quetzalcóatl* quien se había delatado en la prominencia del vientre de su madre.

“Fue sencillo, demasiado sencillo”, pensaba Motecuzoma mientras seguía contemplando al niño: su cuerpecito abultado aún húmedo por los jugos de la matriz, sus pequeños miembros regordetes agitándose incesantemente y su cabeza grande y lampiña sacudiéndose en el éxtasis del llanto. Ni siquiera parecía una persona, todavía no. Del ombligo pendía flácido el cordón umbilical, último vínculo con la madre que yacía al pie del tocón, desmadejada y con el torso abierto en canal.

Por fin Motecuzoma se cansó de su contemplación. Había llegado la hora de cumplir con su destino. “Mis actos cambiarán el mundo para siempre”, se repetía en sus adentros cual himno de triunfo al tiempo que levantaba su macuahuitl.

– ¡No lo hagas! – Gritó de pronto una voz a su espalda.

Él se volvió y contempló, azorado, a una mujer muy hermosa. Era alta y esbelta como un tallo de flor, su piel tersa y de bronce reverberaba con los fulgores ígneos de las llamas que devoraban el poblado, así como su largo cabello, un vasto mar de noche sin estrellas.

– ¿Quién eres? ¿Por qué mis hombres no se han encargado de ti? – Preguntó el tlacochealcatl.

– Por favor, no lo hagas – suplicó la mujer con voz mortificada. Sus ojos azabaches eran un par de pozos de tristeza y angustia en los cuales se percibía una intemporalidad como la del mismo universo.

Moteczuzoma lo supo; lo supo por aquella intensa mirada sin tiempo, por aquellos ojos añorantes y profundos en los cuales un alma mortal podía perderse para siempre.

– Eres tú – dijo en un tono apagado, conteniéndose para no revelar su enorme asombro –, la hermana impía, *Quetzalpétatl*. Eres aquella cuyos actos indecentes con tu propio hermano provocaron la penitencia del exilio. En tu cuerpo yace el pecado de él, y la razón de la caída de Tollan.

– Detente, te lo suplico – continuó ella –. Debes dejar que vuelva.

Moteczuzoma se relajó, incluso se permitió sonreír.

– Llevas siglos esperándolo ¿no es cierto? Aguardando la oportunidad de volver a revolcarte con él. Lo siento, pero no te daré ese profano placer. No es nada personal, tengo que hacerlo, por el bien de mi gente.

– ¡Tú no entiendes! – Exclamó la mujer en tono más desdichado –. Él es el único que podrá detenerlos. Si lo haces, condenarás a los tuyos y a todos los habitantes de estas tierras también. El Único Mundo sucumbirá, las ciudades serán arrasadas por el fuego y el trueno, la gente perseguida y masacrada, sus hijos hechos prisioneros y esclavizados. La muerte rondará la tierra como jamás antes se ha visto. Nadie podrá salvarlos de la destrucción. Tu nación, su gente y todo aquello que conoces y aprecias desaparecerá, ¡tal como nos sucedió a nosotros!

– ¡Mientes! – Rugió Moteczuzoma. Estaba molesto y cansado, debía terminar con todo aquello cuanto antes y regresar a su amada Tenochtitlan, con su gente – Tus falacias no impedirán que cumpla con mi destino. El tiempo de tu pueblo terminó hace mucho, el presente pertenece a los mexica. No permitiré que él venga y nos arrebate todo lo que tenemos, todo aquello por lo que tanto hemos luchado desde que llegamos a la cuenca de Anáhuac como un pueblo vagabundo y

exiliado de Aztlán. – Y dándose la vuelta con brusquedad, descargó un golpe de su macuahuitl sobre el niño.

El llanto finalmente enmudeció. Todo terminó en un instante. Por la mejilla de la mujer se deslizó una solitaria lágrima diamantina, una lágrima en cuya caída arrastraba todo el dolor y sufrimiento que el Único Mundo padecería en los tiempos que estaban por venir.

Para cuando el tlacochcácatl se volvió, la imagen de ella se había desvanecido.

...

Poco más de veinte años después, Motecuzoma Xocoyotzin, Uey Tlatoani del Único Mundo – y cuyo nombre deformado pasaría a la historia como Moctezuma II –, ungido en sus más elegantes vestimentas y ostentando un espectacular penacho de plumas de quetzal, entraba en Tenochtitlan transportado por sus fornidos tamemes sobre una majestuosa silla recamada en oro y engalanada por un dosel de cortinas del más fino tejido. Y bajo aquellas cortinas, donde nadie podía verle de momento, su semblante se mostraba angustiado, en su mente no dejaba de darle vueltas al problema que se le presentaba. ¿Qué es lo había hecho mal? ¿En qué había fallado?

Sin lugar a dudas, se había equivocado de niño. Por lo visto él había nacido antes, mucho antes, y Motecuzoma había llegado demasiado tarde. Ya de nada servía divagar sobre el pasado, ahora debía concentrarse en complacer a *Quetzalcóatl*.

Si se esforzaba en demostrarle la más absoluta sumisión, tal vez lograra despertar la compasión de la Serpiente Emplumada y conseguir el indulto por lo acontecido años atrás en el Mayab.

Cerca de allí el señor de Tlatelolco, Cuauhtémoc, hijo de Auítzotl, contemplaba la procesión con el ceño fruncido y la desesperanza marcada en sus nobles facciones.

– Nunca debió dejarles entrar... nunca – se lamentaba –. El tiempo me dará la razón cuando digo que se han terminado los días felices para los mexica. Nos está condenando a todos.

A su lado estaba su primo Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa, quien asintió con igual desencanto en el rostro altivo.

La procesión de Motecuzoma continuó internándose en la esplendorosa ciudad de anchas y pulcras avenidas, de elegantes residencias con sus terrazas y sus azoteas cubiertas de hermosos jardines colgantes, de canales numerosos y palacios imponentes. Detrás venía Cortés, seguido por el estruendo metálico de las tropas españolas.

Los augurios sobre el tonali de Motecuzoma no se habían equivocado. A partir de aquel día, el mundo no volvería a ser el mismo.



# La Iniciación

Por Hugo Casarrubias



a noche apenas comenzaba. Los vestigios de un brutal asesinato se abrían en las cortinas del horizonte negro. En la carretera, la luz de la luna era el único faro, su brillo espectral junto con el pavimento mojado de la lluvia del día anterior brillaba con una intensidad mortuoria. El hombre apenas podía respirar con el pasamontañas, su jadeo constante se debía a la adrenalina que cargaba después de esparcir sangre en una granja cercana. Aún apretaba con fuerza el machete ensangrentado. El reflejo de la luna sobre el asfalto alcanzaba a iluminar la materia roja que colgaba sobre la hoja oxidada.

El andar del hombre era lento pero su postura era completamente erguida a pesar del exceso de fuerza que implementó para inmovilizar a su víctima. Los músculos de sus brazos se encontraban exhaustos y sus piernas temblorosas. Sudaba demasiado, su rostro pedía a gritos que se le despojara del pasamontañas que cargaba pero el hombre no podía hacerlo hasta no encontrar un lugar seguro donde esconder el machete.

La carretera era solitaria. El hombre llevaba caminando cerca de quince minutos y en ese tramo solo se había encontrado con una casa en ruinas postrada a un lado de la carretera, una casa llena de humo negro saliendo de las ventanas, al parecer un gran incendio se había fraguado ahí dentro. Se había acercado a abrir la

puerta pero sorprendentemente se encontraba cerrada y concluyo que algo pesado la atrancaba del otro lado. A partir de ahí en adelante todo era bosque y pastizales.

En su andar se le venían escenas grotescas de su víctima implorando clemencia con las manos y pies atados. Un hombre que recientemente había entrado a una edad avanzada. Su pelo comenzaba a tener canas pronunciadas. Su cuerpo era corpulento pero su asesino poseía fortaleza física, por lo que no le costó ningún trabajo inmovilizar a su víctima. El asesino lo conocía por Polo, el hombre que asesinó a su hijo en una parcela. Lo ató de manos a una viga que colgaba del techo de su casa y ahí colgando como un péndulo el asesino lo despachó con su machete. Polo vivía solo pero su perversa fijación por los niños era conocida por todos en el pueblo. Nadie dejaba que los niños se acercaran a su granja, ni siquiera los adultos se acercaban pues se decía que estaba mal de la cabeza y que había matado a un hombre en el bosque. Lo amarró a un árbol y lo desolló en la oscuridad, o al menos eso era lo que se decía.

El asesino del pasamontañas lo golpeo con el machete cientos de veces esparciendo materia roja por toda la habitación. Los gritos del hombre retumbaban en los oídos del asesino mientras seguía avanzando por la solitaria carretera. Recordaba tener la adrenalina al tope; en cada golpe recordaba el rostro de su hijo siendo violado por el pederasta. La furia ciega que lo invadía destruyó la poca cordura que le quedaba, el machete se convirtió en su mejor aliado de la noche y en ese lugar solitario, iluminado por velas, el asesinato se fraguó con éxito.

El andar del hombre comenzaba a ser lento. Su cuerpo se estaba deshaciendo de la adrenalina que lo invadía. Sus músculos comenzaban a dolerle sobre todo los de su brazo derecho, con el que sostenía el machete. Tenía unas ganas inmensas de despojarse del pasamontañas, es más, de toda su ropa, deseaba liberarse de aquellas prendas manchadas de sangre, una sangre contaminada por

un enorme gordo y viejo pederasta. Vio las manchas frescas en su brazo a la luz de la luna y no pudo sentir la ansiedad de oler aquel líquido rojo. Sintió asco y repulsión, como si oliera una cloaca. Vómito al instante sobre la carretera y un dolor de cabeza comenzó a surgir. Se quedó encorvado por unos segundos, se despojó del pasamontañas manchado de su vómito y lo lanzó a los pastizales de la derecha. Escupió y poco a poco comenzó a incorporarse hasta estar totalmente erguido. Sus ojos avellana se lanzaron hacia la luna llena y la oscuridad de estos de repente apareció. Era un asesino, uno que descargó toda su frustración por su hijo, su niño, su inspiración en la vida para seguir avanzando. La madre los había abandonado a ambos hace mucho tiempo, la mujer se había ido con otro hombre que vislumbraba un futuro en el mundo de los millonarios. Así que el hombre se encargó del pequeño que apenas contaba con dos años de edad. El solo nombrar la palabra “papá” lo hacía sentir poderoso, como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra. Eso se acabó para siempre.

En aquella oscuridad lunar de pronto sintió que alguien lo seguía. Ya no contaba con el pasamontañas, por lo tanto se sentía descubierto, como desnudo. Miró detrás y lo único que se encontró fue con el bosque y la carretera que había dejado atrás, pero seguía sintiendo que había alguien escondido entre los arbustos que lo observaba fijamente. Miro el machete y su prominente hoja oxidada repleta de sangre y materia pederasta. De inmediato se adentró al bosque, a unos cinco metros de la carretera, comenzó a excavar un agujero en la tierra, atento a que nadie lo viera, y enterró el machete lo más rápido que pudo. Se alejó del lugar pero decidió adentrarse en el bosque, la carretera ya no era segura.

Después de avanzar diez minutos entre la oscuridad escuchaba los pasos que lo seguían con cautela, Podía oír el crujir de las hojas y la tierra a su espalda. Ahora el sentía el terror, ahora él era la víctima, acechado por alguien que, aparentemente, pretendía darle caza a como diera lugar. En dado caso que lo

alcanzara pretendía enfrentarlo pero tenía algo en contra, algo que había abandonado, en un acto de pánico había enterrado su arma y no podía volver atrás por ella.

Siguió avanzando por entre los árboles, tratando de buscar algún indicio para escapar de esa persecución. La adrenalina había regresado pero no el deseo de asesinar. Se le vino a la mente el rostro de aquel hombre gordo y canoso que saciaba sus más fervientes deseos carnales con niños. Su mirada de terror se reflejó en los pensamientos del hombre y por unos segundos pareció sentir el terror de su víctima. Estar a merced de alguien más loco que tu es digno de llenarse de pánico.

A lo lejos divisó el brillo de la carretera de nueva cuenta. Se trataba de una curva pronunciada, pero pasando esta volvía la planicie de la carretera y al final de esta un rectángulo de luz se hallaba entre los árboles. El hombre miró a sus espaldas y vio la oscuridad del bosque, solo eso, pero su mente le hablaba de aquella sombra que lo perseguía. Miró entre los arbustos y árboles y podía sentir la mirada. Una mirada que le decía: “Vi lo que hiciste”, “Asesino”.

Comenzó a correr, aguantando el dolor de sus piernas y brazos, con una rapidez mortal. Bajó una pendiente. Parecía tener el control de sus pasos pero no se percató de lo pronunciada que era la bajada y un paso en falso lo obligó a rodar hasta la carretera. Algunos golpes y raspones aparecieron en sus brazos pero eso no le preocupó. Se levantó en el acto y corrió más a prisa a través de la carretera. El rectángulo luminoso seguía ahí y mientras más se acercaba más se percataba de la forma que tenía el edificio. Vio una forma ovoide que constituía el techo del edificio, pero solo eso. Lo negro de la noche le impedía ver el resto de su composición.

Su carrera se volvió más desesperada y lo hizo con más desesperación cuando dos faros luminosos aparecieron en la carretera. Un claxon sonó, eludiendo al hombre por su derecha.

Después de correr tanto finalmente llegó a la luz y por un momento extraño sintió que no debía entrar ahí por ningún motivo, trató de detenerse pero la inercia lo impulsó a entrar al edificio. Se encontró con dos puertas grandes abiertas de par en par y las cerró. Encontró una tabla gruesa a su izquierda, perfectamente apoyada a la pared y la insertó entre dos anillos rectangulares que sobresalían del centro de ambas puertas, atrancando la entrada. Apoyó ambas manos en las puertas de madera y comenzó a jadear fuertemente. El sudor le corría por la cara y los pómulos. Los brazos y piernas le temblaban fuertemente. El cansancio lo invadió considerablemente, necesitaba sentarse pero no podía hacerlo hasta no estar seguro de las intenciones de su perseguidor.

Después de unos minutos de inhalar y exhalar por la boca la adrenalina bajó considerablemente. Respiró profundamente por la nariz y exhaló por la boca. Pegó una oreja en la puerta, tratando de escuchar los pasos de aquel que lo perseguía pero al parecer este ya se había ido. Solo se escuchaba el viento nocturnal y la soledad de la noche. Se pasó una mano por el pelo y se irguió lentamente. No tenía en consideración el lugar donde se encontraba. Miró cuidadosamente en derredor y cuál fue su sorpresa al encontrarse en una capilla. La luz provenía de unas antorchas colocadas en cuatro columnas, dos por cada una. La humareda que despedían era densa pero el hombre al mirar al techo abovedado se percató de que no había ningún rastro de tizne, de hecho la capilla parecía recién construida. La pintura de los muros se veía fresca así como la de las columnas. Había ocho bancos largos de madera distribuidos por cuatro a la izquierda y derecha de la capilla formando un pasillo central. Al final de este pasillo se veía un atrio de madera en forma de prisma rectangular y en la base

superior de este había un libro abierto. El hombre buscaba imágenes o cuadros en los muros pero solo encontró marcos de madera con lienzos blancos, cuatro en el muro izquierdo y cuatro en el derecho. No había ventanas ni vitrales de ningún tipo solo el par de hileras de bancos y el atrio en el centro.

El hombre comenzó a andar por el pasillo central. El silencio del lugar era extraño, incluso las pisadas del hombre sonaban apagadas, como si se encontrara debajo de la tierra. El hombre esperaba oler la pintura fresca de la capilla pero el único olor que percibida era la humareda de las antorchas. Un olor que al hombre le recordaba a la casa de la bruja del pueblo, como si el mismo infierno se encontrara en la tierra. Al llegar al atrio lo rodeó para encontrarse de frente con el enorme libro el cual, para su sorpresa también se encontraba en blanco. “¿Qué clase de lugar es este?” se dijo. Tenía una quietud única que le producía un vuelco en el estómago y un miedo extraño que nunca había sentido antes.

El hombre estaba por irse de la capilla, sin importarle que su perseguidor siguiera allá afuera, pero de pronto tocaron una de las puertas. Fueron tres toques contundentes y pausados, provocando una música perfecta y tenebrosa a la vez. Por alguna razón el rostro de Polo saludándolo por la mañana se le vino a la cabeza. No creía en fantasmas pero si en la venganza y temía que Polo se encontrara del otro lado de la puerta, con el cuerpo ensangrentado y destazado, con una mirada llena de furia. Los tres toques volvieron a sonar, extrañamente estos provocaban eco dentro de la capilla. El hombre no quería abrir, pero una fuerza extraña lo empujaba a abrir ese par de puertas grandes. Comenzó a avanzar por el mismo pasillo y al llegar a la puerta volvió a apoyar la oreja. No se oía nada del otro lado pero podía sentir la presencia de aquel que estaba detrás. Pensó en la casa en ruinas que había dejado atrás hace una hora y de aquella humareda que salía de su ventana. Alguien había estado ahí recientemente y sospechaba que probablemente era su perseguidor, el mismo que está tocando la puerta. Tenía que

salir de ahí y la única manera de hacerlo era por aquel par de puertas de madera, en pocas palabras tenía que enfrentar a su perseguidor o de lo contrario no saldría de ahí. Se maldijo por haber dejado el machete atrás y se armó de valor para enfrentar lo que viniera.

Quitó el polín que atravesaba los anillos de las puertas y abrió la puerta derecha lentamente. Lo primero que vio fue un sombrero negro, de aquellos que se usaban en los años veinte. Un rostro comenzó a alzarse y se mostró en la oscuridad de la carretera. Se trataba de un hombre muy viejo con un traje de la misma época que el sombrero. En la mano izquierda llevaba un pequeño maletín de doctor. Miró a los ojos al hombre y con voz ronca dijo: “Buenas Noches. Busco al hombre de la capilla”. El hombre extrañado por la presencia del viejo se limitó a verlo de pies a cabeza y respondió: ¿Por qué me sigue?

El viejo sonrió apaciblemente y sus ojos brillaron de manera sobrenatural por un segundo.

—Como le dije busco al hombre de la capilla. Supongo que debe ser usted. ¿Me permite entrar? Hace un poco de frío aquí afuera—

El asesino pretendía redimirse ante el acto de salvajía que había perpetrado hace unas horas; parece que su oportunidad había llegado, impedir que un anciano pasara frío a altas horas de la noche y sobre todo en una carretera insegura y solitaria como aquella era añadir otro acto de maldad a la lista. El hombre abrió la puerta y dejó entrar al anciano. Al cerrar la puerta y atrancarla nuevamente el viejo se dirigió al frente y se sentó en el banco. Dejó su maletín a un lado mientras admiraba el edificio, sus antorchas y aquellos cuadros en blanco que colgaban de los muros. El hombre se aproximó al frente y con el alma aun inquieta se paró frente al anciano.

—¿Quién es usted?—

—Soy solo un mensajero. Traigo un mensaje para el hombre de esta capilla—

—Eso ya lo dijo. Lamento decirle que el hombre que busca no se encuentra en estos momentos—

El viejo volvió a sonreír. Abrió su maletín y sacó lo que parecía un cilindro negro. Se lo entregó al hombre mientras cruzaba la pierna.

—¿Qué es esto?—

—Es para ti buen hombre—

—Ya le dije que yo no soy el dueño de esta capilla—

—Yo no busco al dueño, sino al hombre—

—¿Qué diablos significa eso?—

El viejo soltó una risa extraña, cavernosa, una risa carente de dientes y humor.

—Abre el cilindro. Hay algo para ti ahí dentro—

El hombre inspeccionó dicho cilindro. Era liso y brillante, como si fuera de obsidiana, no parecía tener nada extraordinario salvo por unos extraños jeroglíficos acompañados por una frase en un idioma que el hombre nunca había leído. La frase parecía tener palabras en español por lo que dedujo que eran en portugués. Trató de leerlas pero no pudo.

En la parte superior del cilindro encontró lo que parecía una tapa de piedra. La retiró lentamente e inspeccionó el interior. Había un papel perfectamente doblado, lo extrajo y dejó el cilindro apoyado en el atrio. Desdobló el papel y lo único que este tenía escrito era “Bienvenido” con un símbolo detrás; eran cuatro círculos con insignias extrañas. El símbolo se veía desdibujado y muy antiguo, como si se tratara de una marca de agua.

El hombre bajó el papel y miró al anciano.

—¿Qué significa esto?—

—Es tu iniciación— dijo el viejo mientras se quitaba el sombrero y dejaba ver un par de cuernos pequeño que sobresalían de su nuca. Estos parecían empezar desde su frente, así que en realidad no eran tan pequeños como se pensaba. El hombre cayó de espaldas ante la aberración que veían sus ojos. El viejo se puso en pie y se aproximó al libro del atrio. Lo tomó entre sus manos y al verlo volvió a sonreír solo que esta vez sus ojos brillaron tenebrosamente. Dejó caer el libro en blanco a los pies del hombre y este le dirigió una mirada a las páginas, pero estas ya tenían algo escrito. Se trataba de la sesión de sangre y deslazamiento que tuvo con Polo. Pudo leer los gritos de este y con lujo de detalles se encontraba escrita la escena del desmembramiento.

—El luchaba en nuestra contra. Y ahora gracias a ti nos hemos quitado un peso de encima— dijo el viejo.

—El mató a mi hijo— dijo el hombre

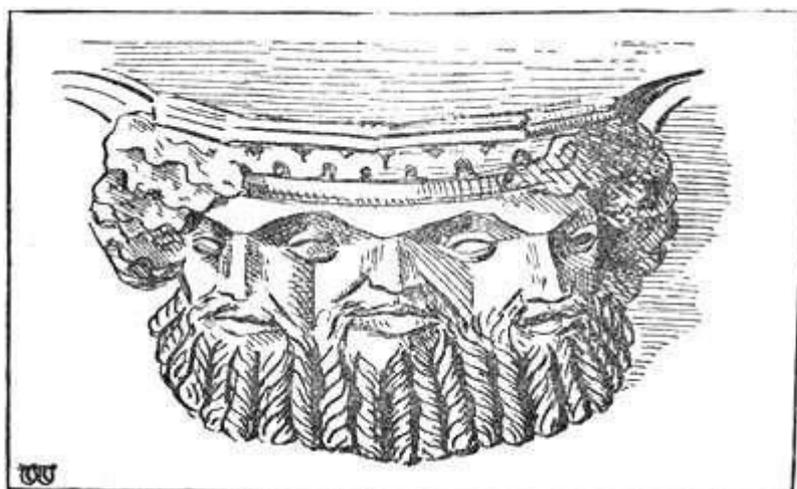
—Tu hijo murió calcinado en una casa no muy lejos de aquí. El trataba de avisarte que aquel hombre no era la persona que tú y el pueblo creían. Tuvimos que encerrarlo y quemarlo o de lo contrario hubiera abierto la boca—

Las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas del hombre. Su furia comenzaba a emerger mientras que el anciano soltaba carcajadas cavernosas y anormales. Se le vino a su mente cuando trató de abrir la puerta de aquella casa que despedía la humareda y como esta se encontraba atrancada sin imaginarse que el cuerpo calcinado de su hijo se encontraba ahí.

El hombre se puso en pie y a lo lejos vio los cuadros de los muros que comenzaron a llenarse de imágenes sangrientas del asesinato del hombre Polo. En uno de los cuadros se apreciaba como el machete cortaba la carne sin piedad y la

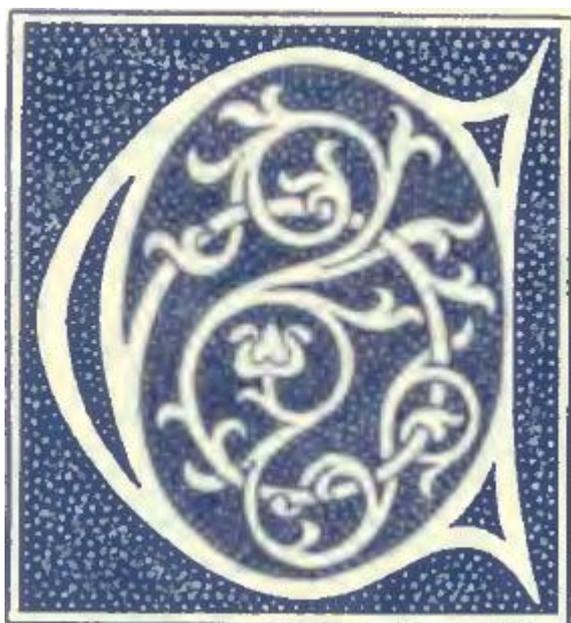
cara del hombre gordo y viejo gritando al techo de la granja. Las llamas de las antorchas comenzaron a crecer, quemando los pilares de la capilla y derritiendo los muros de esta. El libro comenzó a arder en llamas junto con los cuadros mientras que el anciano se transformaba de algo tan aberrante y monstruoso que el fuego a su alrededor se convirtió en el menor de los problemas del asesino.

Los cuernos de la nuca crecieron increíblemente y su cuerpo creció dos metros. Garras en las manos y en unas patas reptiles aparecieron al instante. Y de pronto todo ardió en llamas y los gritos del hombre se dejaron escuchar en la noche y más allá de la carretera solitaria y nocturna. Los arboles del bosque se convirtieron en los únicos testigos de una porción de la ira de los dioses menores.



# Limbo

Por Jorge Chipuli



creo que no tenía ni los diez años cuando desapareciste en el limbo. No tenía creo que ni los nueve. Te fuiste como tantas veces allá, al otro lado, en la época de la cosecha, pero esa vez no regresaste. Ya no había que irse de mojado, ya sabes, te teletransportaban pa'llá... y ahí estabas más rápido que lo que canta un gallo y sin saltar la muralla wallmericana. No sé cómo te acostumbraste al muzzle, al bozal mecacibernético que te cubría cuello y boca, con el que te regresaban cuando querían. Yo nunca lo soporté. No con la tranquilidad tuya, con esa cara desangelada de mirada baja. Si te mataban por allá y llegabas muerto, eran tan amables de enviar una carta a la familia junto con un pase doble para Disney World. Pero en tu caso no llegó nada, no llegaste tú ni nada, puras dudas y deudas y carencias.

Y allá iba mamá nomás a hacer el ridículo con su cuerpo flaco, sus vestidos nejos y su piel morena frente a los de la Secretaría de Teletransportes. Sobre todo con uno de los rubios al que le decíamos el Alvin, porque estaba más blanco que los demás y le tiraba a albino. Y él... u otros, pero sobre todo él, le decía que no fuera tonta, que la tecnología no podía fallar y que incluso si hubiera habido un error ya habría aparecido en el sistema. Un día le enseñaron

la lista de los muertos y de los viajes. No aparecía tu nombre. Debías de ser una especie de criminal, de esos que no existían porque nadie podía evadir su tremenda tecnología que nunca fallaba ni podía ser esquivada. Le decían ignorante, india, vieja ridícula y respondía que no era ella quien te había perdido en el sistema y ellos decían que sí y que a lo mejor ya hasta vivías con otra mujer y otros hijos. Y amenazaban a veces con llamar a la policía y a veces lo cumplían y ahí iba mamá al bote una semana sin poder pagar la multa. Los cargos: alterar el orden público. Los empleados iban cambiando, nomás el pinche vatito mamón fue quien se hizo eterno en ese empleo, pinche Alvin. Nunca se aprendió bien tu nombre ni el de mamá.

Mamá trabajaba en lo que fuera, lavaba ropa, cualquier cosa menos irse a teletransportar porque te arrancaban un pedacito de piel y lo analizaban y ahí estaba que ella no, ella no podía pasar. A veces recibía un mensaje, se iba unos días y regresaba con lana. Regresaba hasta contenta y con la mirada esquiva y nos veía comer. Carne, decía mi hermano, a señas porque ya no hubo para pagarle aparatos y que no se quedara sordo, algo que a muchos hijos de muzzlers les pasaba. Yo me negué a comer la primera vez.

—¿Crees que no sé de dónde sacaste ese dinero? —ella me reventó el hocico y me pegó tanto como pudo, aunque no me dolía. Nomás le tenía coraje.

—Y a ti qué chingados te importa, qué chingados sabes de la vida; tráгатelo, cabrón, que me costó el pinche culo que tragues, desagradecido... ve y reclámale a tu papá que es el que nos tiene en esta mierda de vida, ¿por qué no le reclamas a él? Búscalos si eres tan hombrecito... y ve y pártelos la madre a los de la ST y diles que lo regresen...

Íbamos a pedir monedas a la calle, mendigábamos, pues... porque no había de otra, porque mamá no podía sola, aunque de repente nomás vagabundeábamos. De cuando en cuando atravesábamos un monte baldío con montones de tierra de varios colores y aparte medio lleno de agua, como un charco enorme. Estaba rodeado por un terraplén. Nos íbamos con varas largas y saltábamos sin mojarnos entre lo que para nosotros eran montañas de un mundo imaginario. Vapores que se tornasolaban y nos hacían ver de manera más intensa el paisaje. En una de esas la policía entró con trajes especiales de esos amarillos a que no estuviéramos jugando ahí. Nosotros nos defendimos con los palotes, se enojaron más y nos llevaron. Mamá nos gritoneó e hizo señas del lenguaje mudo desde una celda contigua (parecía estar poseída por esos vapores), tan fuerte que los policías fueron a golpearla, cállate, pinche vieja loca, y luego nos regañó también por eso.

Cuando cumplí catorce años me fui por primera vez. Tenía que hacerlo, porque no había trabajo por acá, sobre todo desde que teletransportaron los últimos bosques, minas y selvas pa'llá. Hice la enorme fila, me tomaron las muestras, me inyectaron no sé qué madres, me pusieron el ciberbozal y escuché un sonido de entrar en el agua y quedé sordo enseguida, se sacudió mi cuerpo, sentí que me desgarraban por dentro con el calor del sol, lava fragmentada al rojo vivo, y al mismo tiempo era como si mis huesos me chuparan desde la médula toda la humedad de la piel. Vi pequeñas luces borrosas que me pincharon los ojos, justo detrás de la córnea, como miles de agujas y entre ellas se formó el campamento. Me di cuenta de que había quedado con las rodillas al piso. Eso fue sólo unos momentos, pero ya estaba ahí, donde me requerían. Sentí una pinche hambre y una pinche sed y la carne ceniza y la cabeza me daba vueltas y veía borroso. Me hablaban los que estaban allá, unos güeros a los que

no les entendía, se escuchaban desde muy lejos aunque estaban frente a mí. Me tomó dos horas recuperarme y ya me tenían trabajo.

Llevar el bozal de sol a sol era muy pesado, aunque de volada se dieron cuenta de que podía darle chingazos bien duro al jale, a la vida y a lo que se me pusiera enfrente. No había de otra, te regresaban de volón. Luego de unos días descubrí que como el bozal era para que no habláramos entre nosotros, usábamos el lenguaje de señas. Recuerdo que tú eras bueno para eso, recuerdo que jugábamos a que entre seña y seña nos hacías cosquillas y que nos decías cómo lavar el carro sin pronunciar palabras, y bueno, otras cosas, recuerdo otras cosas que no tienen nada que ver con eso, que siempre te estabas arrancando el pellejito de donde se une la uña a la piel, que jugabas mucho un jueguito en blanco y negro en tu celular... Ah, cuánta chingadera sale de la memoria si uno comienza a rascarle... ¿Te acuerdas de la chamarra que me ibas a comprar? Yo sí me acordaba, esa que cambiaba de textura en un pestañeo: de cromo a piel de lagarto o de dragón, de rojo a azul, piedra volcánica y agua subterránea. Por eso la fui a comprar a la ciudad con mi primer sueldo, después de todo no estaba prohibido, aunque desde que me lancé tuve un mal presentimiento. Llegó un escuadrón de Repatriadores y les enseñé mis papeles, me revisaron el bozal, me preguntaron que cómo podía pagar una chamarra tan cara y les dije que no me quedaría nada del sueldo, que de verdad la quería porque tú me la habías prometido pero ora estabas muerto y me hicieron una oferta que al analizar pensé: esto es lo malo que se venía augurando. Iba a ser como un espía y a lo mejor sí les era útil un tiempo hasta me daban chance de quitarme el bozal y quedarme allá para siempre, como un “domesticado”. Si me negaba me regresaban en el momento y sin chamarra.

Descubrí a unos puñetas que se estaban organizando para un acto mediático. Para qué se metían en esas broncas, ni siquiera era cuestión de dañar alguna propiedad o algo que valiera la pena, sólo iban a grabar videos y ponerlos en internet al mismo tiempo para que alguno se filtrara... de por sí era imposible entonces. Pues ahí van los líderes de regreso sin retorno. Al resto le pusieron semanas rotativas una temporada y trabajaban una semana sí y otra no, claro que les salía más caro, pero así cuando surgía un disturbio ellos ya sabían lo que iba a pasar y lo que debían hacer gracias a mí. Ostentaba el puesto más alto y peligroso para un muzzler, de usuario de una máquina de esas rojas importadas de Marte. Estaba vieja y era peligrosa, pero te bajan un poco el bozal para poder operarla y así descansabas algo. Como quiera yo odiaba esa cosa de metal, era la número 3, un dedo gigante que llegaba hasta el cielo y tenía una uña picuda que no se veía dónde comenzaba y terminaba y era necesario no haber viajado mucho porque operaba con la mente y sentía tus miedos, tristezas y corajes. Debías ser muy centrado si querías sobrevivir a ella. Y pos, ya ves.

Dos máquinas anteriores estaban tiradas en el suelo, inservibles, como pequeñas ciudades alargadas que parecían flotar sobre la tierra y se llenaban de ella y del halo del sol. También cuatrocientos operadores de esas madres se hicieron mierda antes que yo, pero pues no tenían los huevos, la pericia, la fuerza mental que yo había desarrollado. Hijos de papi o enamoradizos. Yo no estaba para esas mamadas, yo nomás vieja que veía vieja que me cogía y eran ellas las que luego andaban chillando por mí.

Pero en un descuido, allá con los jefes del campamento, creí divisarte entre la multitud, escuchar el eco de tu voz, la máquina se volvió contra mí, me cercenó el muslo con uno de sus cientos de tentáculos que yo sentía propios, como mis propios cabellos, como mis propios pies, como mis propias manos:

hojas de árbol alargadas y con vida. Le llamo desde entonces mi accidente. Es lo único que me traje, lo único que me quedó, porque me devolvieron en ese rato con todo y muzzle mal puesto. La pierna colgaba de un pedazo, estoy seguro... Pinches vatos... Sentí el sonido y la carne desgarrada y vi los destellos de luz formar mi tierra natal.

Y ya no era problema de ellos.

Me vomitaron hacia esta ciudad, a estas calles, a la misma densidad del aire. Comencé a soñar muy seguido contigo, en situaciones en las que no tenías nada que ver, en medio de un túnel de colores, hundido entre ellos. En esos casos era sólo tu silueta, parecida a un reflejo. Ahí te debió poner mi subconsciente entre los montículos de nuestros juegos. Y de nuevo rememoraba algunos días buenos de cuando aún andabas acá, unos días que dormimos todos en la misma cama asustados por la tormenta, una vez que tratamos de jugar baseball. Y entre más recordaba más me dolía la pierna fantasma, pues esa se había quedado en el camino, yo estaba seguro. Eso lo negaba el Alvin.

—Ah, creo que me acuerdo de tu madre. No chingues, cabrón, ¿también vienes a reclamar? No tenemos a tu padre y no tenemos tu pierna. Lárgate de aquí.

—Un día vas a saber lo que se siente no tener nada, —le dije, —y que nadie te ayude...

Los años fueron pasando y yo me quedé a vivir aquí con mamá, con todo y que odiaba la cara de lástima que me echaba y con esa cara también me recriminaba por no haberte traído, por no volver antes y por no sé qué tanta cosa que siempre pasa en la cabeza de las mujeres. Nos cuidamos uno al otro, ya no por gusto, sino por necesidad. Mi hermano se casó y eso que ni habla, ah,

pero se va a cada rato al otro lado y agarra buen dinero. Yo le dije que no mostrara que sabía mucho lo de las señas, para que no tuviera problemas... como quiera nadie iba a saber que era mudo. Me transformé en alguien muy frío y entré a la muerte en vida con respecto a sentir algo por alguien. Mamá cada día está más vieja, no va a durar mucho, no más de un año. Leo en sus ojos la tristeza, aunque no sé, mi compañía le hace bien, estoy seguro de ello, a pesar de que duerme la mayor parte del día. Y en realidad no hablábamos tanto. Casi sólo con palabras cortas, muy cortas.

Ella me atiende igual desde que era niño, con sus manos temblorosas me cocina, me lava la ropa, me pierde los calcetines y me consigue citas con mujeres, a veces de mi edad, casi siempre mayores y feas y como quiera nomás me ven y se decepcionan las pendejas. Piensan que me cortaron la otra extremidad.

Fue un gran escándalo cuando Los Patriarcas, una sociedad de científicos humanitarios o algo por el estilo, descubrió el Limbo, así le llamaron. Mamá no dijo nada, pero su rostro pareció oscurecerse. El Limbo era el agujero de gusanos mágicos, o algo por el estilo, que hacía posible la teletransportación y estaba lleno de humo de colores y luces y madrecitas como en mis sueños y era algo muy científico todo el pedo. Comenzaron a sacar gente, cientos de personas que regresaban a sus casas, si es que aún podían. Eran de la edad que tenían cuando se quedaron ahí varados y sus mujeres e hijos ya eran más grandes. Unos estuvieron ahí veinte años, los que más treinta. En sus miradas esas expresiones de bien sacados de onda, de: ¡hola, mundo! Algunos salieron muertos. Parecía que unos fueron asesinados y otros enviados en medio de una enfermedad y no resistieron. Mamá veía cada noticia con atención, sin comentarios. Algo se le quemaba por dentro. Comenzó a usar ropa negra y a

pasar largas horas frente al espejo. Se peinaba hasta dejar su cabello muy pero muy liso. Pensé que a lo mejor le iba a dar vergüenza que la vieras tan vieja y tú llegarías todo joven y galante, el fantasma atrapado en esos túneles de mis sueños y que ya no estaba seguro si eran los ecos de uno de esos viajes o los recuerdos de aquel lugar donde jugábamos.

Me habló el Alvin, se escuchaba bien viejo y ya en las últimas, imagínate, era mayor que tú. Me dijo que aún no te habían encontrado, que tenían una foto tuya, rota, con poquito de sudor con tus genes... y también mi pierna, y que él había puesto de su bolsa para un contenedor especial. Eso no se lo creí, además llevaba el logotipo de los Patriarcas. Lo puse en la mesa de la casa y ahí estuvo días, luego lo guardé no sé dónde. No dije lo que pensaba, no quería ilusionar a mi mamá, porque qué tal si salías muerto. Ya cuando anunciaron que no quedaba nadie atrapado le insistí en que debería ir e insistirles 'ora sí, para que te buscaran. Pero no me hizo caso. No me quería escuchar. Le enseñé la foto y respondió que eso ya no servía para nada. Era de la boda, estaba partida en dos y mamá ya no salía.

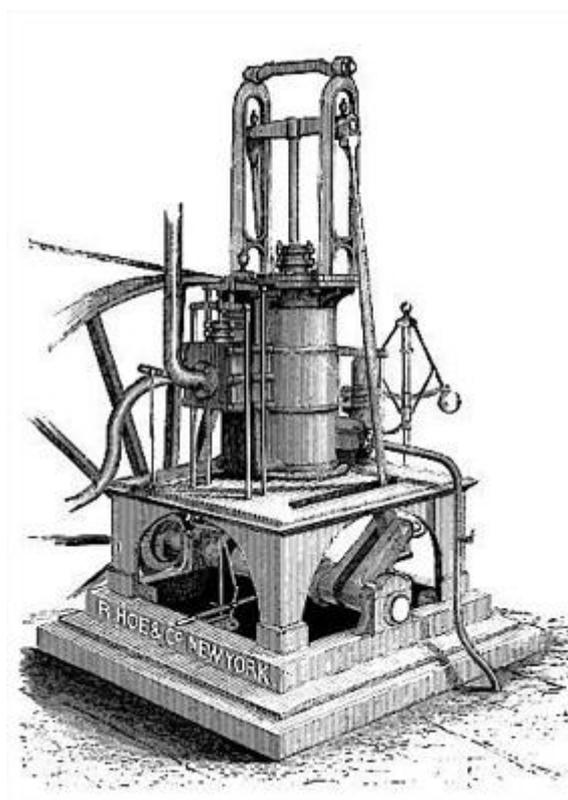
Estábamos en el cuarto de ustedes, ella volteó, me dio la espalda, se apoyó sobre el tocador. Casi se iba a caer. Entonces abrió un cajón y sacó un sobre manila tamaño carta.

—Nunca estuvo ahí. Hace años me mandó papeles para el divorcio y esta nota:

*Vieja: ya no pude volver y acá me voy a casar otra vez. Perdón por no comunicarme, yo sé que te da rabia, batallé mucho para conseguir mis papeles y sí te amé con toda el alma. Te mando un dinero para los güercos. Firma el divorcio para poder ser feliz, de seguro tú también lo eres ya para estas alturas.*

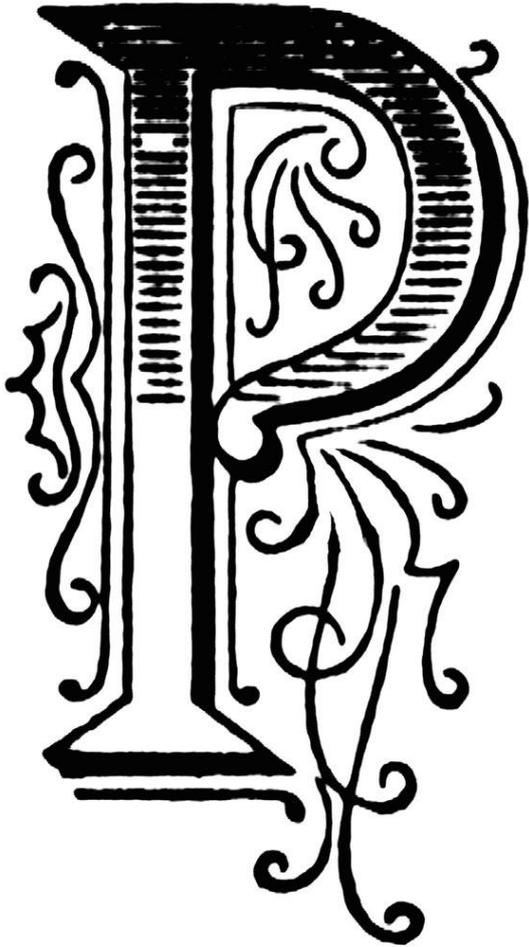
Tomé la nota con mi mano libre y me apoyé en las muletas. Mamá me dejó solo. Se fue a sus cosas. Me senté en su cama. La leí una y otra vez. La rompí. Qué pinches ganas me dieron de decirte mil cosas, ya sabes: que te odio, que te repudio, que te metieras el dinero por el culo, que eres un cobarde y un hipócrita y que no te necesito ni te necesitaré nunca en mi vida... que te necesito y que... te he extrañado todos estos años y quisiera tenerte para siempre junto a mí.

Y entonces pude llorar, entonces pude cerrar los ojos y recordar claramente cada viaje entre montículos y montañas y corrientes flotantes de tierra de colores que explotaban en polvo y en más polvo, entre nubes que se tornasolaban con luces que salían de la nada y en nuestro caso regresaban hacia la nada.



# Kynos Argos

Por J. Daniel Abrego



parece mentira que siga divirtiéndome tanto el mirar a los humanos. ¡Es qué son tan impredecibles y entretenidos! Siempre tratando de ser lo que no son, de convertirse en héroes de una multitud que los olvidará un instante después, de transformarse en leyendas de poblados que quizá mañana ya no existirán... ¡Ay, humanos! ¿Cómo aburrirse con ellos?

Además, hay que reconocer que son afectuosos. Podría jurar sin lugar a dudas que todos los hombres que han cruzado las puertas de este gimnasio me han prodigado al

menos una caricia en la cabeza. Si, sé que no es precisamente un orgullo el decir que te ha tocado un humano, pero si Zeus presume el haber tocado a tantas humanas, ¿Por qué no he yo de presumir esto?

A final de cuentas soy solo un perro. Quizá un poco más grande, blanco y ágil que los demás, pero al fin soy solo eso, un miserable y en ocasiones, sucio perro...

¡Qué días aquellos en que corría cual estrella fugaz a través de la Acrópolis! Como olvidar aquella hermosa tarde en que me robé la ofrenda del

pobre Dídimo; ¡No hay nada más hermoso en este mundo que ver correr a un gordo! ¡Jajaja! Hay veces me compadezco de él, pero luego recuerdo la curiosa escena donde se podía ver subir y bajar su enorme barriga y enseguida se me pasa...

Tal vez me excedí un poco, pero tenía hambre y esa carne se veía extremadamente succulenta. La hubiera devorado completa, pero, ¿Quién puede decirle no a Heracles? Yo no al menos. Cuando me ordenó soltar la ofrenda a las afueras de la muralla de Atenas simplemente fui incapaz de negarme.

Así que paré en seco y me quedé observando hambriento mi recientemente perdido botín. Dídimo llegó al lugar un rato después y me acarició el lomo. Creí que estaría enojado, pero resultó ser todo lo contrario. Incluso me abrazó agradeciendo mi “educado” gesto, el cual según él, le permitió arribar a la tierra sagrada donde se construiría el más grande templo para Heracles.

¡Humanos! ¿No les dije acaso que eran impredecibles? Siempre creyendo en augurios y oráculos. Con ellos la diversión está garantizada. Esa tarde en lugar de unos buenos palos me tocó una deliciosa merienda. Aún me saboreo aquella deliciosa carne. Nunca supe de qué animal era, pero lo que sí puedo decir es que el sabor era simplemente inigualable.

Pensé en abandonar a Dídimo y buscar otro lugar más interesante, pero Heracles se me apareció otra vez y prometió que nada me faltaría en aquel sitio. Que mientras permaneciera ahí cuidando su templo, nunca más volvería a pasar hambre. Accedí más por ambición personal que por mandato divino. Después de todo Heracles era un dios de los humanos y no mío.

Prometió que volvería algún día. Y le creí. No tenía nada mejor que hacer o creer, así que esperar un poco de tiempo realmente no importó mucho en aquel instante.

Y pasaron los años. Y siguieron pasando...

Me divertí horrores con el curioso desfile de graciosos humanos que visitó el gimnasio. Los vi pelear, discutir y muchas veces sangrar. ¿Es que acaso se podía pedir más? A veces era el deporte lo que los motivaba, pero en otras ocasiones las disputas eran por cosas más tontas, como por tener o no un padre que te reconociera y respaldara. ¡Qué tremenda idiotez! Yo ni siquiera recordaba haber tenido un padre, y créanme, era lo que menos me preocupaba.

Y aunque me divertía mucho, no podía dejar de pensar en Heracles y su eventual regreso. Miraba con gran atención cada rostro que entraba y salía del gimnasio, tal vez alguno de ellos anunciaría la llegada de mi maestro y redentor. Pero no. Nunca pasó y creo que nunca pasará.

Una vez estuve a punto de abandonar el templo para no volver jamás, pero cambié de opinión al conocer a un agradable joven que decía multitud de cosas interesantes y graciosas. Antístenes era su nombre. Hablaba mucho pero se conformaba con muy poco. Debo confesar que después de Heracles él es mi favorito... era feliz tan solo con lo que tenía y siendo sinceros, tampoco poseía muchas cosas que digamos. Me gustaba verlo mirar hacia el horizonte, como deseando que el sol se mantuviera para él solo unos instantes más.

Que divertidos son los humanos... en serio me encanta mirarlos. Me gusta verlos admirar sus músculos y creer que son auténticos descendientes del mítico Heracles. Que crean lo que quieran, yo no seré aquel que se atreva a desanimarlos.

Después de todo, yo solo estoy aquí para hacer una sola cosa: esperar.

Y eso voy a hacer.





## **Ahuizotl**

Era una criatura con forma de perro, manos de mono y con una larga cola que terminaba en una mano y con la que ahogaba a los incautos. Estaba al servicio de las deidades del agua, por lo que la víctima sólo podía ser tocada por los sacerdotes luego de haber sido sacada del agua. Era símbolo de mala suerte y desgracia.

## **Ixpuxtequi**

De acuerdo a la mitología de los indígenas nahuas, era una de las cuatro deidades de la muerte. Su nombre, derivado del náhuatl, significa “cara rota”. En el Códice vaticano, esta deidad es representada como un ente con pies de águila. Los antiguos mexicanos pensaban que Ixpuxtequi vagaba por las noches por las calles y caminos para sorprender a los viajeros solitarios.

## **Envoltorios de cenizas humanas**

Seres fantasmales asociados al dios Tezcatlipoca. En cierto pasaje de los escritos de Sahagún, se nos cuenta que eran espíritus sin cabeza ni pies, que

rodaban por el suelo, emitiendo lastimosos quejidos, como los que lanzan los enfermos graves. De acuerdo a las antiguas creencias, quien avistaba uno de estos seres, se condenaba a sufrir un destino funesto.

## **La espaldilla**

Mujer demoniaca de reducido tamaño y torcida figura que se aparecía en los basureros prehispánicos. Acosaba especialmente a quienes se aventuraban en las sombras a orinar. La espaldilla era velluda, deforme y tenía la cabellera hasta la cintura. Su andar era parecido al de un pato. Aparece y desaparece a su antojo y presagia calamidades. Existe una representación de la espaldilla en el Códice florentino.

## **El Señor del Monte**

Similar a los espíritus de las regiones silvestres de los mayas, los balames y los aluxes, el Señor del Monte es una figuración de ciertas presencias mágicas que protegen a los indígenas mazatecos que trabajan en los cerros. El Señor del Monte también es venerado por los indígenas otomíes que habitan por las regiones profundas de Puebla.

## **El dzulúm**

En las serranías de Chiapas se cuenta que existe un ente maléfico conocido como el dzulúm. Es una criatura misteriosa que provoca una atracción irresistible en las mujeres. Las jóvenes indígenas que lo avistan, sienten unos deseos irreprimibles de seguirlo, se adentran a la selva de los montes y nunca se les vuelve a ver. El nombre de este extraño animal significa en español “ansía de morir”.

## **Serpiente de jícara**

Era característica de las lagunas y ríos del centro de los dominios mexicas, y se le conocía también como Jicalcoate o Xicalcóatl. Este ofidio poseía una piel negrísima, sus escamas parecían que hubieran sido pulidas de tanto que brillaban. Pero lo que la hacía distinta a cualquier otra culebra del mundo es que exactamente en medio del lomo tenía una jícara -hecha de su propia piel- de colores tan hermosos y diseño tan delicado que cualquiera la creería salida de las manos de un artista.

## **Quatezcatl**

Tenía el tamaño de una paloma y un espejo en la cabeza, el resto de su plumaje era azul y blanco. Estos seres nadaban en las lagunas de Anáhuac. Cuando se zambullían, los quatezcatl tomaban la forma de brasas resplandecientes que iluminaban las profundidades. Se dice que quien se contemplaba en el espejo de la cabeza del quatezcatl podía ver su porvenir.



# Biografías:

## Directores:

**Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969)** poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Huevo, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso.



Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

## Signes Urrea, Carmen Rosa

(Castellón—España, 1963) ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas



parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co—dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico.

Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

# Editor:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) *Ver*

*Directores.*



# Escritores:

**Abrego, J. Daniel (México)** licenciatura en Mercadotecnia y una maestría en Dirección de Proyectos. Papá, esposo, lector constante y admirador de las culturas prehispánicas mexicanas. Algunos de sus cuentos han sido publicados en las siguientes revistas: Monolito, El Narratorio, La Cripta, Grezza, Cronopio y Luz de candil (próximamente).

Autor del libro infantil “Lore: la niña del balón”.

Maneja el mismo sus redes sociales bajo el seudónimo de “Viento del Sur”:

Facebook.com/loscuentosdevientodelsur

Twitter: viento\_del\_sur1 e Instagram: viento\_del\_sur1

**Arana Ontiveros, Alexandro (México)** Estudié Lengua y Literatura



Hispánicas en la UNAM. Gané Premio Nacional de guion para cortometraje SOGEM 2006 (Mención honorífica) en México, Primer lugar en el Primer Concurso de Relato Corto fantástico juvenil *Moon* (España) y Primer lugar en el Concurso Planeta Cuba 2015. Tengo 5 menciones honoríficas (en España,

México, Argentina y Chile), y he sido finalista y seleccionado en más de 90 antologías y compilaciones en España, México, Cuba, Chile, Argentina y Estados

Unidos. He publicado 2 cuentos cortos infantiles con Editorial Kapelmex y 80 cuentos juveniles para Fundación Villa Aprendizaje.

**Casarrubias, Hugo (México, 28 años de edad)**

Actualmente me han publicado dos novelas de terror: *En Tinieblas* y *El retrato de la condesa*, estas novelas las pueden encontrar en la página de Editorial Dreamers. Están por publicarme un cuento llamado *El Guardián* en la revista mexicana *Fantastique*.



**Castera, Pedro (Ciudad de México, 23 de octubre de 1846 — Ciudad de México, 1906)**



Trabajó como minero en sus primeros años. Narrador, periodista y militar. Combatió contra la intervención francesa. Fue diputado federal. Sucedió a Ignacio Manuel Altamirano en la dirección de *La República*. Colaboró en *El Domingo* (1872—73), *La República* (en este periódico se imprimieron varias de sus obras) y en *El Universal*.

<http://www.elem.mx/autor/datos/2941>

**Chimal, Alberto (Toluca, Estado de México el 12 de septiembre de 1970)** Inició su carrera en 1987, al ganar el premio "Becarios" del Centro Toluqueño de Escritores (que ganaría luego en dos ocasiones más, en 1990 y 1996). Durante algunos años colaboró en revistas y suplementos locales. Después de sus primeras publicaciones, Chimal ingresó en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Toluca, donde cursó la carrera de

Ingeniería en Sistemas Computacionales, de la que se graduó con honores académicos. Sin embargo, en 1995, optó por volver a dedicarse de lleno a la escritura y emigró a la ciudad de México. Ahí, realizó el diplomado de la Escuela de Escritores en la SOGEM y la maestría en literatura comparada en la FFyL de la UNAM.



[https://es.wikipedia.org/wiki/Alberto\\_Chimal](https://es.wikipedia.org/wiki/Alberto_Chimal)

**Chipuli, Jorge (México)** Obtuvo el premio de cuento de la revista La



langosta se ha posado 1995, el segundo lugar del premio de minicuento: La difícil brevedad 2006 y el primer premio de microcuento Sizigias y Twitteraturas Lunares 2011. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León. Ha colaborado

con textos en las revistas Armas y Letras, Hiperespacio, Deletéreo, Literal, Urbanario, Rayuela, Oficio, Papeles de la Mancuspia, La langosta se ha posado, Literatura Virtual, Nave, Umbrales, Armas y Letras, la española Miasma y la argentina Axxón. Ha sido incluido en las antologías: “Columnas, antología del doblez”, (ITESM, 1991), “Natal, 20 visiones de Monterrey” (Clannad 1993), “Silicio en la memoria”, (Ramón Llaca, 1998), “Cuadrántidas”, (UANL, 2011), “Mundos Remotos y Cielos Infinitos” (UANL, 2011) y “Teknochtitlán, 30 visiones de la ciencia ficción mexicana” (Gobierno del Estado de Tamaulipas, 2015). Ha publicado el libro de minicuento: “Los infiernos” (Poetazos, 2014), “Binario” (Fantasías para Noctámbulos, 2015), “Deconstrucción de Eva” (Gato-Lunar, 2015), próximamente publicará: “Para cantar en los patios” y “Sueños que

riman” (poemario para niños). Su obra infantil: “Sueño de una noche en la Mancha” fue presentada en el Teatro de la Ciudad (2016).

**Gaona Medina, J. B. (Ciudad de México, 1987)** Lector impetuoso e incorregible de literatura fantástica, desde hace un tiempo también cultiva la escritura del género, alternando su pasión literaria con los estudios universitarios. Sus principales fuentes de inspiración e influencias vienen de la mano de autores como J.R.R. Tolkien, Ursula K. Le Guin, Andrzej Sapkowski, Marion Zimmer Bradley y Ray Bradbury. Su cuento “Nueva vida”, fue incluido en el número cero de la revista electrónica Fantastique.

**Izamar Velarde Garcilazo, Laura (México, 23 años de edad)** Estudié Creación Literaria. Participé en distintas revistas y editoriales independientes con Poesía y Microrrelatos de diversas temáticas. He publicado en libros antológicos de la Editorial “Diversidad Literaria” desde el año 2014 a la actualidad en donde quedé como finalista de un número dirigido por Asociación ISEKIN. En Pliego Petitorio en Honor a “Ni una muerta más” colaboré con tres poemas (2014). He publicado en otros libros antológicos de la editorial “Carpa de sueños” (2014-2015). También he dejado mi obra plasmada en revistas mexicanas como “Letras de reserva” como Lisa Amano (2014), “Minifcción” Lisa Amano (2015) y “Lengua de diablo” Flora Vega (2015). En la actualidad sigo recorriendo el mundo de las letras y el mundo de los niños como tallerista.





**Nervo, Amado (Tepic, Nayarit, en 1870 — Montevideo, Uruguay, en 1919)** Poeta. Estudió en el Seminario de Zamora. Se inició en el periodismo en Mazatlán. En la Ciudad de México se dio a conocer en revistas y diarios. Ingresó a la carrera diplomática y residió en Madrid y París. Colaboró, entre otras, en la Revista Azul de Manuel Gutiérrez Nájera y en la Revista Moderna.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Amado\\_Nervo](https://es.wikipedia.org/wiki/Amado_Nervo)

**Rivas de, Manuel Antonio (México)** era un fraile franciscano en Mérida (Yucatán). Los detalles de su vida son incompletos, aunque hay documentos judiciales que demuestran que en la década de 1770 fue acusado de herejía. Es mejor conocido por el relato *Sizigias y cuadraturas lunares*, que se acredita como el primer texto de ciencia ficción escrito en las Américas.

[https://en.wikipedia.org/wiki/Manuel\\_Antonio\\_de\\_Rivas](https://en.wikipedia.org/wiki/Manuel_Antonio_de_Rivas)

**Schwarz, Mauricio—José (México, DF, 1955)** comenzó a publicar poesías en 1973 y después cuentos, que a la fecha suman más de un centenar, en revistas y diarios de México, Francia, España, Argentina y Venezuela. Sus relatos, originalmente escritos en inglés, han aparecido en Ellery Queen Mystery Magazine, Fiction International, The



Literary Review y The Alabama Fiction Review.

Ha impartido talleres de creación literaria en varias instituciones culturales y educativas, y traducido del inglés películas, entre las que se destacan La fortaleza y ET, programas de televisión y cerca de una veintena de libros, así como artículos, ensayos, relatos y guiones para empresas editoriales y de comunicación.

Ganó el primer concurso nacional "Puebla" de cuento de ciencia ficción con "La pequeña guerra", al igual que el premio "Plural", con un cuento tan impresionante como largo es su título (Leyenda a las puertas de una sala del Museo de Arte Moderno, Axxón—56). Es coautor del artículo dedicado a Latinoamérica en The Encyclopedia of Science Fiction, de John Clute y Peter Nicholls; autor de la novela policiaca Sin partitura y de las colecciones de cuentos Escenas de la realidad virtual y Más allá no hay nada.

Schwarz es el autor mexicano de ciencia ficción más conocido en México y en el mundo. "Arabesco inmóvil" fue publicado recientemente en el libro Visiones Periféricas, Antología de la Ciencia Ficción Mexicana, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, enero de 2001.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Mauricio—Jos%C3%A9\\_Schwarz](https://es.wikipedia.org/wiki/Mauricio—Jos%C3%A9_Schwarz)

**Zárate Herrera, José Luis (Puebla, Puebla; 1966)** es uno de los escritores



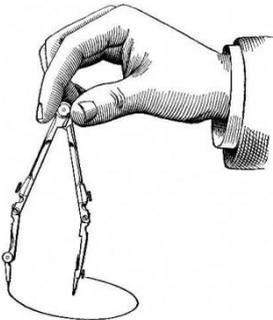
mexicanos más reconocidos y respetados dentro del género de la ciencia ficción, aunque también ha desarrollado trabajos literarios de otros géneros. Su obra abarca ensayo, poesía y narrativa, y permite considerarlo parte de un movimiento renovador en la literatura mexicana de finales del siglo XX, que abandona el

nacionalismo imperante hasta aquel momento y busca volverse más universal y cosmopolita.

Como entusiasta de la literatura fantástica en general ha trabajado en diversas oportunidades por la divulgación de esta clase de literatura en su estado natal y en su país, y es uno de los socios fundadores de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía y del Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica.

José Luis Zárate ha obtenido varios premios nacionales e internacionales, entre los que destacan el Premio Más Allá (1984), el Premio Kalpa (1992), el Premio MECyF (1998 y 2002) y el Premio UPC de ciencia ficción (2000).

[https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9\\_Luis\\_Z%C3%A1rate](https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Luis_Z%C3%A1rate)



# Ilustradores:

**Pág. 01** Blanché, Pascal (Canadá) artista 3D y director artístico freelance.

Mi Carrera comenzó en TILT magazine (1993), he trabajado en el campo del video juego durante doce años para Virtual Xperience, Xilam, Haikus Studios y Sony, colaboré con la primer film franco-canadiense en 3D "Kaena: the Prophecy".

Actualmente soy director artístico de Ubisoft, y trabajado en Myst IV revelation, y Naruto: rise of a ninja para Xbox360.

Como freelance he colaborado con Autodesk, Fantasyflight games y Wizards of the coast.

Llevo algunos proyectos personales pero esa ya es otra historia.

<http://www.3dluvr.com/pascalb>

<http://www.derelictplanet.blogspot.com/>

<http://pascalblanche.deviantart.com/>

**Pág. 137** **Medellin Machain, Axel (México)** Artista freelance / Ilustrador.

Ha colaborado con Metal Hurlant, Heavy Metal, Incursion (Platinum Studios), Fablewood (Ape Entertainment), Grimm Fairy Tales, The Piper, Tales from Wonderland (Zenescope), Zombie Tales, Cthulhu Tales, Mr. Stuffins (Boom! Studios).

<http://axelmedellin.deviantart.com>

**Sobre el copyright de las imágenes:**

**Pág. 01** Boulderdash / *Pascal Blanché (Canadá)*

**Pág. 137** S.t. / *Axel Medellin Machain (México)*



AK 11/16/11